

EL
príncipe
DE LA BATA BLANCA



MARU MAGA

EL PRÍNCIPE DE LA

BATA BLANCA

Maru Maga

EL PRÍNCIPE DE LA

BATA BLANCA



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: enero de 2024
Copyright © 2024 Maru Maga
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Este libro está dedicado al Dr. R. Alexander, el verdadero Alejandro Brunelleschi y autor intelectual de esta obra. Siento mucho no haber podido cumplir mi promesa, hasta quince años después y tras cinco intentos, cuando ya la bella y romántica ciudad de Ámsterdam había perdido todos sus canales de arquitectura, del siglo XVI y XVII, y sus techos de color naranja.

También a mi amado Xaver von Werr, coautor de esta novela.

Índice

<u>Capítulo 1: Rata de laboratorio</u>	<u>13</u>
<u>Capítulo 2: El grito</u>	<u>19</u>
<u>Capítulo 3: El encuentro con el mendigo</u>	<u>21</u>
<u>Capítulo 4: Serenata para una niña</u>	<u>29</u>
<u>Capítulo 5: La calle de las alegradoras</u>	<u>31</u>
<u>Capítulo 6: Volver</u>	<u>39</u>
<u>Capítulo 7: La KGB</u>	<u>45</u>
<u>Capítulo 8: El secuestro</u>	<u>51</u>
<u>Capítulo 9: Los verdugos medievales</u>	<u>57</u>
<u>Capítulo 10: La carta de Kenia</u>	<u>59</u>
<u>Capítulo 11: Los caballeros de la triste figura</u>	<u>63</u>
<u>Capítulo 12: La carta de Marco</u>	<u>67</u>
<u>Capítulo 13: Las epístolas de Melchor Ocampo</u>	<u>69</u>
<u>Capítulo 14: Ayuda humanitaria</u>	<u>79</u>
<u>Capítulo 15: El escorpión</u>	<u>97</u>
<u>Capítulo 16: Historias de cuervos</u>	<u>109</u>
<u>Capítulo 17: Domesticando golondrinas</u>	<u>123</u>
<u>Capítulo 18: La Gran Hambruna</u>	<u>137</u>
<u>Capítulo 19: El príncipe de la bata blanca</u>	<u>147</u>
<u>Capítulo 20: El caballito de Troya</u>	<u>155</u>
<u>Capítulo 21: El sapo y la ingrata</u>	<u>177</u>
<u>Capítulo 22: Eromanticismo</u>	<u>191</u>
<u>Capítulo 23: El kamasutra de las golondrinas</u>	<u>215</u>
<u>Capítulo 24: La negociación</u>	<u>239</u>
<u>Capítulo 25: El mundo de las tinieblas</u>	<u>247</u>
<u>Capítulo 26: Devociones para ocasiones emergentes</u>	<u>263</u>
<u>Capítulo 27: Catarsis</u>	<u>269</u>
<u>Capítulo 28: Un breve adiós</u>	<u>273</u>
<u>Capítulo 29: El sótano de las golondrinas</u>	<u>275</u>
<u>Agradecimientos</u>	<u>281</u>

“Escribe con sangre y sabrás que la sangre es espíritu”
FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*.

CAPÍTULO 1: RATA DE LABORATORIO

Hasta el día de ayer fui médico, maestro de Universidad, Presidente de la Asociación Internacional de Urología y todo lo demás.

Mi bata blanca, mi traje de cirujano, mis condecoraciones y todos mis títulos los dejé caer en el Océano Atlántico y se hundieron en las frías aguas. ¡Ahhhhh, cómo me pesaban! Estaban tan ceñidos a mi cuerpo, que no me permitían respirar. Tuve que subirme a un avión y elevarme veinte mil pies, para poder ver la miseria humana que yo mismo representaba.

Llevo cuarenta y cinco años viviendo entre los seres humanos y me sigo sintiendo solo; me pregunto entonces: ¿cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu ajeno.

Vuelvo a Europa después de quince años y de aquel fatídico día, pues soy el ponente principal de una convención de médicos en Alemania; ¿enseñar?, ¿practicar?, ¿innovar?, ¿aprender?..., ¿para qué?, si de la sola vida no he aprendido gran cosa.

¿Berlín? De ese lugar solo tengo el vago recuerdo de un muro que, al parecer, ya no existe; pero yo, todavía siento su valla de contención tirana.

Me siento extraño en este sitio; no conozco a nadie, ni siquiera a mí mismo. ¡Cuántos abrazos!, ¡cuántos saludos!, ¡cuántas pruebas médicas regaladas! Los grandes laboratorios están presentes y compiten con sus marcas registradas.

¡Pobres ratas de laboratorio, enfermas y drogadas, llenas de tumores, hacinadas en jaulas! Pero, ellas o nosotros, porque no es ético practicar con los humanos, aunque hace algún tiempo, en este mismo lugar, los hombres adquirieron el estatus de ratas y los mezquinos superhombres acabaron practicando la Medicina y el odio racial con su propia especie.

¡Pinche Heinrich Himmler!, que con el pretexto de establecer su propia ciencia nacionalsocialista, entregó prisioneros de los campos de concentración a los médicos cabrones de las SS; pretextos sobraron: el avance y el triunfo de la Medicina, mejorar las oportunidades de sobrevivencia y curación de los soldados alemanes durante la guerra, la pureza de una raza superior y mil pendejadas más.

En la prisión de Dachau, que por cierto fue el primer campo de concentración en Alemania, el célebre catedrático y doctor Claus Schilling, llevó a cabo experimentos con el paludismo. Su objetivo era encontrar el método de inmunización contra la fiebre palúdica. Le donaron más de mil presos, a los cuales infectó con esa enfermedad, ya sea por inyección del agente patógeno o por exposición a la picadura del mosquito transmisor. Aquí también hubo una justificación: que los infectados eran criminales; pero, entre esos pseudocriminales, había clérigos polacos, rusos e italianos, cuyo único delito fue oponerse a la doctrina del nacionalsocialismo y no prestar sus iglesias como plataforma de propaganda hitleriana. ¿Y qué decir de los testigos de Jehová que se

negaban a hacer el servicio militar, los enfermos, los gitanos o los homosexuales?, todos no eran más que conejillos de indias. No se sabe a ciencia cierta cuántas personas murieron a consecuencia de este y otros experimentos, pues los que cedían a las enfermedades regresaban a los campos de concentración a trabajar, todavía más duro y, como sus cuerpos ya estaban tan debilitados, sucumbían a otras afecciones.

En esta galería de eminencias médicas, no podía faltar el afamado doctor de aeronáutica militar, Siegmund Rascher, quien estaba muy interesado en los experimentos de descompresión y vuelo en cámara de altitud. Había que examinar el efecto de la sobrecarga física, al que los pilotos estaban expuestos en grandes alturas, al producirse el derrumbe del avión o de efectuarse un lanzamiento súbito en paracaídas, con repentina reducción de presión o falta de oxígeno. Los elegidos para estos experimentos fueron unos doscientos reclusos, entre los que había políticos y clérigos polacos. Algunos de ellos y según informes secretos, enviados por el doctor Rascher a Himmler y que forman parte de los documentos que integraron el proceso contra los médicos de las SS, investigadores y altos cargos del estado, fueron sumergidos en agua, hasta provocarles la muerte, después de haber sido sometidos a un descenso súbito en paracaídas, luego de cierta recuperación, pero sin haber recobrado el conocimiento.

Hubo otros experimentos que realizaron para el campo de la aviación, dirigidos por el doctor Holzlöhner, en colaboración con los doctores Rascher y Finke. Esta vez, los reclutas fueron sumergidos con uniformes de pilotos, durante horas, en estanques de agua helada; con ellos se probaba los diferentes métodos de calentamiento.

Otra cuadrilla de médicos, que prestó sus servicios al campo de concentración de Auschwitz, en la que se encontraba el sádico doctor Josef Mengele, apodado “el Ángel de la Muerte”, quien realizó los más perversos experimentos con gemelos, según parece, para desentrañar el misterio de los nacimientos múltiples y de esa forma crear la Super Raza Aria. Este demonio, tenía una obsesión por los ojos azules y más por la Heterocromía. De haber vivido yo en esa época y de haber sido judío, me hubiera sacado los ojos y los habría puesto en una pecera de formol.

Pinche era de los científicos dementes, que exhibieron un indecente Alzheimer ético y moral propio de la naturaleza humana. ¿Dónde quedaron aquellas palabras de Hipócrates?:

“Si guardo este juramento y no lo quebranto, que pueda gozar de honor en mi vida y en mi arte por siempre entre los hombres; pero si lo quebrantara y jurara en falso, que me suceda lo contrario”¹.

¡Qué débiles son los principios y los valores! Es tan difícil saber dónde empieza el hombre y dónde termina la rata; es un hecho: ¡los humanos y las ratas compartimos bastante material genético!

«Buenos días, doctor Alejandro Brunelleschi, sea usted bienvenido, aquí tiene su gafete y su hand-out. Su ponencia de cierre está contemplada para el día viernes, a las 12 del mediodía. ¡Háganos el favor de pasar a la Sala Magna, que en unos minutos más daremos inicio!».

¿Doctor Alejandro Brunelleschi? ¿Quién es ése? Ni siquiera me reconozco en el gafete. ¿Qué hago aquí entre tantas eminencias médicas?

Mi ponencia está contemplada para el día viernes, a las 12:00 del mediodía, ¿a la misma hora en que murió mi hija? ¿De qué voy a hablar? ¿De un padre que ha salvado muchas vidas, pero no la de su hija?; ¿de un hombre que no es feliz en su matrimonio y que tiene años sin hacer el amor?; ¿del problema de la soledad como entidad metafísica?

No, Alejandro, no hablarás; finge demencia y refúgiate en el silencio, para que el silencio se convierta en una sonata de Dios y dejes de estar enojado con el Director de la Orquesta.

¡Sal cuanto antes de este sitio, no sea que tú, siendo un pájaro, te conviertas en una rata de laboratorio y termines tus días hacinado en una jaula!

¹ Fragmento del Juramento Cruciforme de la Biblioteca Vaticana (Siglo X u XI). Ha sido traducido de la versión inglesa de W.H.S. Jones ("The Doctor's Oath". Cambridge UP, 1924) y transcrita en Leake CL. Percival's Medical Ethics. Baltimore. Williams & Wilkins; 1927.

CAPÍTULO 2: EL GRITO

Los pies me llevaron hasta aquel puente vacío; el sol se estaba ocultando y en el cielo había un paroxismo colorista. De pronto, me vi dentro del cuadro de *El grito*, pero no grité ni me llevé las manos a la cabeza; únicamente corrí, como corren los animales cuando son perseguidos por sus depredadores y solo frené mi loca carrera cuando llegué al Camping de Zeeburg, en las afueras de Ámsterdam. Recordé al joven mozo apodado Alejandro Magno. Miré al suelo. Allí se proyectaba la sombra que hablaba de mi opacidad humana.

Una parvada de patos atravesó el cielo de fuego. Los seguí con la mirada, ¿a dónde irían? ¿A las islas Frigias? Los patos viraron y yo los acompañé en su acrobático silencio y luego corrí hasta la extenuación. Las aves descendieron en un pantano y yo me uní a ellas, me sumergí en el fango y cuando éste me llegaba hasta la cintura, decidí avanzar, con el solo propósito de hundirme más.

Un perro ovejero merodeaba la zona y comenzó a chillar y a ladrar insistentemente; llegó su dueño junto con su hijo y entre los dos me sacaron del pantano. Me había convertido en una estatua de lodo. Me lavé en una pileta y luego cambié mi ropa. Vi un inmenso molino de viento que daba vueltas perezosamente. No, no era un gigante desaforado, pero yo sí era “*el caballero de la triste figura*”.

Cuando regresé al puente vacío, ya casi estaba oscureciendo. Caminé lento y haciendo muchas pausas. Apenas iba a la mitad del puente, cuando escuché el angustiante grito del que hablara Edvard Munch en su diario; era un grito infinito que atravesaba toda la Naturaleza. Como respuesta me llevé las manos a la cabeza, abrí desmesuradamente los labios y grité: ¿cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu ajeno.

CAPÍTULO 3:

EL ENCUENTRO CON EL MENDIGO

Caminar parecía ser mi mejor anestésico; deambular por sitios ruinosos que exteriorizaban mi lastimoso interior, se había convertido en mi sello personal.

Con una mochila negra al hombro, atrevesé la zona conurbana y llegué hasta un sitio, dominado por un castillo antiguo. Era de piedra. Divisé una silueta humana en un orificio ventanal. Caminé cuesta arriba. Vi el pasadizo, apenas iluminado por la pálida luz matutina. Allí, a la mitad, estaba parado un hombre que, al verme, corrió a esconderse. Me acerqué, se sentó en cuclillas y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Por qué ocultas tu rostro? —le pregunté.

—Porque estoy desfigurado —balbució.

—¡Mírame! —le ordené.

—¡Te horrorizarías! —respondió.

—Te equivocas —repuse— porque yo soy médico y además tengo el alma desfigurada.

—Nunca había escuchado a nadie decir eso —dijo el hombre, al tiempo que volteaba.

Vi su faz; en efecto, la tenía totalmente desfigurada, como si se hubiera quemado, pero aún existía expresión en su mirada.

—¿Qué te pasó en el rostro? —le pregunté.

—Hace tiempo hubo un incendio en un edificio antiguo de La Haya. Yo era bombero y acudí al llamado de emergencia, junto con mis compañeros; logré salvar muchas vidas, pero sobrevino un derrumbe y quedé atrapado entre las llamas; sobreviví de milagro.

—¡Entonces, eres un héroe y no deberías ocultarte!

—Me oculto porque las personas se horrorizan, yo mismo lo hago cuando me veo al espejo.

—¡Qué lástima que veas a un hombre quemado y no a un héroe!

—Pensarías distinto si tuvieras el rostro como yo.

—Ojalá fuera mi rostro el desfigurado y no mi alma.

Ambos guardamos silencio; nos compadecemos mutuamente, pues no éramos más que dos seres desfigurados: uno, del cuerpo; otro, del alma, mirándose frente a frente.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—Sí —me respondió.

—Te invito a comer a un restaurant.

—No puedo —dijo el hombre, bajando su mirada—, ya conoces el motivo.

—Hagamos algo: vayamos a una tienda de ropa, allí te compraré un ajuar exclusivo y todos mirarán tus prendas y no tu rostro.

Aquel héroe encubierto dibujó una pequeña sonrisa. Caminamos pendiente abajo. Al cabo de unos minutos, llegamos a una tienda local, elegimos un bonito traje y un sombrero de ala ancha, que le cubría medio rostro; buscamos también unos zapatos acordes al atuendo, bufanda y guantes.

—¡Qué bien se ve usted, señor... ¿cómo te llamas?

—¡Pieter van der Heijden!

—¡Qué bien se ve usted, señor van der Heijden!

Pieter sonrió. Saqué mi tarjeta bancaria, pagué los artículos y salimos de ese lugar.

Seguimos caminando pendiente abajo; divisé un lujoso restaurant.

—¿Cómo se llama ese restaurant que tiene columnas de mármol?

—¡Monte Vesubio!

—¡Vayamos a ese restaurant!

—Pero, las personas...

—¡Mirarán tu ropa y no tu rostro!

Efectivamente, cuando llegamos, miraron las prendas de Pieter y no advirtieron su rostro, que lo tenía oculto tras la bufanda y el sombrero. El mesero quiso llevar su sombrero al perchero, pero yo lo impedí, argumentando que mi acompañante era un artista famoso y que venía de incógnito. Estoy seguro de que pensó que Pieter era Michael Jackson y yo su representante. Nos sentamos en una mesilla semi iluminada, el mejor sitio para una celebridad. Vimos la carta y pedimos sendos platillos.

—¿Vives en el castillo?

Pieter me respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Allí cocinas?

—No, yo no cocino, lo que hago es buscar comida en los botes de basura. Siempre de noche, cuando nadie me ve.

Sentí que algo se me atoraba en la garganta. Pieter lo advirtió y bajando un poco su bufanda me preguntó:

—Disculpa... ¿cómo te llamas?

—¡Alejandro Brunelleschi!

—Quiero que sepas, Alejandro Brunelleschi, que eres un mentiroso.

No comprendí sus palabras.

—¿Por qué me llamas mentiroso?

—Porque me mentiste cuando mencionaste que tenías el alma desfigurada. Un alma desfigurada no hace lo que tú has hecho por mí. En realidad, eres un buen hombre.

—¡Soy un pésimo padre! —respondí— no pude salvar la vida de mi hija.

—Eres solo un médico, no Dios.

—¿Qué pensarías si te dijera que no solo no pude salvar la vida de mi hija, sino que tengo 15 años sin visitar su tumba, únicamente por cobardía.

—No creo que sea por cobardía, más bien no has aceptado la muerte de tu hija.

—Ningún padre acepta la muerte de sus hijos.

—Ningún padre quisiera que sus hijos murieran, pero debe aceptarlo cuando esto ocurre y no sentirse culpable. “No debes jugar a ser Dios”².

—No soy Dios ni juego a ser Él, pero tenemos algo en común.

—¿Qué?

—Que por salvar a la Humanidad, entregamos a nuestros únicos hijos.

Pieter me miró fijamente, levantó su dedo índice en alto y luego exclamó:

—Tú no entregaste a tu hija voluntariamente; en cambio, Dios, en su infinito amor, sí lo hizo y, luego, lo resucitó de entre los muertos.

—Si yo pudiera resucitar a mi hija, ya lo hubiera hecho, pero solo soy un hombre.

—Es verdad que nunca podrás resucitarla, mas sí puedes honrar su memoria y seguir amándola a través de tu bienestar y plenitud, recordando que eres un hombre. A ningún hijo le gustaría ver a su padre abatido, desolado, con sentimientos de culpa. Levántate y ve a visitar la tumba de tu hija. ¿Qué te lo impide?

—El ver su nombre grabado en una loseta fría.

—Agradece que tienes un lugar para llorarle a tu hija, porque hay padres que no tienen ese consuelo y ni siquiera saben en qué lugar de la tierra desnuda reposan los restos de sus hijos. ¿Puedes imaginar lo que es ver la tierra como un cementerio gigante, donde reposan los restos de todos los hombres, sin saber siquiera cuáles son sus nombres y sus apellidos?

Guardé silencio y solo acerté a murmurar la palabra guitarra.

—¿Necesitas una guitarra? —asentí con la cabeza—. Yo te la regalo, es el único bien que tengo.

—No te quitaría tu único bien —respondí.

—Aunque es mi único bien, a mí no me hace falta, pues yo no tengo a quién llevarle serenata.

—¡Yo puedo comprar una guitarra!

—Yo sé que puedes comprar una y mil guitarras, pero deja que sea mi guitarra la que toque para tu hija.

El mesero llegó con la comida y disimuladamente miró a Pieter; estoy seguro de que intentaba comprobar su teoría, aquella de que el caballero, con el rostro oculto, era nada menos que Michael Jackson.

Dentro de mi congoja y a pesar del tema que estábamos tratando, me sonreí por lo cómico de la situación y después de esa gran sonrisa liberadora, hasta pude disfrutar de la comida.

Cuando salimos del restaurant, escuché que el mesero le dijo a un compañero:

—¡Mira, ese hombre que lleva el rostro oculto, es Michael Jackson y quiero que sepas que su manager nos ha dejado una estupenda propina!

—Vamos por la guitarra —dijo Pieter.

—No puedo permitir...

—¿Qué es lo que no puedes permitir? —me interrumpió— que Michael Jackson... ¿le regale una guitarra a su generoso manager?

Me reí. A carcajadas. Llevaba años sin hacerlo. Ya no pude hacerme de rogar y acepté de muy buena gana el ofrecimiento. Caminamos cuesta arriba, hasta el castillo. Pieter levantó una pesada lámina, allí estaba su guitarra; era una Flamenca preciosa.

—¡Aquí tienes mi joya más fina!

Tomé la guitarra en mis manos; me quedé un rato estático.

—¡Ya no tienes pretexto, tu hija te está esperando, toca y canta para ella!

Asentí con la cabeza. Nos dimos la mano; después, un abrazo.

Le di mi tarjeta y, sin que se diera cuenta, metí en la bolsa de su saco un fajo de billetes. Ya, por último, le dije:

—Gran Pieter: el heroísmo es una gran virtud y debe estar por encima de tu miedo al espejo y al ojo humano. Tu sitio es entre las personas. Déjate conocer, para que todos vean tu alma y no tu cuerpo.

Él respondió con serenidad:

—Gran Médico, ya tienes el antídoto para curar lo que tú llamas “el alma desfigurada”, solo tienes que rasgar las seis cuerdas de la guitarra.

—Muchas gracias, señor Michael Jackson —repuse, mientras tocaba mentalmente el círculo de sol, el primer círculo que aprendí cuando tenía ocho años.

—¡Gracias a ti, mi querido representante artístico!

Me fui bailando, haciendo el paso de la luna; alcancé a escuchar la risa franca del Gran Pieter.

CAPÍTULO 4: SERENATA PARA UNA NIÑA

Cuando crucé los arcos y empecé a ver los abetos, los cipreses y demás árboles callados, sentí que una lágrima se atoraba en mi garganta. Apreté la guitarra contra mi pecho, los latidos de mi corazón se amplificaron por la caja de resonancia.

El cielo se rasgó y comenzó a llover, como aquel día. Mis ojos se llenaron de dolor. A tientas, llegué a su tumba. El ángel de mármol me miró compasivamente. Me arrodillé. No podía estar de pie. Recosté mi cabeza sobre la fría losa. Quería escarbar la tierra. Romper el cemento con mi manos, llevarme la urna con sus cenizas y acunarlas como a un bebé.

No debí escuchar a Nicole, porque ahora mi hija está sola, entre cipreses retorcidos y pájaros muertos.

Hay un dolor que no tiene medida y que es asunto del alma y del infinito. Es el dolor del hombre ante el silencio de Dios. Él da, Él quita. Se caen las hojas, el árbol queda. ¿Dónde más habita el corazón del hombre, cuando se muda la epidermis terrena?

¡Oh, mi pequeña princesita!... “¡quiero ir contigo, a jugar un ratito, con el osito de la Osa Mayor!”³.

Miré la losa fría; allí estaba escrito su nombre con letras de oro, Ana Karenina Brunelleschi. Sin dejar de mirar aquella piedra, toqué las primeras notas de *Amoi Seg Ma Uns Wieder*⁴, de Andreas Gabalier:

*“Uns allen ist die Zeit zu gehen bestimmt, Wie ein Blatt getragen vom Wind geht’s zum Ursprung zurück als Kind”*⁵.

La lluvia resbalaba por mis mejillas, dejándome un rostro pálido y cadavérico. Tenía quince años muerto en vida. Era solo un esqueleto, un insignificante polvo de arcilla, empujado por el viento.

Recordé la carita de mi niña al nacer, porque yo estaba allí; mis manos fueron su primer contacto con el mundo y no quería soltarse de ellas. Siempre las acariciaba y las veía embelesada cuando tocaba el piano; pero mis manos no estuvieron para salvarla, mis manos estaban muy lejos. En el quirófano de una clínica. Depositadas en otro cuerpo. Sostenían un bisturí, en vías de rasgar una carne y salvar una vida; la de un desconocido. Pero..., ¿y mi hija? Sola. En un estanque. Con sus pulmones llenos de agua. Pálida. Azulosa. Fría. ¿Acaso no merezco que me corten las manos y las echen a los lobos? “...und mache für alle Zeit meine Augen zu”⁶.

³ Fragmento de la canción *El amigo Felix*.

⁴ Algún día nos volveremos a ver.

⁵ El día y el momento de irnos está predeterminado, como una hoja llevada por el viento regresa uno al origen, igual que una criatura.

6 Y yo cierre mis ojos para siempre. *Amoi Seg Ma Uns Wieder.* Andreas Gabalier.

CAPÍTULO 5: LA CALLE DE LAS ALEGRADORAS

Tomé un tranvía que me llevó a la estación central. Me bajé y me interné en las calles. Llegué a una esquina. Allí estaba un *coffeshop*; un aroma a marihuana le dio tremendo puñetazo a mi nariz. Me dejó noqueado. Tosí y seguí de largo. Me perdí entre la muchedumbre. De pronto, me vi en la calle de *Las alegradoras*. Decenas de mujeres se exhibían en los aparadores. Eran hermosas, perfectas. Recordé el incidente de los tulipanes; no pude evitar sonreír. Solo bastó una sonrisa, para que me llegara una invitación para participar de *El himno de la alegría*. La chica se recargó seductoramente, en el quicio de la puerta. Era una rubia de ojos verdes, muy joven.

—¡La cama nos espera, cariño!

La miré de abajo a arriba y me detuve en sus ojos. Sentí algo muy extraño, esa chica... podría ser mi hija.

Me dejé conducir a la parte alta; allí había muchas habitaciones. Entramos a la once; la chica me ofreció una copa. Decliné la embriagante oferta. Quería estar en mis cinco sentidos, para bien o para mal. Abrí mi cartera y le extendí un fajo de billetes. Ella abrió desmesuradamente los ojos y luego los guardó en su bolso. Después, con una sonrisa cautivadora exclamó:

—¡Barra libre!

No dije nada. Solo la observé. Después de una larga pausa, le hice una pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Penélope.

—¡Debes de ser una gran tejedora!

—¿Por qué lo dices?

—Por nada —respondí.

Ella me miró algo confundida, pero reaccionó y volvió a lo suyo:

—¿Qué quieres que te haga?

—¡Quiero que me cantes!

—¿Qué te cante?

—¡Sí, que me cantes!

Me senté en una pequeña sala. La chica se sentó en mis piernas y me dijo al oído:

—¿Cuál canción quieres que te cante?

—¡*Madame Butterfly*!

—No conozco esa canción.

—Entonces, cántame *La vie en rose*, pero en francés.

—No sé hablar francés.

—¡Oh, *mademoiselle*, canta la canción que quieras! ¡No importa el idioma!

La chica comenzó a cantar, pero lo hizo tan desentonadamente, que si no me hubiera dicho qué canción estaba cantando, jamás la habría adivinado.

—*Baaaabyyyyy ‘caussssssse in the darkkkkkk, we can’t see shiny carrrrrrs. And that’s when you neeeeeeeeeeed me there. Wiiiiith you I’ll alwayyyyyyyyyys share. Becauseeeeeeeee...*

Era *Umbrella*, de Rhiana.

—¿Quieres que también la baile?

Me sonreí y le guiñé un ojo. La chica se puso de pie, sacó un paraguas de una cesta y luego montó una sensual coreografía.

—¡Guauuu! —exclamé.

Penélope se despojó de su sostén, dejando al descubierto su flamante busto. El cirujano plástico había hecho un excelente trabajo. La simetría de sus pezones me impresionaba. Estaban situados en una línea horizontal perfecta.

—¡*Madame de Pompadour*!

La chica giró el paraguas y se despojó de su minúsculo tanga. Un calor súbito me invadió por completo. Ella se me acercó seductoramente.

—¡Vamos querido, gime a mi lado!

—Le soplé en el oído y luego me retiré. Comencé a mirar por la ventana. Pensaba en otra cosa.

—¡Hey!, ¿qué no vas a tener sexo conmigo? ¡Mira que pagaste mucho!

—¡Y lo vales! —le dije.

—¿Entonces?

La chica se desconcertó un poco, por mi actitud evasiva, pero volvió al ataque. Acaricié mi pecho y luego... sentí que se me elevó la temperatura corporal hasta más de cuarenta grados. Estuve a punto de convulsionar.

—¡Hazme un dibujo de ti! —exclamé, para despistar a mi enemigo, que se encontraba abajo de mi ombligo.

—¿Que te haga un dibujo de mí?

—¡Sí, un dibujo de ti!

—¿En tu cuerpo o en una hoja de papel? —preguntó la chica, mientras se mojaba los labios.

—En una hoja de papel —respondí.

Penélope tomó un lápiz y una hoja de su mesilla de noche e hizo un bosquejo.

—¡Muéstrame tu autorretrato! —le dije.

La chica levantó en alto la hoja. Parecía un dibujo infantil.

—Me recuerda a los dibujos que hacía mi hija.

—¿Tan mal dibujo?

—¡Quiero que sepas que mi hija, aunque era una niña pequeña, dibujaba hermoso!

—Pues yo no soy una niña pequeña ni tampoco sé cantar y dibujar, pero sí sé hacer felices a los hombres en la cama.

—¡Hermosa alegradora, ya es tarde, debo irme! —exclamé, al tiempo que me dirigía a la puerta.

La chica me salió al encuentro y metió su cabeza en medio de mis piernas. Cariñosamente la aparté, pues no podía permitirme algo con ella...

—¿No vamos a tener sexo? —preguntó desconcertada.

—¡No! —respondí categóricamente.

—¿Por qué no? Si yo veo que sí puedes y sí quieres —dijo, al tiempo que me bajaba el zipper de mi pantalón.

—¡Porque yo jamás le pagaría a una mujer por tener sexo!

—Entonces, ¿por qué me pagaste?

—Te pagué por cantar y dibujar.

—Para mí, es más fácil tener sexo que dibujar o cantar.

—Lo sé, por esa razón te pagué bastante bien, pues yo sabía que cantar y dibujar para ti, no iba a ser tarea fácil.

La chica se llevó las manos a la cabeza y luego exclamó:

—¡Primer hombre con el que sí deseo tener sexo y se me pone difícil!

Me acerqué, le acaricié la barbilla y le dije:

—¡Eres una chica muy linda, pero podrías ser mi hija. Si ella viviera, tendría ahora tu edad!

Penélope me miró fijamente a los ojos y luego repuso:

—Yo he tenido sexo hasta con mi padre.

Me quedé mudo. No supe qué decir. Sentí compasión por ella. ¿Qué clase de padre había tenido esa pobre mujer? Con más razón decidí retirarme.

—¡Debo irme! —insistí y me subí el zipper del pantalón.

—¿Quieres que te regrese el cambio, en billetes denominados besos?

Me reí de su brillante ocurrencia.

—No, Penelopita, porque los besos son el preludio de... y ya estando los dos en una casa de cambio, va a ser muy difícil que no cambie todas mis monedas a tu tipo de cambio; así que, con gran pesar te digo, que te quedes con el vuelto.

—Esto me va a provocar una crisis de identidad —dijo ella—, se supone que yo cobro por tener sexo y tú y yo no tuvimos sexo.

—Y yo te dije que yo no pago por sexo, tampoco por amor. Tú me prestaste tus servicios de cantante y dibujante. En ningún momento te pagué para tener sexo.

—Tú me pagaste para que cantara y dibujara, ¿no es así? —asentí con la cabeza— Pues ya lo hice, ahora quiero decirte que te hiciste acreedor a una sesión de sexo bruto, completamente gratis.

—No me tientes corazón —dije, al tiempo que me dirigía a la puerta.

—¡Espera, no te vayas!

La chica se arrojó a mi brazos. Me sentí mal, pues ya estaba instalado en el papel de padre y un padre no debe tener sexo con su hija.

—¡Shhhhhh, tranquila!, ¡todo está bien! —le dije, mientras la abrazaba paternalmente.

—Te vas a ir y ni siquiera sé tu nombre.

—Me llamo Alejandro Magno.

—¿Alejandro Magno? Mmmm, ¿de verdad? ¡Ese nombre se me hace conocido!

—Tal vez —respondí.

—¿A qué te dedicas, Alejandro?

—Soy médico.

—¿Médico? ¡Aaaaaaaah!, estarías perfecto para la serie de *Grey Anatomy*. Guapo, sexy, inteligente. Seguro le quitarías el puesto de Jefe de Neurocirugía a Derek Christopher Shepherd y flecharías a Meredith Grey.

Reí de solo imaginarlo.

—Si yo le quitara el puesto a Shepherd, tenlo también por seguro que mataría a muchos pacientes o los dejaría patinando, pues no soy neurocirujano, sino cirujano urólogo. No trabajo arriba —le señalé mi cabeza— sino abajo —le señalé mi aparato reproductor—. Además, me meterían en la cárcel por negligencia médica y asesinato y no creo que la Dra. Grey me haría visitas conyugales.

—Pues no sé si la Dra. Grey lo haría, pero yo sí. ¡Vamos, Alejandro! ¿Qué no te gusto?

—Eres hermosa, Meredith, y el que no hayamos tenido sexo, no tiene nada que ver contigo ni con tu físico, sino con algo muy mío y te lo vuelvo a repetir: Yo pago por todo, menos por sexo y por amor. Además, estás muy joven. Podrías ser mi hija.

—Tú también eres joven y muy guapo, ¡ojalá así fueran todos mis clientes!

Me sentí halagado, pero me mantuve firme en mi posición y le pedí a mi enemigo que no se mantuviera firme, mas no me hizo caso, por lo que implementé un plan de retirada.

—¡Tu cliente, guapo y joven, ya se tiene que ir!

—¡Quédate otro ratito, doctor Shepherd!

—Es peligroso que me quede, doctora Grey; mira que tampoco soy de piedra.

—¡No eres de piedra, pero parece que tienes una piedra, allí! —Penélope me dio un tremendo jalón; yo me estremecí todito y no tuve más remedio que acelerar el paso de la luna.

—¡Adiós, mujer de hermosa anatomía!

Formé una silueta femenina en el aire con mis manos y abrí la puerta.

—¡No te vayas, Derek!

Penélope extendió sus brazos.

—Me voy, no sin antes decirte que me felicites a Jackson Avery, tu cirujano plástico, ¡pues hizo un excelente trabajo con tus senos!

Le guiñé un ojo y salí. Ya estando fuera, corrí para no sentirme tentado a regresar.

En resumidas cuentas, había hecho lo correcto, porque Penélope era casi una niña, pero en extendidas cuentas ¡*qué güey fui!*!, pues me perdí la oportunidad de cantar desentonadamente *El himno a la alegría*. Para ventura mía, comenzó a llover.

CAPÍTULO 6: VOLVER

Un mes estuve deambulando por Europa... *“Pero el viajero que huye, tarde o temprano detiene su andar...”*².

Llegué al aeropuerto de Ámsterdam con tres *souvenirs*: la guitarra del Gran Pieter, el autorretrato de Penélope y el diario holandés *De Telegraaf*. Documenté en el automático y me senté en la sala de espera. Cuando anunciaron el vuelo, me levanté del asiento pero, luego, me volví a sentar. Ya casi cerraban la puerta del avión, cuando por fin lo abordé. Todo el camino me fui leyendo el periódico. Lo leí completito. Al momento del aterrizaje, estaba leyendo las esquelas. Me enteré de que había muerto un maestro mío de la Universidad. Guardé un minuto de silencio y luego sentí que las llantas del avión golpearon el suelo. Eran las 7 de la mañana; una fina capa de smog cubría el cielo capitalino. Compré un boleto de taxi en un módulo. Pedí que me llevaran a Xochimilco, el lugar de la sementera florida, porque tenía una cita con los pelícanos blancos.

Durante todo el trayecto, me fui contemplando el firmamento que, después de algunos minutos, lució claro y despejado; solo conservó unas cuantas nubes blancas.

Cuando llegué a la sementera florida, busqué a un barquero para que me llevara por las chinampas⁸ más apartadas, lejos del ruido. En un punto, le pedí que se bajara, pues yo tomaría los remos. Navegué por los canales, entre ahuejotes y cañas acuáticas. Escuché una música suave de flauta; era “Meditation on the Flute”, de Gibson. Vi volar cientos de pelícanos blancos, en el cielo. Venían de Canadá e iban hacia el sur. Movían sus alas y luego las dejaban estáticas en el aire. Solté los remos, levanté los brazos y grité:

¿Qué es lo que buscan alados viajeros? ¿El sol?, ¿el amor?, ¿la verdad?, ¿el conocimiento? Yo también soy viajero. Todos somos viajeros, pero... ¿qué buscamos?, ¿a dónde vamos?, ¿cuándo, por fin, nos detendremos?

Estoy solo, ustedes también están solos. Enséñenme a volar en “V”, para romper mi soledad individual. Quiero ir detrás de ustedes. Ser el último de los pájaros blancos y, un día no muy lejano, ser el primero, el que los guíe, el que rompa el viento con sus alas; entonces, juntos podríamos terminar con el problema de la soledad, como entidad metafísica.

Los pelícanos se situaron delante de mi barca en formación de “V”, de manera que yo era el último de ellos; me sentí impulsado por una corriente. La barca avanzó a la velocidad de los pájaros. El pelícano que los guiaba se puso detrás de mí y yo no pude ocupar su lugar, sentí el aire muy pesado; entonces, el que estaba frente a mí lo hizo. Anclé mi barca, los pájaros siguieron volando y yo los seguí únicamente con la mirada. No estaba ya en condiciones de seguirlos y, mucho menos, de comandarlos.

Volví a ver al barquero; éste subió a la barca y tomó los remos. Navegamos en silencio por los canales. Miré a mi alrededor. Un pichón se deslizaba sobre una balsa de hierbas. Las nubes formaban una “V” perfectamente clara. Comenzó a soplar un vientecillo caliente. Un aroma a flores penetró por mi nariz y llegó hasta mi boca. Mastiqué el aromático regalo de la Naturaleza. Un pelícano solitario pasó cerca de mí; alcancé a rozar sus plumas.

El barquero me miró y dijo:

—¡Patrón, está haciendo mucho calor! ¡Estoy sudando a chorros! ¡Vayamos a la zona de turistas, para tomarnos una michelada!

Asentí con la cabeza. El barquero dirigió la barca hacia el lugar opuesto al que estábamos. Se escuchó en la distancia el canto de un mariachi. Muy pronto me vi rodeado de chalupas⁹, con cientos de vendedores y de trajineras¹⁰ retacadas de turistas. Una señora de largas trenzas se acercó a nosotros, vendía elotes.

—¿Quieres uno? —le pregunté al barquero.

—Sí, patrón, ¡gracias!

Pedí dos elotes; nos los dieron forrados de chile. Estornudé. Se meció la barca. El sol estaba en su punto máximo. El barquero se airaba la lengua con las manos, pues estaba muy enchilado. Con un silbido, llamé al joven de las micheladas.

—¿Cuántas quiere, güero? —me preguntó el vendedor.

—¡Dame dos grandes!

—Salen bien heladitas.

La primera michelada se la di al barquero, que se la bebió de corrido, sin hacer ninguna pausa; la segunda, me la tomé yo, a pequeños tragos.

—¿Quieres otra? —le pregunté al acalorado lanchero.

—Sí, patrón, ¡tengo mucha sed!

Pedí otras dos micheladas grandes y nos las bebimos bajo un sol quemante.

Estiré mis pies. Los puse sobre mi mochila. Un mariachi se acercó a nuestra barca.

—¿Cuál le cantamos, jefe?

Sin pensarla dos veces, exclamé:

—“*Ella*”, del tal José Alfredo Jiménez.

Los músicos se treparon a la chalupa, ésta se balanceó de un lado a otro. Les ofrecí a todos una michelada, para que cantaran y tocaran con más ganas.

Sonaron las primeras notas de la canción y yo me eché un grito que se escuchó hasta *La calle de las alegradoras* de Ámsterdam:

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaajajajayyyy! ¡Qué triste estoy, verdad de Dios!

El vocalista del grupo de mariachis exclamó:

—¡Cántale bonito a la ingrata, güero!

No, no existía ninguna ingrata en mi vida, pero yo le canté; no sé si bonito, pero con mucho sentimiento.

—“*¡Me cansé de rogarle, me cansé de decirle que yo sin ella de pena muero; ya no quiso escucharme, si sus labios se abrieron fue pa’ decirme: ya no te quiero*”.

Nuestra embarcación era la más concurrida por los vendedores; sobre todo, por los de bebidas embriagantes. El tequilero fue recibido con vivas y fanfarrias, era justo y necesario, pues estábamos cantando “Ella”.

—“*Yo sentí que mi vida, se perdía en un abismo profundo y negro como mi suerte, quise hallar el olvido, al estilo Jalisco, pero aquellos mariachis y aquel tequila me hicieron llorar*”.
¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaajajajayyyy! ¡Tequila para todos!

No sé de dónde salió tanta gente. Solo vi decenas de brazos que empinaron el codo y gritaron: ¡Salud!

—“*Me cansé de rogarle, con el llanto en los ojos alcé mi copa y brindé por ella, no podía despreciarme, era el último brindis de un bohemio, con una reina*”.

Todos nos mecíamos de un lado a otro cantando, un tanto por la música y otro tanto por la embriaguez. Yo me sentía muy mareado; ya, hasta veía pelícanos en los hombros de los mariachis.

—*¡Denle también tequila a ese pelícano blanco, que está cantando con harto sentimiento!*

—“*Los mariachis callaron, de mi mano sin fuerza cayó mi copa sin darme cuenta; ella quiso quedarse, cuando vio mi tristeza, pero ya estaba escrito que aquella noche, perdiera su amor...*”.

¡Verdad de Dios que no supe ni cómo llegué a mi casa!

7 Volver, Alfredo Le Pera.

8 La chinampa es un método de agricultura y expansión territorial mesoamericano que, a través de unas balsas cubiertas con tierra, sirvieron para cultivar flores y verduras, así como para ampliar el territorio en la superficie de lagos y lagunas del Valle de México, convirtiendo a México–Tenochtitlan en una ciudad flotante.

9 La **chalupa** es un tipo de embarcación pequeña de rescate, que puede ser propulsada a vela, a remo o a motor. También se conocen como chalupas a las embarcaciones utilizadas principalmente en formaciones de agua dulce en México y Colombia, como en Xochimilco. Originalmente, estas chalupas eran pequeñas embarcaciones alargadas de hasta 9 metros de largo, propulsadas por remos, pero con la llegada de los motores de combustión esto ha cambiado y, actualmente, utilizan motores tanto fuera como dentro de borda.

10 La **trajinera** es un tipo de embarcación para el transporte de 10 a 25 personas y uso en aguas tranquilas y poco profundas, con un puntal no superior a 30 cm y una manga de 3mm, que se mueve por medio de pértigas apoyadas en el fondo de la masa de agua en que se desplaza. Actualmente, es característica de la zona lacustre de Xochimilco y Tláhuac al sur de la ciudad de México, donde principalmente se usa para el transporte de mercaderías y turistas en la zona, siendo esta última su versión más conocida.

CAPÍTULO 7: LA KGB

Mi casa era muy grande; así me gustaba porque, entre más grande fuera, podía estar más lejos de Nicole, mi esposa. Ella era como una terrible enfermedad invasiva. Siempre implacable, ofensiva, grosera, impositiva. Vivía con ella como mi némesis inseparable. Llevábamos veinte años en una extraña comunión de seres que se aborrecen, pero que siguen viviendo bajo el mismo techo. Una relación mediocre, sin presente y sin futuro y, lo que es peor, sin amor.

Yo había apodado a Nicole la KGB, porque ella realizaba conmigo un ejercicio irrestricto de control total. Se había convertido en una espía rusa, la mejor, y estaba a la vanguardia en tecnología de espionaje. Tenía mil ojos, todos malintencionados y malignos. Además, era fanática del bótox y de las cirugías plásticas, por lo que su rostro era cada vez más inexpresivo, pero ese no era el principal problema, sino esas potentes toxinas que se inyectaba en el alma y en el espíritu y que se reflejaban en cada una de sus palabras.

—¡Hola, cretinito! ¿No vas a ir a la clase de esgrima?

—Ya sabes que no me gusta que entres a mi pieza.

—A mí tampoco me gusta entrar, pues este espacio me produce agruras, pero necesito hablar contigo.

—¡Te escucho! —me puse frente a ella, con los brazos cruzados.

—¿Me escuchas? ¡Ahhh, qué bien, porque yo, en cambio, no oigo! Soy de mármol y desearía que el mundo entero estuviera hecho del mismo material, para que nadie te escuchara ni siquiera un perro y te sintieras solo. Muy solo.

—Tu maligno deseo ya se cumplió, al menos, en la parte de la soledad. Estoy solo. Muy solo. Ni un perro que me ladre, tengo ya. “También entre los hombres se está solo”¹¹, pero existe una persona que todavía está más sola que yo, esa persona eres tú, una pobre demente. Y, ¿sabes por qué estás demente? Porque ni tu propia mente ni tu propio corazón aguantaron tu maldad. Ambos se fueron, cada uno por su lado. Eres solo una sombra opaca de ti. Eres solo polvo, solo hueco, solo chicle.

—Todas las mujeres estamos algo dementes. Y ¿sabes por qué?, porque también parimos a los hombres. Allí anida nuestra estúpida demencia y, por lo mismo, ya no somos responsables de nuestros pensamientos y actos, en contra o a favor de los hombres. Te voy a decir algo muy congruente y acorde con mi nueva situación de mujer demente y de chicle pegajoso: mi mayor deseo en la vida y en la muerte es que, a ti, nunca nadie te ame y que nunca seas feliz.

—Yo te deseo todo lo contrario; que alguien te ame, que seas muy feliz y que me dejes en paz.

—¡Nunca estarás en paz! ¡Nadie puede estar en paz cuando es odiado!

—Quizás yo sea odiado, pero yo no odio a nadie. El odio no es compatible conmigo; el odio es una enfermedad autoinmune. Se ataca a sí misma. No me gustaría ser mi propio agresor.

—Yo sí soy capaz de odiar; y te odio tanto que...

Nicole se quedó callada.

—¿Qué ibas a decir?

Ella tomó aire, me dirigió una terrible mirada y luego exclamó:

—¡Te odio tanto, que no me importaría volver a pasar por la pérdida de mi hija, con tal de verte sufrir de la misma manera; y te voy a recordar un episodio que medirá tu grado de demencia! ¿Quién le prestó primeros auxilios a su hija, estando muerta? ¿Quién sacó un piano al patio y lo rompió con un mazo, mientras gritaba: “Ya no toques November rain”? ¿Quién se encerró en su cuarto por varios días y no le abrió a nadie?... ¿quién Alejandro, quién?

Por primera vez en mi vida, sentí ganas de abofetear a una mujer; por eso, estrellé mi puño contra la pared, en repetidas ocasiones, hasta que sangró.

—Tienes el alma envenenada, estás en la fase terminal del odio; ahora resulta que, lo que llevaste durante nueve meses contigo, estuvo solo en tu vientre, mas no en tu corazón. ¡Oh, Nicole, estás terriblemente mal! ¿Dónde dejas a las verdaderas madres, aquellas que sacrifican la vida por sus hijos y que los aman por sobre todas las cosas? Es que ni los animales se comportan como tú; a ellos les duele en sus entrañas cada uno de sus cachorros y los defienden de cualquier ataque o peligro; y si alguno llega a morir, lloran; sí, lloran y no se despegan de él, por ningún motivo. ¡Qué tristeza aceptar, a estas alturas de mi vida, que yo me casé con un monstruo!

—¡Tú tienes la culpa, Alejandro!

—¿Yo?

—Sí, tú, porque me condenaste a la soledad, que es la muerte en vida. ¡Mírame!, ¡a los ojos, Alejandro Brunelleschi!: ¿dime qué ves?, ¿dime qué ves?

—¡Veo bótox, cirugías plásticas y al mismo demonio!

—No te hagas pendejo. Allí habita un fantasma.

—Sí, uno muy perverso, que solo escupe veneno.

Nicole me escupió el rostro; mientras la saliva me escurría por él, me pregunté: ¿qué sigue ahora? Ya solo la muerte. ¿Qué hay entre nosotros dos? El infierno. Solo eso.

Una lágrima escapó de mis ojos; esa lágrima era nuestra hija. Lo único limpio y puro que existió entre nosotros. La lágrima cayó al suelo, así como Annita volvió a la tierra.

Yo guardé un minuto de silencio pero, en realidad, quería callar para siempre. Miré a mi alrededor; todo en esa casa estaba consumado, muerto. Se sentía mucho frío. Por mi boca y mi nariz expedía vapor de agua. Comencé a titiritar, me puse un suéter, hice una inhalación profunda y relajé mis mandíbulas; finalmente, le dije:

—¿Sabes qué nos ha llevado a este estado? El vivir bajo un mismo techo. El respirar el mismo aire contaminado. El ser un matrimonio mediocre. Llevar años sin hacer el amor.

—¡Esto último también es tu culpa!

—Nicole, tú sabes que yo no te amo; para mí es imposible hacer el amor contigo. En la medida de mis posibilidades, siempre he tratado de ser un hombre, no un animal.

—Yo soy mujer y así como llevar años sin hacer el amor, tampoco.

—¡Lo que te faltaba!

—Sí, llámame puta, ¡eso es lo que quieres!

—No, no te llamaré así, porque tengo mucho respeto por las prostitutas.

—¡Claro, eres hijo de una de ellas!

—Nicole, ¡salte de mi habitación! ¡Salte de mi vida! ¡Tú ya no debes estar aquí! Prefiero vivir solo en una horrible choza, que contigo en esta mansión.

—¡Ten cuidado con lo que deseas!

—¡Lárgate, lárgate ya!

Nicole salió de la habitación dando un portazo; yo me quedé temblando de ansiedad. Subí, bajé; entré, salí; me senté, me paré; saqué un cigarro, ¡pero si yo no fumo! Lo arrojé. Respiré hondo. Miré al cielo. Apreté los puños. Cerré los ojos y grité: ¿hasta cuándo, Nicole?, ¿hasta cuándo no me dejarás en paz?

Una parvada de pelícanos pasaron sobre mí; yo les supliqué llorando:

—¡Por favor, déjenme ser uno de ustedes, el último!

Dos pelícanos descendieron y se posaron en mi balcón. Estaban muy cerca de mí; uno era el líder y, el otro, el último de la fila. Entré a mi habitación y tomé mi maletín de esgrima. Ellos me aguardaron en silencio.

Bajé las escaleras, tomé las llaves y saqué mi porsche. Los pájaros remontaron el vuelo y se unieron a la parvada. Iban en formación de “V”. Abrí todo el capicete. Entró un aire muy limpio y muy fresco. Pisé el acelerador y me perdí entre el asfalto y las arboledas. El mundo de fuera me estaba esperando y yo no lo quería hacer esperar...

¹¹ Antoine de Saint-Exupéry. *El Principito*.

CAPÍTULO 8: EL SECUESTRO

«¡Este valiente mosquetero, ya está listo para las Olimpiadas!».

Cuando salí de la clase de esgrima, hice unas cuantas tocaditas en el aire con mi espada. Me había desenvuelto muy bien en el combate, a pesar de tener la mano lastimada. Tenía mucha hambre; el ejercicio me había abierto el apetito y mis intestinos cantaban una ópera prima.

«¡Qué rico aroma sale de esa casita de galletas!, ¿quién puede resistirse a unas galletas de almendra, recién horneadas? Nadie, y menos yo, así que compraré una caja y me la iré comiendo en el camino».

Crucé la calle para dirigirme a mi auto. Una motocicleta pasó a gran velocidad y por un pelito de rana casi me atropellaba: «¡Ay, güey, que cerca la vi!».

Aceleré el paso. Miré el reloj, eran las 5 en punto de la tarde. Abrí la cajuela, metí mi maleta. Estiré mis brazos y sentí un fuerte golpe en la cabeza. Todo a mi alrededor se oscureció y no supe más de mí.

Cuando recuperé la conciencia, estaba amordazado y sujetado de pies y manos y con los ojos vendados. «¡Esto no debe ser nada bueno!», pensé.

Unos tipos entraron al sitio donde yo me encontraba y aventaron a otra persona al suelo. Uno de ellos, el de la voz de borracho gargajiento exclamó:

—¡Voy a traer unas cervecitas, para celebrar el acontecimiento! ¡Lleven a los dos hombres a sus habitaciones!

Los tipos le obligaron a beber cerveza al otro secuestrado y éste la escupió; recibió como represalia un puñetazo. Intentaron hacer lo mismo conmigo, pero la botella estaba vacía, así que no pude tragar nada, ni siquiera una pequeña gota.

Nos arrastraron de los pies hacia otro lugar. Allí nos dejaron amarrados, pero olvidaron cubrírnos la boca. Al cabo de unos cuantos segundos, escuché una tosesita nerviosa y una voz de mujer que dijo:

—Hola, soy Kenia Victoria, ¿quiénes son ustedes?

—¡Yo soy Alejandro Brunelleschi! —respondí inmediatamente.

—¡Yo me llamo Marco Tristán! —repuso el otro hombre, que por cierto se escuchaba muy joven.

—¿Cuánto tiempo llevas encerrada aquí? —le pregunté.

—¡Un mes! —contestó ella.

—¡Oh, Dios, toda una vida! —dijo Marco.

—¿Cuántas personas están secuestradas? —volví a preguntarle.

—¡Solo ustedes y yo!

—¿Y cuántas personas custodian este lugar? —preguntó Marco.

—Tres, que son las mismas que me raptaron; también hay un niño en la cabaña, pero no participó de mi secuestro.

—¡A mí también me raptaron tres! —añadió Marco.

—Yo ni siquiera me di cuenta de cuántos ni quiénes me secuestraron —anexé.

—¡A mí me interceptaron cuando abordé un taxi! ¡Una motocicleta nos cerró el paso! ¡Bajaron al chofer! —relató Kenia.

—¡Así sucedió conmigo! —dijo Marco.

—A mí me secuestraron cuando salí de la clase de esgrima —les participé.

Nuestra plática fue interrumpida por unos ruidos que se escucharon, en la parte de arriba. Guardamos silencio. Yo me sentía muy atraído por Kenia; quizás por el nerviosismo del secuestro, me aferraba a lo único hermoso que escuchaban mis oídos, su voz.

—¿Qué estará sucediendo allá arriba? —preguntó Marco, evidentemente nervioso.

—Parece que se cayeron algunas cosas —le respondí.

Levanté mi rostro y presté atención a lo que allí ocurría. No se escuchó más nada.

—¿Ustedes a qué se dedican? —preguntó Kenia.

—Yo soy doctor en medicina, urólogo.

—Yo soy empresario de galletas.

—Muy cerca de la escuela de esgrima, hay una empresa que tiene forma de casita de galletas —expresé.

—¡Esa empresa es mía! Y, precisamente, ése es su nombre, “*La casita de galletas*” —respondió Marco.

—¡Guau, qué original! Y tú, ¿a qué te dedicas? —le pregunté a Kenia.

—Yo soy maestra de música en Alemania —me respondió.

—¿En Alemania? Yo estuve hace un mes en Berlín. ¿Allí vives?

—No, yo vivo en Múnich y vine a visitar a mi abuela, de sorpresa; mas no la encontré en casa. Iba a comprar un boleto para viajar a San Luis Potosí, pero fui raptada durante el trayecto. Yo quería ir con mi abuela para que visitáramos juntas el Sótano de las Golondrinas y, qué ironía, ahora estoy metida en el sótano, pero de una cabaña.

—¿No te confundirían con alguien? —preguntó Marco.

—Algo hay de eso, ya que tuve la mala fortuna de parecerme físicamente a la esposa de uno de los secuestradores; no sé si ella huyó o la desaparecieron, pero mi secuestro tiene que ver con esa mujer.

—¿A qué se dedica tu esposo? —le pregunté.

—¡Es psiquiatra! Así que, cuando regrese a Alemania, si es que regreso, tendré que internarme en el hospital donde trabaja mi esposo —exclamó ella con gracia. Quedé fascinado.

—Y yo tendré que internarme en la clínica del doctor, porque necesito ir, urgentemente, al baño —dijo Marco.

—Y yo, saliendo de aquí, tendré que internarme en la fábrica de galletas de Marco; me estoy muriendo de hambre —exclamé, para no desentonar con las respuestas y porque, en realidad, me estaba muriendo de hambre.

Reímos los tres. Yo comencé a sentir un *deja vú*.

—En el piso, hay un agujero pequeño, ese es el baño. Está muy cerca del lugar donde estás tú; localízalo y... “con confianza” que, al fin y al cabo, estamos vendados —repuso Kenia.

—¿Aquí?, ¿en medio de ustedes?, ¡Dios me libre!; además, no puedo, porque estoy sujetado y, por si esto fuera poco, la venda de nuestros ojos no nos cubre la nariz ni las orejas —objetó Marco.

—Entonces, ¡haz tus necesidades fisiológicas en los pantalones! —dije como médico—, porque una vejiga reventada o una peritonitis son palabras mayores.

—¡Por favor, doctor, no es tan grave mi urgencia; puedo esperar. Lo que sí urge es que Kenia nos dé más información de los secuestradores! —exclamó Marco.

—¡Tomen nota! —exclamó Kenia— Servando es misógino, alcohólico y perverso, a su manera; cuídense de él. Marcos es mudo y tiene un tipo de parafilia, le gusta oler la ropa interior.

—¡Oh, no!, ¿por qué ese tipo sucio tiene mi nombre? —dijo Marco.

—¡Casi tu nombre! —corrigió ella—, porque tiene una “s” de más.

—Una “s” de más y una “s” de “sucio” —respondió Marco.

—¡Mmmmm, nombre de muchos, consuelo de sucios! —exclamé, pues a pesar de la terrible situación en la que nos encontrábamos, yo me estaba divirtiendo mucho con nuestra plática.

Volvimos a reír.

—Ernesto es servil y malo, sin más adornos; también es muy aficionado a las bebidas alcohólicas. Joel, el hijo de Servando, es un niño muy noble, ¡lástima que lo tengan involucrado en ilícitos! —prosiguió Kenia.

—¡Dónde vinimos a caer! —exclamó Marco.

—¿Y qué tal la comida? —pregunté.

—Poca y no muy buena que digamos; en su mayoría sopa, papas o tortillas duras, con huevo.

—¿Te permiten bañarte? —preguntó Marco.

—¡Hoy fue la primera vez que me lo permitieron, después de un mes!

—¡Era de esperarse de unos tipos sucios! —exclamó el empresario galletero.

—¿Conoces el lugar donde nos encontramos? —repuse.

—La habitación, sí; fuera, no; solo sé que estamos en un sitio boscoso, porque cuando llegué me dio olor a pinos y sentí un aire muy fresco y muy limpio; probablemente, estemos al sur de la

ciudad o fuera de ella.

Súbitamente, entraron en la habitación los secuestradores. Nos amordazaron a Marco y a mí y nos llevaron a otra pieza.

Verdaderamente, me dolió en el alma que me alejaran de esa habitación y de esa maravillosa mujer, llamada Kenia Victoria.

CAPÍTULO 9: LOS VERDUGOS MEDIEVALES

A los diez días de estar encerrado en esa horrible cabaña, se me presentaron dos sujetos, que hacían mucho ruido con una campana. Uno de ellos, me quitó con brusquedad el tape que tenía en los ojos y de paso me arrancó varias pestañas. Yo veía muy borroso, pero alcancé a distinguir que estaban vestidos como verdugos medievales, con una capucha que les cubría el rostro y cargando un enorme costal.

Comprendí el trasfondo de mi secuestro y mi destino en ese lugar.

« ¡Reconozco tu sello diabólico, Nicole! ».

Los tipos abrieron el costal y sacaron una picota, que estaba compuesta por dos placas de madera, entrelazadas con tres orificios. En uno metieron mi cabeza y en los otros dos mis manos. Ajustaron las maderas con un candado. Nuevamente, vendaron mis ojos y me amordazaron. El de la voz aguardentosa comenzó a gritar:

—*¡Se corre y se va con el pescado!*

De inmediato, sentí que me arrojaron en el rostro pescados podridos, los esqueletos y las espinas me causaron heridas en la frente y en las mejillas. Agradecí que me hubieran vendado y amordazado.

—*¡Para el sediento, agua de asiento!*

El agua de asiento era un balde con orines calientes. Me ardió el rostro, pues lo tenía bastante lastimado.

El grito que siguió, hizo que me estremeciera de los pies a la cabeza:

—*¡Para el que está muy hambriento, mierda de chorriento!*

Un bote de materia fecal se estampó en mi rostro. Sentí ganas de vomitar. El olor era repugnante. Temí que se infectaran mis heridas.

—*¡Mira, el doctorcito parece una estatua de mierda!*

Los sujetos rompieron en carcajadas. Yo trataba de contener la respiración.

—*¡Vámonos Erni, que este lugar apesta a pedos de bruja!*

—Sí, pero antes rociaré perfume.

Escuché un sprayazo y el ruido de una puerta que se abría y se cerraba. Un olor a insecticida impregnó aquel sitio. Yo me quedé agachado, con las manos y la cabeza metidas en la picota y apestando a rayos.

Pasaron varios minutos, quizás una hora. Nuevamente, escuché el ruido de la puerta. Alguien caminó hacia mí, me despojó de las vendas y me sacó de la picota; después, lavó mi cabeza y mi torso con detergente de ropa. El ardor era insoportable, pero era preferible el ardor a la terrible peste.

Cuando pude abrir los ojos, vi a un sujeto de baja estatura que me secaba y olfateaba. Era Marcos, aquel peculiar mudo al que le gustaba oler la ropa interior.

Agradecí que me lavara, pero todavía más que se fuera, no sea y se le ocurriera...

CAPÍTULO 10: LA CARTA DE KENIA

Estaba acostado en el suelo, no podía ver ni tocar nada, me guiaba únicamente por mi olfato y mi oído. Escuché una extraña detonación que cimbró todas las paredes; luego, el piso comenzó a moverse de una forma muy violenta. Era un movimiento oscilatorio, que no me permitía pararme. Me arrastré hacia la pared y traté de enderezarme, pero sentí un fuerte calambre en las piernas. Me quedé quieto, esperando a que pasara el temblor.

Después de un minuto, la tierra dejó de moverse; entonces, pude sentarme en el piso y estirar mis piernas. Estaba muy entumido, porque las vendas me cortaban la circulación.

Escuché el ruido de la puerta. Alguien entró a la habitación y me quitó la venda de los ojos; era un niño de cabello rizado que me sonreía.

—¡Tú debes de ser Joel! —le dije.

El niño asintió con la cabeza, dejó sobre mis piernas una misiva y luego exclamó:

—Es una carta para usted, doctor, se la envía Kenia. Aquí tiene lápiz y papel, para que pueda contestarle, pero antes le voy a desamarrar las manos y los pies.

El niño intentó desatarme las manos y los pies alternando, pero, a pesar de su gran esfuerzo, no lo conseguía.

—Creo que necesitarás unas tijerillas muy filosas.

El niño buscó en toda la habitación y no encontró nada con qué hacerlo.

—Buscaré en el cuarto de los trebejos, espero encontrar unas. Volveré más tarde. Ruéguele a Diosito que mi papá me lo permita.

—Así lo haré Joel y gracias por la carta y por aflojarme las vendas, pues estaba muy entumido.

El niño se dirigió a la puerta y antes de salir exclamó:

—¡Adiós, doctor Alejandro!

—¡Adiós, Joel!

Comencé a leer la carta de Kenia; el corazón se me quería salir del pecho.

Querido Alejandro:

Te envío unas hojas de papel para que nos comuniquemos por escrito, ante la imposibilidad de hacerlo de otra forma.

¡Puedes estar seguro de que ya no estarás solo, en este horrible lugar!

Con cariño,

Kenia.

Postdata: Pa

Me sentí como un adolescente recibiendo su primera carta de amor, pero... ¿qué me estaba pasando? ¿Por qué me producía tantos sentimientos una mujer que apenas acababa de conocer y que nunca había visto?

En mi estómago había una revolución de papiliónidos festejando la primavera. Una primavera que fue truncada hacía muchos años, apenas salió la primera flor; pero que, ahora, en un oscuro sótano, resurgía triunfante con todo su esplendor.

¿Será que nunca había conocido el amor y, ahora, el destino me lo estaba poniendo enfrente y por eso me aferraba a él con todas las fuerzas de mi alma?

Muchos han hablado del amor a primera vista, pero del amor a primer oído nadie, creo que yo seré el que hable por primera vez de él y eso es algo muy complicado, porque yo solo sé de medicina, pero de amor nada, no puedo escribir una receta médica para curarlo, corregirlo o aumentarlo. Solo puedo hablar de lo que siento ahora y siento algo que nunca había sentido antes... ¿será el encierro? No, no creo porque si me hubieran encerrado únicamente con Marco, el empresario de galletas, ténganlo por seguro que no me hubiera enamorado de él y su voz me habría parecido como la de un muchachito asustadizo, pero no habría música, ni pájaros, ni mariposas, ni concierto...

Aaah, creo que me estoy volviendo loco, de seguro así se pone el hombre cuando está enamorado y más cuando se enamora a primera venda y a primer oído, tenía que ser médico para que una pinche venda y un pinche oído me trajeran el amor.

«Nicole, tu malvado encantamiento está dejando de surtir efecto, pues ya existe una maravillosa mujer que me escucha, a pesar de estar secuestrada y que me asegura que ya no estaré solo...».

CAPÍTULO 11: LOS CABALLEROS DE LA TRISTE FIGURA

Conforme pasaban los días, se me iba desarrollando más el sentido del oído y, desgraciadamente, también el del olfato.

Fueron precisamente mis oídos, los que fueron testigos de la tortura a la que sometieron a Marco, a punta de golpes. Pensé en ese pobre muchacho que, por ironías de la vida, estaba en las mismas circunstancias que yo, pero él apenas empezaba a vivir. Sabía poco o nada de la vida. Tenía dinero, pero ¿tendría también amor?

El breve tiempo que lo escuché y conviví con él, a ojos cerrados, lo percibí como un joven emprendedor, algo pudoroso y con gran sentido del humor. ¿Cómo estaría sobrellevando el secuestro? ¿Cuál sería su luz en esta terrible oscuridad?

Mi maravillosa luz era Kenia, pero ella también estaba secuestrada y su condición de mujer la ponía en mayor desventaja que a nosotros. ¿Cómo ayudarla?, ¿cómo protegerla?

Tenía grabadas las palabras de su carta, sobre todo aquellas que decían: «*¡Puedes estar seguro de que ya no estarás solo, en este horrible lugar!*».

Kenia me estaba ofreciendo su compañía y su ayuda, pero ¿dónde quedaban las necesidades de esa hermosa mujer de voz tan dulce y melodiosa?

—¿Qué tanto rezas, doctorcito, que tienes cara de santo pediche?

Servando y Ernesto irrumpieron en la habitación y me desprendieron, con brusquedad, la venda de los ojos. Nuevamente, venían vestidos como verdugos medievales, pero se habían quitado la capucha. Miré sus manos, las tenían manchadas de sangre.

Llevaban consigo dos látigos en las bolsas de sus pantalones, los mismos que sacaron y los hicieron accionar en el aire, muy cerca de mi rostro.

—Te pregunté que ¿qué tanto rezabas, doctorcito?, ¿acaso, estás sordo? —dijo Servando, el tipo de la voz aguardentosa.

—¡Yo sé cómo se quita lo sordo! —exclamó Ernesto—, con una campanita —hizo sonar la campana en mis oídos— y una calentadita.

Los dos sujetos se me fueron encima a patadas y puñetazos; también hicieron uso del látigo en repetidas ocasiones. Quedé tirado en el suelo, semiconsciente, sangrando de la boca y las narices y con dificultades respiratorias.

No sé si morí por un segundo, pero yo me pude ver a mí mismo en el suelo, golpeado y ensangrentado. También pude ver a Marco en las mismas circunstancias.

Aun, en esas condiciones, vino a mi mente un clásico de la literatura universal, que lo sentí en carne propia: “Le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha [...] y, verdaderamente,

tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, ya el cansancio de este combate o ya la falta de muelas y dientes”¹².

¡Sí, Marco, nos hemos convertido desde ya, en “los caballeros de la triste figura”!

¹² *Don Quijote de la Mancha*. Primera Parte, Capítulo XIX. Miguel Cervantes de Saavedra.

CAPÍTULO 12: LA CARTA DE MARCO

Abrí los ojos. Me costaba trabajo abrirlos porque los tenía muy inflamados. Estaba tirado en el suelo. Me dolía todo el cuerpo. Vi que una pequeña luz entró por un agujero de la cabaña. Por allí saqué mi mano. Fuera estaban Joel y Marco:

—¡Mira, Marco, el doctor Alejandro está sacando la mano por el agujero, tómasela!

Sentí la mano de Marco muy fría. Algo malo le estaba sucediendo. Joel se puso de rodillas, asomó la cabeza por el agujero y luego me extendió un sobre.

—Es una carta de Marco para usted, doctor. Él está muy malito, por eso buscaré ayuda; al rato regreso por Kenia y por usted.

Una luz de esperanza brilló dentro de mí. Puse el sobre arriba de mi estómago. Me quedé quieto, con los ojos cerrados. Pasaron varios minutos. Escuché el ruido de la puerta, traté de esconder la carta, pero Servando la interceptó:

—Veamos qué dice aquí. ¡Ahhhh, qué interesante! Por cierto, ¿supiste que Marco salió libre? Sí, pero en caída libre hacia un barranco; es que, déjame decirte que Erni encontró a Joel en la carretera, llevaba cargando a Marco en una carretilla y pues aprovechó ese ingenioso vehículo de ruedas, para lanzarlo a un barranco. ¡Pobre Marco, pero ya me estaba cayendo mal por delicadito! No aguantaba nada, ni siquiera una caricia de mis manos.

Servando golpeó su puño a un lado de mi cabeza; luego, clavó la carta en el techo, justo arriba de donde yo estaba.

—Si llegas a tocar este sobre o a pedirle a alguien que te lo baje, mueres tú, muere Kenia y muere Joel, ¿queda entendido?

Asentí con la cabeza. Servando salió dando un portazo y yo decidí ignorar la carta. No expondría nuestras vidas por conocer su contenido.

CAPÍTULO 13: LAS EPÍSTOLAS DE MELCHOR OCAMPO¹³

Los días transcurrían pesadamente, sumiéndome en un incoloro, insaboro y espiral abismo.

Pensaba en Kenia, pero no podía responderle su carta, pues tenía las manos atadas a mi espalda. No sé si fue tanto mi deseo de hacerlo, que se me cumplió de una manera extraña.

Marcos llegó a la habitación y a señas me pidió que le curara unas llagas que tenía en la espalda; luego, soltó mis manos y me acercó un brebaje; yo lo curé de la forma más higiénica que pude.

«¡Hasta de yerbero tengo que hacerla!».

Cuando mi improvisado paciente se retiró, olvidó amarrarme de nueva cuenta las manos; yo no pude menos que sonreír, tomar el lápiz rojo y escribir sobre el papel. Se me atropellaban las palabras. ¡Quería decirle tantas cosas a Kenia!

Hola, Kenia:

Muchas gracias por el lápiz y el papel, espero que a este lapicito rojo nunca se le acabe la punta. Por un momento, estuve a punto de escribirte una receta médica, tú sabes, la fuerza de la costumbre. ¡Ahhh!, también espero que puedas descifrar mis jeroglíficos, al menos, en un cincuenta por ciento. Aquí, desde donde te escribo, la vida transcurre digamos que de embudo a tubo de ensayo. No salgo del mismo encierro. Por eso, mejor hablemos de otras cosas; por ejemplo, cuéntame de tu vida en Alemania y en México.

Debe de ser difícil adaptarse a la vida de otro país, puedo entenderlo, porque yo viví seis años en Rusia y tres años en Arhem, Holanda, tiempo que duró mi especialidad en urología; en esa ciudad nació, también, mi madre. Extrañaba mucho a mi familia, que vivía en México, sobre todo a mi abuela, que fue quien me crió. Fui mozo en un camping de Ámsterdam. Además, un artista reconocido me ofreció trabajo como modelo, pero no precisamente como modelo de pasarela o posando para pintores, sino como modelo de cuadros. Te preguntarás, ¿cómo es eso? Yo tenía que levantar en mis manos un cuadro de pintura, durante una subasta, hasta que fuera vendido. Era un trabajo bien pagado, pero muy cansado. Hubo un día en que tu amigo estuvo sosteniendo el mismo cuadro, por espacio de varias horas y nadie quería comprarlo; estaba tan acalambrado, que terminé comprándolo yo mismo. Te

cuento que ese cuadro, en la actualidad, adorna mi clínica. Está inspirado en una vejiga modernista, con paroxismo de colores.

También tengo otra celebridad, esa es de Bruselas, el Niño del pis. Está en una fuente del jardín. Algo positivo de ese trabajo fue que ejercité mi paciencia y mis bíceps. Disculpa que te hable de vejigas modernistas y de pis, pero es algo con lo que convivo a diario y en este retiro involuntario, mi día a día, todavía lo llevo presente. Espero saber muy pronto de ti.

Con cariño,

Alejandro Brunelleschi.

Postdata: Un pequeño cartero me trajo una misiva inconclusa tuya. Lo último que escribiste fue “pa”; ¿acaso era papacito?, ¿pastilla?, ¿paciencia?, ¿partido?, ¿pájaro?, ¿payaso?, ¿pan? Sea lo que sea, esa carta, aún sin terminar, me hizo muy feliz. Y tan pronto como mis ojos y mis manos estuvieron libres, corrí a contestarla.

Hola, Alejandro:

¡Bendigo la punta roja de tu lápiz y espero que no se acabe nunca!

¿Holanda?, ¿sabes tú que yo estoy enamorada de Benelux? En diciembre estuve en Bélgica. Hacía mucho frío. Se necesitaba urgentemente un urólogo; verás por qué. Las temperaturas cayeron dramáticamente. Las aguas se congelaron. Cierta celebridad belga, que tú tienes en una fuente del jardín, el Manneken Pis, se quedó sin poder orinar. El agua que lo nutría se congeló. La ciudad estaba en un grito; su pequeño héroe nacional, el que todo lo podía, no aventaba ni siquiera un chorrito. Aquella fuente parecía un muro de los lamentos. Era una tragedia nacional.

Con el corazón hecho garras, acompañada de un cielo gris y un frío intenso abandoné la ciudad, me fui a los Países Bajos y, allí, entre los mercados de queso, los tulipanes, los molinos de viento, los techos naranja y las ciudades medievales, encontré alivio y consuelo.

Ámsterdam, la ciudad bella y romántica, me llevó por sus canales de arquitectura del siglo XVI y XVII, mientras yo disfrutaba de un delicioso popurrí de quesos. Un valiente dique salió a mi paso. Me detuve. Vi un largo puente cuajado de graffiti. Empezaba la zona de camping. Un simpático mozo estaba en la puerta de entrada. Traía un gafete. ¿Su nombre?, Alejandro Brunelleschi. Le aventé un pedazo de queso. Abrió la boca, lo engulló completo, era un gouda.

Regreso a México

Te comparto un poquito de mi biografía. Yo nací en el poblado de la Rumorosa, en pleno desierto, bajo el amparo de los cactus. Mi niñez y juventud la viví en San Felipe, en el mar de Cortés, por eso yo siempre he dicho que el mar y su fragancia de pescado es mi perfume favorito.

Trabajé como maestra de alemán y de música en un colegio, allí conocí a mi esposo. En el año 2006 nos casamos y nos quedamos a vivir en el puerto bajacaliforniano, pero un primero de agosto, de hace cinco años, mi mamita fue invitada a participar del banquete de la vida eterna y ella aceptó; tenía esclerosis múltiple. Después de sepultar su cuerpo, emigramos a Alemania, la tierra de mi esposo y de mi abuelo Alfons.

Yo no había vuelto a México hasta ahora, me era difícil regresar y no ver a mi mamá. Todavía tengo a mi abuela Victoria Josefina; siempre hemos sido muy unidas. Tenemos una historia en común.

Recibe un gran abrazo,

Kenia.

Postdata: Paleta era la palabra inconclusa; no te creas, era paciencia, por cierto, ¿qué pensabas recetarme?

Quedé impactado con la carta de Kenia, no parecía la carta de una mujer secuestrada. Ella me estaba permitiendo que yo conociera de cerca su espíritu romántico, que era tan libre como su imaginación. El secuestro no la había tocado en lo absoluto, pero ella a mí sí, con sus palabras. Súbitamente, había llegado a un lugar donde ninguna mujer, con excepción de mi hija, había llegado..., a mi corazón.

Hola, Kenia:

Gracias por compartirme tu vida, tu paciencia, una dulce paleta y un buen trozo de gouda. Ahora, yo te compartiré fragmentos de la mía. Además de ser urólogo, soy maestro de Universidad y locutor de radio. También soy Presidente de la Asociación Internacional de Urología y escribo para la revista Urological American. La Medicina es por herencia materna y por línea paterna, soy militar (¡mi rango es un máximo secreto de estado!).

Una frase que escribiste me tocó profundamente: "...mi mamita fue invitada a participar en el banquete de la vida eterna y ella aceptó".

Bellísima expresión de cómo recordar esas partidas que te fragmentan el alma y te acompañarán por siempre.

¡Yo conozco tu tierra y tu mar! Hace algunos años fui paramédico en el poblado de la Rumorosa, cuando la carretera estaba en muy malas condiciones y había muchos accidentes. Yo estaba en un puesto de socorro. Constantemente, fui testigo de esas invitaciones de las que tú hablas; algunos las aceptaban, otros no. Yo luchaba por arrebatárselas de la mano.

Con mi brigada me tocó, muchas veces, internarme en el desierto; allí brindábamos primeros auxilios a las personas que intentaban cruzar a los Estados Unidos. El sol, el hambre y la sed cobraban muchas víctimas.

En el mar de Cortés —tu mar—, también fui salvavidas. Allí me hice novio de una rescatista muy hermosa; desgraciadamente, a mi sirena le dieron muy pronto “esa invitación”. Ella conducía un auto. Iba por el cerro del centinela, en tu Rumorosa. Una pipa de gasolina invadió el sentido contrario y se impactó de frente con el auto de mi amada. Fue un accidente muy horrible, la pipa explotó. Murieron muchas personas calcinadas. Así terminó nuestro idilio amoroso y mi misión como salvavidas.

Tu territorio es un lugar de muchos recuerdos para mí, ese brazo peninsular me atrae como hipnosis. El destino me lleva, inexorablemente, a él. ¡Habrá que investigar por qué!

Regreso a Europa

Ese amor mágico que le profesas a Benelux me contagia. Me recordaste al mozo del camping Zeeburg de Ámsterdam, aquel que todas las noches atravesaba el puente hasta la estación del tranvía y se internaba en las calles atiborradas de curiosos paseantes. Veía los aparadores con mujeres de todas partes del mundo. ¿Se vendía la ropa?, ¿el perfume? No, se vendían ellas. Maniquís vivos de mil colores, tolerancia de muchísimos grados arriba de cero.

Un día, el de la mujer, yo compré cientos de tulipanes y me puse a repartir flores a todas aquellas féminas; ese día recibí cientos de besos y abrazos. Volví con el rostro lleno de labios de un rojo intenso. Me ví en el vidrio de un aparador y, discretamente, me limpié la cara con la manga. Fui todo un caballero con aquellas damas.

En los coffee shop se gestaba una vida aparte. Allí reinaba una mujer muy controversial, la marihuana. Era totalmente permisible y generosa, se la fumaban bajo licencia. Yo era muy joven pero, a pesar de mi juventud, rechazaba todo aquello que se contraponía a mis principios y valores; así que, sin aspirar siquiera el aliento de aquella polémica dama, una vez terminada mi especialidad, me regresé a México.

Pero qué te cuento, si tú conoces de sobra a Benelux. ¿Sabes?, ese nombre me remite a una mujer buena y llena luz. Es curioso lo que puede sugerirte o inspirarte una palabra.

Ya, por último, te cuento que, en la actualidad, me dedico a escribir recetas médicas y cartas terapéuticas, con la punta de un mágico color rojo.

*Recibe un abrazo fuerte y todo mi cariño,
Alejandro.*

Postdata: La receta iban a ser cinco inyecciones por vía intravenosa, en el cuadrante superior de la región glútea. ¡Ahhh!, pero también te iba a regalar una paletita de dulce, del melifluo néctar de los dioses, como premio por no llorar.

¹³ La epístola de Melchor Ocampo, es una carta que escribió un político mexicano y que se leyó en los matrimonios civiles desde el siglo XIX hasta el 2007. Hoy se considera contraria a la igualdad de las personas. He aquí un fragmento: “Que el hombre, cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa que, el fuerte debe al débil, esencialmente cuando éste débil se entrega a él, y cuando la sociedad se le ha confiado”.

CAPÍTULO 14: AYUDA HUMANITARIA

Yo nunca había padecido hambre, pero esa cabaña me hizo debutar en todos los sufrimientos humanos. Conocí de cerca lo que es estarse muriendo de hambre, pero no de hambre común y corriente, sino de hambre canina y feroz.

Mis intestinos aullaban. Se revolvían. Les salían dientes y me mordían por dentro.

Buscaba desesperadamente caracoles en los rincones de la cabaña y, si encontraba alguno, me lo comía con todo y el caparazón; también masticaba las telas de araña y los huevecillos de las alimañas.

Un día, estuve a punto de desfallecer de hambre, pero un plato de comida en manos de Joel, me trajo de nuevo a este mundo.

—Hola, doctor, le traigo tortillas con huevo.

—Gracias, Joel, ¿le llevaste también comida a Kenia?

—Sí, a ella le llevé primero.

Me abalancé sobre el plato. No dejé ninguna moronita. Quería tragarme hasta las partículas impregnadas en el barro.

—¿Qué hizo Kenia cuando le llevaste la comida?

—Lo mismo que usted, casi se quería comer también el plato.

El escuchar que Kenia padecía igualmente de hambre me hizo sentir muy mal y, sin poder evitarlo, se me humedecieron los ojos. El niño lo advirtió y posó, con cariño, su mano sobre mi cabeza; luego, dirigiendo su mirada hacia arriba, exclamó:

—¡Cuando mi papá no se dé cuenta, le aventaré comida por ese agujero!, ¡también haré lo mismo con Kenia!

—Dale siempre primero a ella y después a mí.

El niño sonrió y asintió con la cabeza. Yo me quedé largo rato mirando a Joel. El niño intuyó que quería preguntarle algo:

—Puede usted preguntarme lo que quiera, doctor.

—¡Ohhhhhhhhhhh, Joel!, ¡dime!..., ¿cómo es Kenia?

—Pues es blanca, con el cabello rizado y los ojos color miel. Es muy bonita y me gusta mucho su sonrisa. Cuando ella sonríe, se le iluminan las pequitas de sus mejillas.

Me quedé pasmado, pues era justamente así, como me la describió el niño, que yo la imaginaba.

—¿Usted ha visto a Kenia alguna vez?

—Con estos ojos no —le señalé mis ojos—, pero con estos otros ojos— le señalé mi pecho— sí, muchas veces.

—¿Usted, puede ver con el corazón?

—Ahora, sí; pero antes, no; ¿conoces al principito?

—¿El que es amigo de un zorro?

—Sí y es justamente ese zorro quien le dice al principito que solo se puede ver bien con el corazón, que lo esencial es invisible a los ojos.

—¿Qué significa esencial?

—Fundamental, principal, importante.

El niño se quedó un rato reflexionando y luego exclamó:

—¡Ahhhhh, ya entiendo! Kenia es esencial para usted.

—Sí, Joel, Kenia es esencial para mí y... para tí, ¿quién o qué es esencial?

El niño contestó con celeridad.

—Mi madre es esencial, pero también Kenia, porque ella se le parece mucho, en lo físico y en el corazón.

Me quedé callado, recordando las palabras de Kenia sobre su mala fortuna, de parecerse físicamente a la esposa de uno de los secuestradores. Era justamente a la mamá de Joel.

«¡Pobre Kenia, está secuestrada por un desafortunado parecido físico! ¡Qué mal la debe estar pasando con Servando!».

—Joel, ¿cómo era la relación entre tu mamá y tu papá?

—Muy fea, pues mi papá la golpeaba mucho, le sacaba sangre, como a mí —me señaló su boca, la tenía reventada.

Sentí un baldazo de agua fría y me inquieté bastante. El niño comenzó a llorar. Lo abracé. Se escucharon unos ruidos muy fuertes en la parte de arriba.

—Tranquilo Joel, Kenia y yo te vamos a cuidar. Entre los tres nos vamos a cuidar. Tú trata de no dejar nunca sola a Kenia con tu papá. Por favor, no permitas que le haga daño.

El niño asintió con la cabeza y luego se limpió las lágrimas con la manga de su camisa. Se escucharon los gritos de Servando, diciendo barbaridad y media.

—Acaba de llegar tu papá, no olvides lo que te dije.

—Sí —respondió el niño y se encaminó hacia la puerta.

—¡Espera, Joel, cuando veas a Kenia, bésala en la mejilla y acaríciala su cabello, hazlo de mi parte, pero no le digas que yo te lo pedí!

El niño sonrió y asintió con la cabeza; después, abrió la puerta y se fue. Yo me quedé muy intranquilo, por todo lo que había escuchado, pero una carta de Kenia me hizo olvidar todos mis temores. Entré a su mundo y ya no me fui.

Hola, Alejandro:

Veo que el brazo de Baja California te sujeta; ¿será que le gustan tus bíceps? Ese brazo que a ti te sujeta y a mí me acaricia, fue testigo de algunos trabajitos míos, nunca antes revelados.

Mientras yo estudiaba en la escuela de idiomas, hice un proyecto con un locutor de radio en un programa infantil. Fui la voz de un famoso queso, ¿puedes imaginarte cómo hablan los quesos? Yo era un queso gruyère y tenía una botarga llena de hoyitos; también, fui la voz y la figura de una zanahoria alemana. Aunque todos conocían a estas celebridades, pocos sabían que detrás de ellas estaba yo. La zanahoria se hizo muy famosa y fue invitada a África con un grupo de voluntarios. Cuando llegamos al continente negro, vi la otra cara del mundo, aquella que lleva en la profundidad de sus arrugas pobreza extrema, enfermedad y muerte.

Los primeros días yo no podía respirar. Era un calor húmedo, sofocante, muy diferente al calor seco del desierto. Pensé en regresarme, pero al poco tiempo me acostumbré y vi lo que tenía que ver, para lo que me había convocado el destino. Una mujer delgadísima, de ojos profundos y negros, caminaba con paso lento. Llevaba un envoltorio pegado a su pecho. Nos acercamos. El envoltorio era un niño en completo estado de desnutrición. Dolía verlo. La mujer había caminado por tres días enteros para llegar al campamento. Estaba allí en medio de nosotros. Su niño estaba muerto.

Fue la primera vez que vi la muerte chiquita, la que se lleva a los niños. Me escarbó hondo en mi costado. El hambre, la ausencia de comida, el fantasma de muerte con las córneas devoradas era el homicida. Tú y yo también lo conocemos y estamos en su lánguida vista.

Como maestra de música, tuve la oportunidad de viajar por toda la Baja California. Visitábamos, muy a menudo, la comunidad indígena de las huertas; allí, nos sucedió algo mágico. El grupo de danza del colegio iba a realizar un ritual indígena y necesitábamos la autorización de la gobernadora para realizarla. Fue un viaje accidentado: se atascó el autobús en el que viajábamos; una víbora mordió a un alumno; nos cayó un aguacero, el río se desbordó y nos alcanzó. Además, dejaron de funcionar todos los teléfonos celulares. Después de montar nuestro campamento, nos fuimos con la gobernadora; ella nos bendijo, nos purificó y nos autorizó para la danza. Mientras esto sucedía, dos coyotes se enfrascaban en una feroz lucha que terminó con la muerte de uno de ellos.

Cuando regresamos al campamento, el cielo estaba cuajado de estrellas, hicimos una fogata, nos sentamos todos alrededor del fuego y asamos pollo,

salchichas y malvaviscos. Un sobrino de la gobernadora se acercó al grupo, le ofrecimos comida. Se sentó a comer con nosotros; luego, miró largamente el fuego. Entonces, habló. No comprendimos del todo sus palabras pero, en aquel universo místico pronunciado por sus labios, destacaron las palabras “fuego” y “sangre”.

Cuando el hombre se fue, todos nos quedamos en silencio, el ambiente se enrareció, el cielo se puso gris, desaparecieron todas las estrellas. Apagamos el fuego y nos refugiamos en las casas de campaña. Azotó una terrible tormenta. Nos alcanzó la crecida del río. Todo se mojó. Al día siguiente, regresamos a San Felipe, titiritando de frío. Una semana después de aquel evento, las palabras pronunciadas por el indígena tomaron un profundo significado. Estábamos en la biblioteca, preparándonos para la danza ritual; hubo un cortocircuito y comenzó a incendiarse la biblioteca. Desalojamos. El fuego fue controlado, hubo algunos daños materiales, se quemaron todos los libros de historia de Baja California. ¿Presagio o simple coincidencia?

Pasaron los días y yo seguí dando clases en las aulas que se encontraban al otro lado de la cancha y registrando libros en la biblioteca, ya que era la encargada. Una tarde que habían suspendido las clases, había un solo alumno en la biblioteca. Yo ya lo conocía y, a decir verdad, me parecía un joven muy extraño. Él se acercó a mí, lentamente, y me pidió que lo asesorara porque tenía algunas dudas. Cruzó la barra y se sentó frente a mi escritorio, a un lado de los anaqueles. Le pedí que sacara su cuaderno y que me indicara qué tema quería que le explicara. El alumno sacó un cuaderno grande y me pidió que lo hojeara. Empecé a revisarlo y me encontré con imágenes perturbadoras; eran dibujos de seres horripilantes, que mordían el cuello de una mujer. Tratando de aparentar tranquilidad, yo le pregunté al joven que si le gustaba el dibujo gótico. Su respuesta me dejó helada; me dijo que él no era humano y me contó una historia tan siniestra de su origen, que pensé: “Este joven no está en sus cabales y puede ser peligroso”. Para ese entonces, ya lo tenía cerca de mi cuello, intentando morderme. Alcancé a zafarme y solo me cayó un poco de su saliva en los hombros. Salí corriendo de la biblioteca y busqué a una de las orientadoras, pero todas se habían ido; solo me encontré con una maestra a quien comenté lo sucedido, sin entrar en detalles. Ella me acompañó a la biblioteca, pero el joven ya no estaba. En ese momento, retumbaron en mi cabeza las palabras del sobrino de la gobernadora: “fuego” y “sangre”. ¿Presagio o simple coincidencia?

Regreso a Europa.

Yo vivo en una casa muy antigua, con techo de dos aguas; tengo un interesantísimo sótano y un fascinante ático. El sótano es un libro de historias de vida. Allí, entre sus paredes pintadas por auténticos príncipes, vivió escondido durante la Segunda Guerra Mundial un niño judío; fue encontrado, por otros niños, en un desagüe; estaba herido y desorientado. Los niños lo curaron y se lo llevaron a casa. Independientemente del credo, la raza, la nacionalidad y el estatus social, los niños podían ser amigos; ellos no estaban en guerra. La amistad verdadera prevalecía a los terribles embates de la propaganda antisemítica.

En 1945 terminó la guerra, una de tantas guerras. El país estaba hecho pedazos; el escenario de guerra era devastador. Los perros buscaban a sus dueños. El infierno había cambiado de sede. No había nada en pie. Los niños salieron a la calle y, con un carbón, pintaron en las paredes sus nombres: avisaban de su paradero. Graffitis de carbón eran la única identidad de los sobrevivientes. Cuando estoy en el sótano de mi casa y veo las paredes pintadas por esas manos infantiles, me doy cuenta de que la guerra tiene la estatura, el peso y la forma de los adultos. Su rostro es cada vez más viejo y distorsionado, su memoria está amontonada, fuera de orden.

Aun así, con toda esa fealdad que es capaz de poseer, la Humanidad le confiere un don sagrado y la llama madre o padre y, en su nombre, le abre las entrañas a sus propios hijos.

El nombre de guerra me sugiere un animal mamífero, insaciable y carnívoro que vive en un eterno período de celo; muy pocos osan combatirla, y son más los que la alimentan, la engordan y la preñan.

Pasando a otros temas, menos siniestros, los áticos siempre me han fascinado. No he vivido nunca en una casa que no tenga uno. El mío es un espacio muy íntimo, yo diría religioso. Pienso mucho en él, también en el estanque de los nenúfares; ¿sabes?, algunas hadas necesitan salvavidas.

Déjame saber si vendrás tú o la hermosa y espiritual sirena, aquella que fue tu novia y de la que también se enamoró el cerro del centinela.

Te envió un cariñoso abrazo,

Kenia.

Postdata: ¡Ouuuu! me dolió y aún me faltan cuatro inyecciones intravenosas en la erguida colina aislada en la llanura. Ni siquiera la paleta pudo realizar el milagro.

Querida Kenia:

¡Qué maravillosa forma tienes de escribir!

Tus palabras destilan fuerza, vida, emoción; refrescan, aun cuando tocas temas muy sensibles. ¡Larga vida a tu lápiz y al mío! Es bueno, a pesar del encierro, leerte así, lúcida, inteligente, en el mundo.

Tu sótano es un sitio lleno de historia, participa de los milagros de la guerra. Mi formación militar no la oculto, tú la conoces y me siento orgulloso de ella. Por mis venas corre sangre holandesa, rusa y mexicana. Sé que estás pensando que el apellido Brunelleschi no es ni holandés ni ruso ni mexicano; ¡acertaste!, es italiano y, aunque por mis venas no corre sangre italiana, el apellido es herencia de mi bisabuelo que, al morir su papá, la viuda, o sea, mi tatarabuela, se casó con un italiano que no pudo tener hijos y en su lecho de muerte pidió, como último deseo, que mi bisabuelo —al que cuidó y quiso como a un hijo— llevara su apellido. Por consecuencia, todos los descendientes somos Brunelleschi y hablamos, también, el italiano. Mis pasiones en la vida son la historia, el arco y la flecha, la pintura, la música, los caballos, los perros y la esgrima. Tengo una octava pasión, ¿las galletas?, ¿los quesos?, ¿las zanahorias? ¿morder en el cuello? No sé, eso te toca a ti adivinarlo.

La historia de la Segunda Guerra Mundial me ofrece un profundo respeto y una fascinación especial. Mi abuelo paterno, que era ruso —pero con apellido italiano—, escribió un libro de historia que abordaba este tema. Le llevó treinta años de su vida escribirlo y documentarlo. Es un trabajo de investigación completo, que no tiene parangón.

Mi tío Vladimir, hermano de mi abuelo, fue militar de alto rango y músico, por cierto heredé su bien —te estoy guiñando un ojo— y extraordinario parecido físico. Existe una anécdota curiosa al respecto. Hace tiempo, hubo un reencuentro de exmilitares en San Petersburgo. A mi tío le encantaban las bromas y me pidió que asistiera a la reunión, haciéndome pasar por él. Me pagó todos los gastos desde México. Vestido con su uniforme de militar y todas sus condecoraciones, me presenté en el grupo de adultos mayores. Se quedaron perplejos. Yo actuaba el papel de mi tío; recordaba, con ellos, vivencias que nunca había vivido. Les hablaba en un perfecto ruso. Uno de ellos, el más viejo, exclamó: ¡Estamos frente al joven y hedonista Dorian Grey¹⁴ y todos nosotros somos su viejo retrato! De pronto, se escucharon unas sonoras carcajadas en el fondo del salón, era mi tío Vladimir. Por precaución, salí huyendo.

Te cuento que toda la descendencia de mi abuelo y de mi tío Vladimir sembraron muchos suspiros a su paso. Las mujeres fueron asediadas por hermosas, y los hombres, por gallardos. Altos, de ojos azules y cabello oscuro. Yo soy descendiente de ellos —te vuelvo a guiñar un ojo—. Avísales por favor a las hadas de tu jardín, principalmente a la reina, que yo iré a rescatarlas.

*Recibe un fuerte abrazo,
Alejandro Brunelleschi.*

Postdata: ¿Te dolió la erguida colina aislada en la llanura?, ¡pero si yo tengo muy buena mano!

Querido Alejandro:

¿Holanda?, ¿Rusia?, ¿México? ¿Y un apellido italiano por adopción? Interesante y delicioso cóctel, pero, ¿dónde naciste?, de Holanda me llevaste a Rusia y mira nomás a qué lugar, San Petersburgo y, luego, hicimos un alto en Italia.

Déjame adivinar. ¿Dieprenbrock?, ¿Tchaikovsky?, ¿Juventino Rosas? o ¿Vivaldi? ¿Lo quieres todavía más hermoso y acompañado de una orquesta?, ¿Los Pájaros?, ¿La Obertura 1812?, ¿Sobre las olas? o ¿Las Cuatro Estaciones? ¡Mejor que sea sorpresa!

¡Qué anécdotas tan increíbles las que me cuentas! Nunca pensé que los militares tuvieran tan buen humor. Creo que te convertirás en uno de mis escritores favoritos; pero, antes, déjame leer el libro de historia de tu abuelo. Ya, después, te digo.

Por mis venas corre sangre mexicana, italiana y alemana. Mi abuela Victoria Josefina es hija de madre mexicana y padre italiano; ¿sería Brunelleschi? Mi mamá era hija de padre alemán y nacida en México. Yo soy hija de padre mexicano, nacida también en México.

Baja California, San Luis Potosí y Jalisco, son mi trilogía amorosa. Allí se encuentra mi cuna, la de mi familia, mi corazón y mis recuerdos. Cuando se vive en el extranjero, son más fuertes los sentimientos de la patria; todo se vuelve una eterna añoranza... la historia, la lengua, las tradiciones. Hablas de tu país como si, todavía, estuvieras viviendo en él, crees ver personas de tu familia o amigos, en rostros extraños que deambulan por la calle. Te duelen sus desgracias y desaciertos y gozas con sus victorias.

Yo me traje a México, en piezas musicales, en vestidos tradicionales, en libros de historia y en objetos. Gozo hasta lo inefable cuando miro mis trajes de charro, el más hermoso es de terciopelo negro y tiene pintado en la falda el desnudo con alcatraces de Diego Rivera.

Las cazuelas de los diferentes guisos, los chiles rellenos, los taquitos de barbacoa, de carne asada, de tripa, de camarón o pescado, la nostálgica langosta de Puerto Nuevo, son el mar que se sale de mis ojos en forma de lágrimas, con sabor a barro.

Los paisajes, la arquitectura y su gente, todavía siguen hermo­seando mis recuerdos. La abundancia de los colores y sabores, los significativos objetos y las bellas artesanías los llevo enclaustrados en todo mi cuerpo. Mi mano les da libertad y vida propia.

Tengo una curiosidad, Alejandro, ¿eres tú de los hombres que siempre andan trajeados y encorbatados?

Un abrazo muy fuerte.

Kenia.

Postdata: ¿Son los jarabes tapatíos tu octava pasión?

Me despertó el grito de una mujer. Pensé en Kenia. Contuve la respiración para escuchar mejor. Pasaron varios minutos, pero no se volvió a escuchar nada más. Golpeé la pared con mis pies. No obtuve ninguna respuesta. Cerré mis ojos y conté los huevecillos de las arañas, solo así pude conciliar el sueño.

Hola Keniesita:

Tus palabras son un jarabe dulce, contra la tos seca del encierro y el aburrimiento. Si no conversara contigo estaría bajo las olas, pero aún me encuentro sobre ellas en un terapéutico vals de Juventino Rosas.

Soy de Jalisco, nací en Cocula, en la tierra de los mariachis y monto a caballo. Más que asistir a la escuela, parecía que asistía a una fiesta charra, hasta cargaba en mi mochila una sogá; era muy bueno con la reata. Alguna vez, fui a la escuela montado en un potrillo y no solo eso, entré al salón de clase, montado en el lomo del animal; la maestra mandó llamar a mi abuela y ambas convinieron que era mejor llevarme a vivir al Distrito Federal. Aquí, llevaba un uniforme muy bonito, pero mi mochila era una auténtica bolsa charra: cabía de todo, sogas, trompos, libros y hasta un sapo.

Mi papá también se llamaba Alejandro, igual que yo y, para distinguirnos, nos llamaban Alejandro el grande y Alejandro el chico. Obviamente, yo era Alejandro el chico, pero un acontecimiento particular, hizo que cambiara el adjetivo calificativo que acompañaba mi nombre; para que me entiendas, empezaré por el principio: yo nací con una hermosa anomalía en el color de los ojos, esta anomalía se llama heterocromía total, la mía es congénita y no está asociada a ninguna enfermedad.

En palabras más sencillas, tengo un ojo azul grisáceo y el otro de color café, así como los tienen algunos perros Husky Siberianos. En mi octavo cumpleaños, un veinte de noviembre para ser exactos, me regalaron un libro de leyendas de conquistadores, dioses y héroes, y me puse a hojearlo con mis amigos. En alguna de sus páginas, vimos a Alejandro Magno, todos nos quedamos impactados. Quien hizo el dibujo del libro parecía que me había tomado a mí de modelo. El Alejandro histórico no es tan parecido a mí físicamente, acaso por la supuesta heterocromía, pero el Alejandro del libro, era mi vivo retrato. A partir de ese instante, todos me comenzaron a llamar «Alejandro Magno» y así se me quedó. Mi papá, de ser Alejandro el grande, pasó a ser Alejandro a secas. ¿Me guardaría rencor por ello? Todavía, en la actualidad, me siguen llamando Alejandro Magno o el Husky Siberiano. Tú puedes llamarme como gustes, incluso como lo hacen las enfermeras a mis espaldas, Alejandro el Mango. ¡Es broma, Keniesita, no te vayas a enojar conmigo por mi comentario tan fresco y tan presuntuoso!

No soy guapo y ni me creo guapo; regularcito, nada más. Siguiendo con el asunto de Alejandro Magno, tengo muchos artículos de colección de este príncipe macedonio: monedas, cuadros, esculturas; la más impresionante es la de bronce, de tamaño natural; la tengo en la sala de mi casa, allí mismo está la escultura de un Husky Siberiano.

¡Oh, Keniesita! Extrañas mucho a tu país, tengo el remedio infalible, lo sabrás más adelante. México se desbordó en ti, el océano Atlántico hizo muy bien su trabajo. Te doy mi recomendación médica: continúa con esa forma de sentir, es única y, además, muy bella.

Respecto a tu curiosidad sobre mi forma de vestir, yo visto según la ocasión: para mis reuniones como Presidente de la Asociación Internacional de Urología y para las clases en la Universidad, soy muy formal, llevo siempre traje y corbata.

A la estación de radio, llevo ropa semiformal; en la clínica, porto un atuendo cómodo y formal, además de mi bata blanca o mi traje de cirujano,

según sea el caso. A mi retiro forzado, en este aromático sótano de las golondrinas, me visto de una forma “muy andrajosa” y me desvisto de una forma “muy impúdica”, pero no por elección, sino por obligación.

Tengo una curiosidad, Keniesita, ¿eres tú de las mujeres que usan anteojos y que siempre se visten con pantalones de mezquilla deslavados y sacos formales?

*Cariñosamente,
Alejandro.*

Postdata: Escuché que gritaste en la madrugada, me dejaste muy inquieto ¿por qué lo hiciste?.

Postdata de la postdata: Sí, me gustan los jarabes tapatíos, pero no son mi octava pasión.

CAPÍTULO 15: EL ESCORPIÓN

Sentí un horrible pinchazo en el bajo vientre. Aventé la sábana y vi a un escorpión de gran tamaño. Era muy extraño, parecía como si estuviera bañado en oro; además, tenía el telson totalmente erecto.

Lo más increíble del caso, es que el escorpión tenía heterocromía, al igual que yo, y estaba en celo, porque es durante la primavera y el verano que esto les ocurre a los artrópodos y, seguramente, también necesitaba una mayor cantidad de alimento, para ejercer eficazmente la actividad amorosa.

El animal retrocedió y lo vi muy cerca de mis ojos; fue entonces que establecí una extraña conexión con él. Pasaron minutos o quizás horas, pero no presenté ningún síntoma de envenenamiento, sino todo lo contrario, me sentí de maravilla y yo también comencé a entrar en celo...

Miré al escorpión y sentí envidia de él, pues era una migaja de libertad que podía trasladarse de una habitación a otra. Brincar de cama en cama. Explorar el cuerpo de Kenia y recorrer cada milímetro de su brillante y sedosa piel...

Hola, Alejandro Magno:

Me llamaste Keniesita, como lo hacía mi madre y mi abuela; por un momento, pensé que eran ellas quienes me estaban escribiendo. Así que naciste un 20 de noviembre¹⁵, entonces, eres un escorpión revolucionario, de la dinastía de los reyes de Egipto, el Rey Escorpión. ¡Dios mío!, entonces son mortales tus picaduras, ahora entiendo tu prisa por recetarme esas inyecciones intravenosas —o mejor dicho, “intravenenosas”—.

Los escorpiones son muy veloces en sus ataques, pero siempre atacan desde la sombra (hay que tenerles miedo); además, son los reyes de la supervivencia en condiciones extremas.

Yo tengo un amigo que es lingüista, egiptólogo y maestro de historia en la Universidad de Jena, se llama Günter, es experto en escritura demótica y en temas de la Segunda Guerra Mundial; es un hombre lúcido, a pesar de su edad avanzada, toda una biblioteca andante y parlante, es un documental vivo, de primera mano, un hombre sabio, inteligente, culto, de hierro, como el doctor Alejandro Magno. Don Günter ofreció una charla muy interesante sobre los reyes de Egipto, también ofreció una serie de conferencias en

varias universidades de Europa, fueron sobre los juicios de Nürenberg y los avances de las ciencias médicas después de la Segunda Guerra Mundial. Estas dos últimas creo que te hubieran interesado.

¿El Husky Siberiano?, supongo que alimenta tu ego que te llamen de esa forma; recuerda que los Huskys Siberianos son considerados los perros más guapos del mundo, tienen esa mirada felina que atrae tanto a perros como a humanos.

¿Alejandro el Mango?, pues no sé, jamás he sido enfermera ni tampoco frutera; además, existe una gran variedad de mangos, el Ataúlfo, el Manila, el común o corriente, etc, etc.

Así que eres de a caballo. Yo no sé montar, lo hice solo una vez y en ancas; la experiencia me agradó bastante, aunque ya de regreso, me tropecé con una piedra y me caí en un charco de lodo. Pero, lo que pasó después, se quedó aún más en mis recuerdos y en mi corazón, que el paseo a caballo. Llena de lodo como estaba, pasé por la casa de mis tíos. Fuera, se encontraba mi tía política, conversando con unas damas; las saludé y le pedí a mi tía que me permitiera lavarme. Su respuesta fue: “No, jovencita, hoy habrá fiesta y usted puede ensuciar mi casa”.

Yo sabía que iban a tener una fiesta, pues mi familia también había sido invitada, pero con su respuesta y su forma de mirarme, entendí que quiso simular que no me conocía. Sin decir nada más, me di la media vuelta y me fui. Después, mi tía se disculpó, argumentando que no me había reconocido.

La gente se fija demasiado en la apariencia física y, a veces, juzga a los demás por ello. Cuánta razón tenía Antoine de Saint-Exupéry, en El Principito, cuando hablaba del asteroide B 612 y la demostración que hizo de su existencia el astrónomo turco en un Congreso Internacional de Astronomía, vestido de forma tradicional y que nadie le creyó, a causa de su vestimenta. Pero cuando un dictador turco obliga al pueblo a vestir a la usanza europea y el astrónomo repite su exposición, con traje y corbata, todo el mundo se convence de su existencia. ¿Más ilustrativo?

El mundo considera lo que debes ser y hacer; la sociedad nos gobierna en masa. Si quieres ser un observador de caracoles o mariposas, te dicen que elijas una carrera seria, formal, respetable. ¡De cuántas carreras serias, formales y respetables están repletos los manicomios y los refrigeradores de las morgues!

Respecto a tu curiosidad sobre mi forma de vestir, yo visto como los astrónomos turcos, en los Congresos Internacionales de Astronomía,

“vestida de forma tradicional”.

No uso anteojos, pues veo bien. ¿Quieres que te cuente un secreto? Me encantan los pantalones de mezclilla rotos y deslavados. ¿Tú usas anteojos?

Recibe un abrazo deslavado, roto y semi-formal.

Keniesita.

Postdata: El grito fue producto de una pesadilla, no te preocupes.

Postdata de la postdata: Suspendidas las demás intravenosas por mera precaución.

Hola, Keniesita:

Efectivamente, Alejandro Magno es un escorpión revolucionario, pero no te preocupes, no tiene alas ni veneno ¿y su rifle? siempre lo lleva bien guardado. Te confirmo mi asistencia a todos los ciclos de conferencias de Günter.

Los caballos y yo tenemos muchas historias en común, también los perros. Mi mejor amigo, compañero y custodio, es un perro pastor alemán sable, en color negro (rarísimo en México), que tiene nombre de caballo; se llama Bucéfalo. En ese animal, se reúnen las cualidades del caballo y del perro, solo faltaría poder montarlo. Bucéfalo fue un regalo de un paciente.

Los perros pastor alemán son pacientes, inteligentes, gentiles, excelentes guardianes, guías de ciegos, animales de salvamento, amigos de los niños. Se perciben como humanos, no como perros y son muy fieles a sus amos. Tienen esa valentía y espíritu laborioso que, a veces, le hace falta al hombre; son maravillosos guardianes, dueños de una energía poderosa. Mi Bucéfalo es fuerte y de una sola pieza. No chilla cuando le duele algo. Aguanta como su amo, Alejandro Magno, el hombre de hierro. Un día, se clavó una espina en la pata, ni siquiera cojeaba. Si no fuera porque metió las patas en el lodo y yo se las lavé, ni siquiera me hubiera dado cuenta de que tenía una espina clavada.

A los pastores alemanes les afecta mucho el encierro; en prisión viven menos años, eso no es exclusivo de los perros, es de todos los seres vivos y tiene validez universal.

¿Te parezco un perro guapo?, pues será nada más por los ojos, no vayas a creer que tengo un hocico largo, unos colmillotes y que me la paso marcando territorio.

¿Y qué tipo de mango soy? Un exótico y carnoso Ataúlfo, te lo aclaro para que no me vayas a confundir con cualquier mango común y corriente. Ahora que lo sabes, ¡te invito a probarme aunque no seas frutera ni enfermera!

Sí, El Principito es uno de mis libros preferidos. Yo también he visto ponerse el sol cuarenta y tres veces, sobre todo, los últimos quince años de mi vida.

Te invito a dar un paseo a caballo, cabalgaremos por el cráter del volcán Iztaccíhuatl. No te vayas a quedar dormida. De allí, divisaremos el lugar donde estamos encerrados y te prometo que iré a liberarte.

¿Que si uso anteojos? Sí, pero solo para leer literatura erótica, así la veo y la disfruto mejor.

¿Tienes perro?

Te mando una nueva dosis de cariño.

Alejandro Magno.

Postdatas: 1. Ahorremos espacio enumerando las postdatas. 2. Soñé que construíamos juntos una casita de árbol, arriba de un baobab. 3. ¡Qué abrazo tan extraño me diste! ¡No sé si debo estar triste o contento! 4. Lo siento, pero con mi primer piquete intravenoso ya quedaste inoculada. 5. ¡Qué poca madre la de tu tía política!, (perdón por la palabra).

En esa cabaña mugrienta, yo era un muerto civil, parecía un cerdo en un chiquero. Mi cama era el piso sucio y engarrapatado.

El poco alimento que me daban, lo arrojaban al suelo y yo lo tenía que comer con la boca, como los animales, pues me ataban las manos a la espalda. No tenía sanitario, hacía mis necesidades fisiológicas en un rincón del suelo. El hedor era insoportable. Cuando yo tomaba conciencia de toda esa podredumbre que me rodeaba, lloraba para mitigar mi pena; la primera vez que lo hice, fue cuando me aventaron el alimento cerca de mis heces fecales y estaba tan hambriento, que traté de rescatarlo con mi boca y terminé embarrado de mis labios. Joel entró, me vio en ese terrible estado y sin decir nada, para no hacer más grande mi vergüenza y mi dolor, trajo una cubeta con agua jabonosa y me lavó, después limpió el suelo y me ofreció un plato con galletas. Yo permanecí mudo, sin decir nada, ni siquiera gracias; él se marchó y cuando atravesó el umbral de la puerta, le vi llorar. Nunca comentó nada de lo sucedido, ni yo tampoco; quise borrar de mi mente por completo ese día en que me convertí en animal.

Para Kenia yo era un hombre. El único. Sus palabras eran mías. Yo era la hoja donde ella plasmaba sus letras. Kenia escribía con sangre, a corazón abierto.

“Dicen de mí, que yo he sido un libro abierto,

donde mucha gente ha escrito, no hagas caso,
nada es cierto.
En blanco está, nadie supo escribir nada,
no dejaron ni una huella, nadie me importaba nada.
Me importas tú, tú sí escribes muy bonito,
para ti soy libro abierto, escribe en mí ¡te necesito!”¹⁶.

Como médico, yo había visto muchos corazones; literalmente, los había visto y los había tocado con mis manos. ¡Cuántas veces no estuve en la morgue practicando con cadáveres!, ¡cuántas veces no conté los latidos de los corazones de mis pacientes!

Creo que de no haber sido urólogo, habría sido cardiólogo; el corazón es un órgano fascinante. Lo que nunca me había sucedido, hasta que conocí a Kenia, era que un corazón se hubiera conectado con el mío automáticamente y que lo hubiera encendido de tal manera.

—¿Por qué te estás tocando el corazón, doctorcito? ¿Acaso se te está parando?

Sin darme cuenta, Servando y Ernesto habían entrado a la habitación y solo advertí su asquerosa presencia cuando el gargajiento habló e hizo sonar una campana.

—Servando te hizo una pregunta, no te hagas güey, ¡contésta-sela!

Bajé la mano de mi pecho y me quedé callado.

—¿No piensas hablar? —dijo Servando— mejor, pues ya es hora de dormir y de soñar con los diablitos de media noche.

Los dos sujetos salieron de la habitación y luego regresaron cargando una cama de madera. Allí me aventaron y me ataron de pies y manos con cuerdas y cadenas, que estaban sujetas a una rueda mecánica de metal.

Servando giró la rueda y las cuerdas se tensaron. Llegué a pensar que se me dislocarían las articulaciones, se me romperían los huesos o que, incluso, se me arrancarían las extremidades. La maldita cama a la que me aventaron, era un potro de tortura medieval.

“Me importas tú, tú sí escribes muy bonito; para ti soy libro abierto, escribe en mí, ¡te necesito!; escribe en mí, ¡te necesito!; escribe en mí, ¡te necesito...”.

Hola, Alejandro Magno/ Rey Escorpión

Mango Ataúlfo/Constructor de Casitas de Árbol:

¡Hubiera jurado que tu perro es un Husky Siberiano y no un pastor alemán!

Mis historias de fauna son trágicas; yo tenía un esbelto par de perros, bueno, no eran precisamente perros, sino coyotes. Los traje de un cerro, siendo todavía cachorros; habían envenenado a su madre. Tenían un

hermoso color gris, con franjas acaneladas; se llamaban Troya e Incitatus y eran hembra y macho.

Comían de todo, hasta mangos (¡cuidado!). Cuando había luna llena, les daba por aullar; sus aullidos eran largos y agudos, hacían sentir escalofrío a los vecinos más supersticiosos; ponían la carne de gallina.

Cerca de mi casa, había un criadero de perros rotweiler. En una ocasión, estaban construyendo una barda en nuestro patio y no había ningún cerco de protección. Se les escaparon varios perros, que los tenían para entrenamiento y fueron a dar al patio de mi casa, y no precisamente para jugar a la ronda infantil, sino para asesinar a mis coyotes. Incitatus y Troya se defendieron ferozmente, pero los superaban en fuerza y en número. Cuando llegué a casa, ya estaban muertos. Dicen que Troya fue la última en morir y que agonizó por varios minutos, dejando escapar un lastimoso aullido, el último que le dedicó a su dueña.

Los enterré juntos, a un lado del mango. Así terminaron los días de mis coyotes.

Alguna vez, también tuve un pájaro del amor; se llamaba Broca, como el área del cerebro que involucra al lenguaje. Le pusimos así porque hablaba, era un pájaro prodigio, que aprendió a hablar desde muy pequeño, tenía un vocabulario extenso y muy variado; se especializaba en los versos y las rimas, no tenía plumas en la cabeza, quizás necesitaba tener esa parte del cuerpo despejada, para desarrollar mejor su inteligencia animal.

Su angelical voz se apagó un día en que se quedaron abiertas las ventanas del sótano. Por allí entró Pompeya, la gata del abogado que vivía enfrente de mi casa. Se lo engulló, por completo. Yo estaba bañándome. No escuché nada, así que, cuando salí, vi el horrible espectáculo.

Te mando un cariñoso aullido y un nostálgico pío.

Besos para Bucéfalo,

Kenia.

Postdatas: 1. Ojalá ese baobab que soñaste hiciera estallar esta cabaña en mil pedazos, como una oda a la libertad. 2. El abrazo que te di está fragmentado en 3 partes, puedes quedarte con la que quieras. 3. Estoy casi segura de que, la literatura erótica, es tu octava pasión. 4. A mí también me gusta la literatura erótica, ¿quién es tu autor(a) favorito(a)?

¹⁵ Día de la Revolución Mexicana.

¹⁶ Canción Libro abierto del compositor Gerardo Reyes.

CAPÍTULO 16: HISTORIAS DE CUERVOS

Hola Keniesita,

¡¡Vaya historias!!

Quizás el espíritu atormentado de Calígula intervino en lo ocurrido a tu coyote, pues le pusiste el mismo nombre de su caballo. Respecto al caso de Troya, me inclino a pensar que la culpable fue Helena, la bella enamorada de Paris. En lo concerniente a Pompeya, muy sencillo, demanda al abogado y a la gata.

Yo tuve un cuervo albino, ¿quién niega la existencia de los cuervos blancos y los cisnes negros? Ya es un fiel difunto, ¿y en la paz descansa? La historia de Strategos (así se llamaba el infeliz) es única, insólita y funesta. Strategos era un tirano, el mejor. Vivió más de 25 años en mi casa, se convirtió en un dictador. Dejaba víctimas por doquier. ¿Pero, por qué se acercaban a él? Por curiosidad. Sí, la misma curiosidad que ha matado gatos, perros, pájaros y humanos. ¿Qué es ese animal tan raro que está en esa jaula?, decían todos: ¿una paloma?, ¿un albatros?, ¿una gaviota?, ¿una gallina? Por el amor de Dios, ¿qué es? «¡Soy el mismo demonio!», parecía responder el pájaro asesino, mientras agarraba la punta de la nariz de su nueva víctima con su enorme pico. ¡Strategos era un cuervo blanco con el alma negra! En su jaula, él era un auténtico general, siempre impecable, siempre limpio. Le declaró la guerra a todos los habitantes de la casa, incluyendo a Bucéfalo.

Cuando le daba por cantar, sus conciertos eran únicos; nos obligaba a escuchar un ¡cueee grrrrrrr!, desafinadísimo. Strategos era, además, un amante de los elotes; se deleitaba aniquilando; fila por fila; los pelotones de granos. Lo más increíble de Strategos fue que aprendió a hablar; estoy seguro de que lo hizo para atraer nuevas víctimas. Un martes se escapó de la jaula —el martes negro— atacó a todos sin piedad, yo no estaba en casa. Cuando llegué, la escena era devastadora; tuve que cauterizar orejas y narices. Un desafinado canto de victoria, se dejó escuchar de la garganta de Strategos, seguido de una exclamación de preponderancia: “La casa soy yo”. Mi esposa, que entonces contaba con media nariz y con un cuarto de oreja, me miró con odio infinito, como quien mira al cómplice de un criminal. Para mi desgracia, yo era el único que podía detener a Strategos.

Con estratégico cariño,

Alejandro Mango (aleja a tus coyotes de mis orejas).

Postdatas: 1. Me quedo con el abrazo semi-formal. 2. Efectivamente, la literatura erótica es mi octava pasión y ya que nos gusta a los dos, gocémonos con ella y escribámosla juntos. 3. Anäis Nin, es mi autora favorita y tu autor(a) favorito(a), ¿quién es?

Dr. Alejandro Magno

Capitán General

Su Majestad el Rey Escorpión.

Me quedé impactada por la historia del Cuervo Maldito, pero aún más por aquello de que la única autoridad que lo dominaba eras tú, ¿qué autoridad está sobre la de un general?, solo el Capitán General (¡He descubierto tu máximo secreto de estado!).

Ese cuervo era el perfecto ejemplo de tiranía, veinticinco años en el poder, los tiranizaba desde su jaula y, sin embargo, le seguían dando de comer. ¡Con qué impunidad los mordía y los mutilaba y todavía agachaban la cabeza para besarle las patas! Los idiotizaba con canciones monótonas y aburridas y todos le aplaudían al unísono, mientras gritaban: “otra, otra, otra”. Su famosa frase “La casa soy yo”, síntesis del absolutismo hogareño, debe su vigencia y su suerte al haber nacido blanco y no negro. ¡Larga vida la de ese príncipe cuervo, que pasó a la historia por “malvado”!

Yo también conocí a un cuervo blanco, pero en Canadá. Hace algunos años, mi marido y yo fuimos a Vancouver. Era diciembre, nos íbamos a reunir con varios amigos para celebrar Año Nuevo. El lugar elegido para el encuentro amistoso se llamaba Pemberton, que estaba a cinco horas de la capital de la Columbia Británica. Nos reunimos en una cabaña rústica, en pleno bosque. Después de los abrazos y los buenos deseos, yo me asomé por la ventana y vi que cuatro osos merodeaban el lugar, en busca de comida; uno de ellos traía sobre sus hombros un extraño pájaro blanco. No pude distinguir qué clase de ave era. Me quedé muy intrigada al respecto.

Al día siguiente, seguí las pisadas de los osos y, justo donde había un descomunal árbol de maple, las huellas se bifurcaban. Allí miré a un hermoso cuervo blanco. El pájaro no emitía ningún sonido, solo me observaba con detenimiento. Por la tarde, fuimos a las aguas termales; hacía muchísimo frío, me separé del grupo, buscaba privacidad. La gente se metía

a las tinas de baño completamente desnuda, sin ningún pudor. Yo estuve buscando una poza chica y retirada. El Estado Mayor Presidencial, o sea, mi marido, era uno de los que andaba en el paraíso terrenal, con sus magníficos cueros. Encontré la poza perfecta; me desvestí, dejándome solo la ropa interior; después, me sumergí en las deliciosas aguas. De pronto, llegaron cuatro suizos encuerados y se metieron conmigo a la poza. Estaban felices y en completo estado de relajación; la de apuros, era yo, pues me sentía más desnuda que mis compañeros de poza. Cuando notaron mi evidente incomodidad, abandonaron el lugar, pero el último que lo hizo me tendió la mano; yo, nerviosa y sonrojada, me afiancé de él. Con un movimiento rápido, alcancé la toalla y me envolví de pies a cabeza. Comencé a vestirme y cuando iba a abrocharme las botas, dejé mi ropa mojada en el piso; entonces, llegó el cuervo blanco y con su enorme pico hizo pedazos mi ropa interior. Yo me quedé pasmada, observando el inverosímil espectáculo. Al finalizar, el pájaro lanzó un fuerte graznido y luego se fue volando. Lo seguí, y cuál no sería mi sorpresa, cuando vi que aterrizó en los hombros del suizo que me había extendido la mano. El atrevimiento del pájaro fue premiado con una nuez y una palmadita. Humillada, recogí todos los pedazos del suelo y luego me pellizqué la mejilla derecha; lo inquietante del caso es que no estaba soñando.

Postdatas: 1. A mí me gusta leer literatura erótica, pero no escribirla. 2. Me gusta más la poesía que la narrativa. No tengo predilección por ningún autor, pero mi texto favorito es una compilación de poesía cortesana escrita en sánscrito, se llama “Tesoro de joyas poéticas”.

Se abrió la puerta de golpe; aparecieron Ernesto y Servando cargando una tina vieja de fierro. Yo seguía bastante adolorido, por la tortura del potro. Estaba sentado y recargado en la pared. Los dos tipos se miraron, sonaron una campana y luego exclamaron simultáneamente:

—¡Estás muy sucio, doctorcito, apestas, te hace falta un buen baño! ¡Métete a la tina!

De un salto me introduje en la tina, así como estaba, amarrado y a medio vestir.

Ernesto sacó un jabón de la bolsa de su pantalón, se llamaba *El perro agradecido*.

—¡Dale un buen baño a este perrote! —dijo Servando.

Ernesto me comenzó a lavar la cabeza con ese jabón que olía a creolina. Yo cerré mis ojos, para que no me ardieran. En ese momento, Marcos entró a la habitación, se acercó y comenzó a olfatearme. Servando respondió a la acción ladrando y aullando como un perro. Ernesto completó la terna tomando actitudes de animal en celo.

«¡Qué tipos tan dementes!».

Hastiado de la situación tan surrealista, de un salto salí del agua.

—¡Óyeme, no!, ¡tú te quedas en la tina, hasta que rechines de limpio! —dijo Servando y me dio un puntapié. Caí al suelo. Me tomó del cabello e introdujo mi cabeza al agua, en repetidas ocasiones. Mi corazón comenzó a palpar muy rápido. Creí que iba a morir asfixiado. Pensé en mi hija, «¡Annita, mi amor!».

Joel llamó a su padre, a gritos. Servando levantó la cabeza y dijo:

—¡Tendré que ver qué quiere ese maldito mocoso y como sea una tontería me las pagará! ¿Erni, quieres seguir remojando al perro?

Marcos comenzó a llorar y a agitar sus manos en el aire, no sé si lo hizo por compasión o porque temía que yo muriera y ya no hubiera nadie que le curara las llagas de su espalda.

—¡Tranquilo, Marcos, ya vamos a dejar en paz al doctorcito, porque capaz de que se nos muere y después qué hacemos con el jabón del perro agradecido! —exclamó Ernesto.

—Tienes suerte, doctorcito, estás en una cabaña donde se tiene mucho respeto por el jabón para perros —dijo Servando.

Ernesto tomó el jabón, se lo acercó a Servando y éste hizo una reverencia; después, se colocaron en fila india y caminaron hacia la puerta, llevando el jabón al frente. Yo cerré los ojos, tratando de jalar más aire y no los abrí hasta que pasaron varios minutos; y lo hice porque escuché un ruidito muy particular. La causante de ese ruidito, había sido una bolsita de papel que Joel me había arrojado desde el agujero del techo. Con gran dificultad me arrastré por el suelo para alcanzarla y cuando la tuve cerca, la abrí, aun con las manos atadas a la espalda.

En esa misteriosa bolsita, había muchos chocolates artesanales; mi corazón brincó de gusto cuando los vi y más cuando los devoré y, así, con las suficientes endorfinas, removí mis manos hasta que quedaron libres; luego, tomé el lápiz rojo y me dispuse a contestarle la carta a Kenia.

¡Ahhhhhhhhhhh! Keniesita:

Me llegó este reporte de fuentes–termales–canadienses.

Llegaste envuelta en una piel de oso. Miraste todas las pozas. Encontraste la perfecta. Alejada, pequeña, íntima. Te sumergiste en ella, tu cabeza reinaba sobre las aguas. Suiza abandona su neutralidad y se introduce en aguas internacionales. ¿Se desatará un conflicto?, ¿bélico?, ¿moral?

El EMP aplicó el principio de la no intervención. Estás sola, tus gloriosas armas sumergidas bajo el agua, protegida acaso por trocitos de tela diminutos. Dudas y te preguntas: ¿comienzo a sacar todo el agua de la poza para que se vayan?, ¿le echo nieve para que se enfríe?, ¿me pongo a cantar, “o sole mío”?, ¿me salgo por la tangente?, ¿me quedo a vestir santos?

Ya no hay que decidir, una mano extendida te libera del dilema, pero tu coraza es el agua. Te sientes más desnuda que Eva. Alcanzas la piel de oso. Y así envuelta en el capullo, la crisálida respira salvada, y muy cerca de las conflictivas aguas, un misterioso cuervo blanco hace garras su pudor y recibe como premio una nuez y una palmada.

Me siento frente al diván, me pongo mis lentes, cruzo mi pierna. Cambio de profesión. Te observo fijamente.

Dime Keniesita, ¿por qué ese complejo de tomate? Según me contaste, hace tiempo fuiste la voz y la figura de una zanahoria. Las zanahorias son precursoras de la vitamina “A”, que es la vitamina de la piel.

Además, estaban en aguas internacionales. Si Suiza abandonó su “neutralidad”, ¿por qué tú no abandonaste tu “ruboriedad”¹⁷? Pero, ¿qué te pasa, Alejandro?, bájale al psicoanalista, soy mujer y como tal tengo pudor. Además, soy mexicana; el que es alemán, es el EMP, o sea, mi marido.

La naturalidad europea no me cubre en una poza, las aguas termales no impermeabilizan mi vergüenza, ¿cómo estar de pronto allí, en aguas internacionales, metida hasta el cuello y formando una deliciosa y humeante sopa de naciones unidas? ¡Ay, Keniesita!, yo tampoco acostumbro a andar como cupido, todo encueradito y aventando flechas a diestra y siniestra, pues no practico el nudismo, pero veo el cuerpo desnudo como algo muy natural, pues soy médico. Te voy a dar el sabio consejo del proverbio latino: “Cum Romae fueritis, romano vivite more”, o lo que es lo mismo: “Cuando estéis en Roma, viviréis según la costumbre romana”.

Mil perdones Keniesita, yo también me metí contigo a las aguas termales. La intimidad es sagrada, no se le debe meter ni siquiera la puntita de un dedo, cuando no hay un dedo índice que te dice: ¡ven! (¿o sí lo hay?).

Me salgo —un poco ruborizado—, excedí el tiempo de permanencia en el cálido —mezcal— quise decir temazcal. Bucéfalo y Maquiavelo te regalan una nueva piel de oso para que te cubra en un cálido abrazo y el Capitán General, o sea, yo, te regala una uschanka de piel de oveja con hoz, martillo y estrella, para que cubra tu cabeza en un cálido beso.

¡Qué atrevido soy! (¿Por el beso o por el emblema de la uschanka?).

¡Mucho cuidado con revelar mi máximo secreto de estado!

Alejandro Magno, el Capitán General.

Postdatas: 1. No me vayas a cortar la cabeza con la hoz ni me vayas a dar un martillazo con el martillo; ¿estrellitas?, sí, aviéntame las que quieras, pues hoy llovieron estrellas de chocolate del cielo y creo que me están haciendo efecto. Corrección, “tú me haces efecto”. 2. Entonces, yo escribiré literatura erótica y tú la leerás y al cabo de un tiempo, mi literatura comenzará a hacerte efecto y me darás una encendida réplica. 3. Quiero ser tu autor favorito; tú, ya eres la mía. 4. ¿Tesoro de Joyas Poéticas? ¡Ay, Keniesita, que no te dé pena admitir que tu texto favorito es El Kamasutra!

Hola, Capitán General: (tu secreto está guardado).

Ahora que soy veterana de conflictos en aguas territoriales y no territoriales, te contaré lo que me sucedió en un SPA de San Felipe.

Un día me contracturé el cuello y un médico naturista me recomendó la aquaterapia. El lugar lo cerraban a medianoche, así que, con la luna ya muy alta, me introduje en una poza divina que, según, contenía elementos naturales y curativos. El EMP nadaba en la alberca.

Yo estaba sentada en un rincón, recibiendo los chorros en el cuello y tenía los ojos cerrados; los sonidos relajantes me transportaban a un delicioso manantial paradisíaco. De pronto, escuché que alguien se introducía a las aguas, pensé que era el EMP; entonces, abrí los ojos y vi que era el Director de la Escuela de Idiomas.

Ambos nos reconocimos, nos saludamos y platicamos un rato; luego, llegó el momento más incómodo de la noche, ¿quién sale primero? Yo quería hacerlo al último y supongo que él también. Los motivos se relacionaban con nuestra indumentaria; el Director traía un traje de baño bastante ridículo y yo traía un bikini bastante minúsculo. ¡Qué terrible situación!

Allí estábamos sufriendo y en completo estado de deshidratación, hasta que ocurrió un milagro que nos salvó a los dos. Llegó el EMP y se introdujo en las aguas. Yo aproveché ese momento de chapoteo y confusión para salir del territorio del conflicto. Tomé una toalla y ya cubierta me despedí amigablemente; segundos después, el Director salió del agua, bastante conmovido, lo vi beberse una botella de agua de dos litros.

Cuando salimos del SPA, el EMP y yo fuimos a cenar chiles rellenos, ¡una locura!, pues pasaba de la medianoche, pero andábamos hambrientos.

Lo inverosímil del asunto es que, a esa hora de la noche, después del incómodo incidente y con la seriedad que lo caracterizaba, el Director de la

Escuela de Idiomas era un comensal más en el restaurant mexicano y también comía chiles rellenos.

Ese hombre, que jamás se reía, lo vi esbozar una pequeña sonrisa, tan pequeña como mi bikini; mi respuesta fue una sonrisa ridícula, tan ridícula como su traje de baño.

En ese momento, sentí como si hubiéramos intercambiado nuestros bañadores y, francamente, yo salí ganando.

Recibe una lluvia de estrellas de chocolate, pero antes pide un deseo.

Keniesita.

Postdatas: 1. ¡Mi pudor por un plato de chiles rellenos! 2. No creo que estando encerrada me haga efecto tu literatura; además, estamos casados y no sería correcto. 3. Mi dedo índice está paralizado y cuando recupere el movimiento, es muy probable que diga “vete” en lugar de “ven”. 4. Tesoro de joyas poéticas es poesía erótica y amorosa, pero no tiene nada que ver con El Kamasutra.

Hola Keniesita:

¡Ahora fue en aguas nacionales!

Largo padecimiento el del Director de la Escuela de Idiomas, quien reumático y queriendo aliviar su gota, acude a las aguas termales. Es de noche, piensa encontrar el lugar solo.

De pronto, se encuentra con Keniesita, una dulcísima zanahoria precocida y con el cuello roto. ¿Se infartará?, ¿ocupará resucitación cardiopulmonar?, ¿necesitará respiración de boca a boca, de ver tanta vitamina A?, ¿de antojo de un rico caldito de verdura?

¡Mira lo que provocas, Keniesita! El EMP intervino la zona y resolvió el conflicto, se sentaron todos a la mesa de negociaciones a comer chiles rellenos. El postre, ¿pastel de zanahoria?. No, por su puesto que no, el postre fue un riquísimo pastel de chocolate con abundante miel alpina.

Ahora sí, Keniesita, salte del caldero, siéntate en la sala de mi palacio, que muero por hacerte una propuesta que nos hará olvidar el encierro; pero, antes, te haré unas preguntas capciosas: ¿qué harías para sobrevivir al secuestro?, ¿eres una mujer de amplio criterio?, ¿conoces el cuento El Príncipe Feliz de Oscar Wilde?

¿Sabes?, tengo mucha hambre, te invito al restaurant la imperial a comer chiles rellenos; estoy seguro de que también habrá de postre un delicioso

pastel de chocolate con abundante miel alpina.

Ya pedí mi deseo, encuéntralo en las postdatas, allí encontrarás también mi propuesta.

Recibe mi cariño totalmente preguntón,

Alejandro Brunelleschi, el atrevido.

Postdatas: 1. ¡Muero por un pastel de zanahoria! 2. Ya te invité los chiles rellenos; ahora, tú, cumple tu parte. 3. La literatura sí que hace efecto, recuerda la propaganda antisemítica que hicieron los nazis en Alemania; aquí, no se trataba de literatura erótica, sino de doctrina de odio racial, pero pudimos ver sus efectos devastadores, en los campos de concentración. 4. El encierro evapora los estados civiles. Aquí, tú y yo, estamos solteros y sin compromiso. 5. Para mí “vete” y “ven”, en los dedos de una bella e inteligente dama, significan lo mismo. 6. Pues tanto tu Tesoro de joyas poéticas, como El Kamasutra, están escritos en sánscrito. 7. Se me ocurre una idea: escribamos en sánscrito, para que si alguien descubre nuestras cartas, no nos entienda. 8. ¿Aceptarías convertirme en mi golondrina mensajera?

CAPÍTULO 17: DOMESTICANDO GOLONDRINAS

Nunca me había relacionado con nadie, de la forma en que lo hacía con Kenia y, francamente, lo encontraba excitante y delicioso. Nuestro lenguaje místico y erótico, era nuestra forma de alcanzar la libertad y de hacer el amor.

Anäis Nin decía que había muchas formas de ser libre; una de ellas, era trascender la realidad por la imaginación. Eso era precisamente lo que nosotros estábamos haciendo y, además, también escribíamos “para saborear la vida dos veces, en el momento y en retrospectiva”¹⁸.

Era tan válido afirmar que “Uno escribe, porque tiene que crear un mundo en el que pueda vivir”¹⁹. Ese mundo mágico y místico de golondrinas garantizaban nuestra supervivencia, por eso me inicie en el arte de domesticarlas, había que mimetizarse con ellas y enseñarlas a hablar. *¡Vamos, di Kenia!*

Cuando se ama, se repite mucho el nombre de la persona amada; a veces, hasta se cometen errores y le dices el nombre de ella a la persona equivocada.

Aquí todos hablamos de Kenia y las golondrinas gritan, en coro, el nombre de su única reina: *¡Kenia!, ¡Kenia!, ¡Kenia!*

Hola, Alejandro Magno/Rey Escorpión:

Me salgo de las aguas mansas, porque hay que tenerles cuidado. Aun así, me sentaré en la sala de tu palacio para responder a tu cariño, totalmente preguntón.

¿Qué haría yo para sobrevivir al secuestro? Me inventaría una vida en libertad, me convertiría en un pájaro y escribiría cartas.

¿Soy una mujer de amplio criterio? En cuestiones sexuales y en lo que concierne a mi persona, no creo; además, me preocupa el tema de la infidelidad, no me gustaría que me lapidaran por adúltera.

Sí, conozco el cuento de El Príncipe feliz, pero ese cuento no tiene nada de erótico. Y si tuvo algo de erótico, eso no nos lo contó Oscar Wilde.

¿Por qué las preguntas anteriores? ¿Acaso, tú eres el príncipe feliz y conoces el secreto de su felicidad? Porque, entonces, déjame decirte que yo sí abogaré porque te alzarán una estatua y me convertiría en tu fiel mensajera, aunque jamás regresara a Egipto en busca del sol.

Keniesita.

Postdatas: 1. Los chiles rellenos estaban muy picantes. 2. Creo que es mejor tener alas que manos, así me evito problemas con los dedos índices. 3. Yo no he leído El Kamasutra, así que no puedo hacer una lectura comparativa 4. Si los dos escribiéramos en sánscrito, ni nosotros mismos nos entenderíamos. 5. ¿Qué tendría que hacer yo como golondrina mensajera?

Hola, Keniesita:

Tú lo has dicho, inventarse una vida en libertad, convertirse en un pájaro y escribir cartas, ¡vamos bien! Entonces, ¡conviértete en mi golondrina mensajera!, las golondrinas tienen amplio criterio y eso, en nuestras condiciones, significa supervivencia.

En verdad ¿crees que por tener sentimientos de amor y pasión por un hombre que no es tu marido, añado —estando en nuestras particulares y horribles circunstancias—, te hace una mujer adúltera y por ello, mereces la muerte? Estás muy equivocada, no te va a matar eso, sino el hambre, el encierro o estos malditos que nos tienen secuestrados.

Mis sentimientos son reales y sinceros y me mantienen vivo y en pleno uso de mis facultades mentales, por eso te pido que no digas no a mi propuesta; tú, como golondrina mensajera, únicamente tendrías que hacer todo lo que yo te pidiera. No te pediré nada que no puedas hacer.

Te voy a confiar un secreto y es el mismo secreto que guardó Oscar Wilde en su cuento El príncipe feliz: El príncipe feliz es un hombre material y espiritual que regresa cada cierto tiempo. El príncipe de la época victoriana tardía, apareció para cubrir las necesidades de su época; el príncipe que está contigo, encerrado en el cuarto de junto, responde a las necesidades de supervivencia de Kenia Victoria y el propio Alejandro Brunelleschi.

No todos los hombres son príncipes felices ni todas las mujeres son golondrinas mensajeras. El príncipe elige a su golondrina, la que lo hará feliz y la golondrina elige a su príncipe, el que la hará mensajera de la felicidad. ¿Quién fue primero, el príncipe o la golondrina?

La golondrina es el amor y la pasión del príncipe feliz y es su única vía de cordura. Por esta razón, debes olvidar tu estado civil y tu pudor femenino; recuerda que lo cambiaste por un plato de chiles rellenos. Yo te invité ese plato, lo comiste y me consta, porque hasta dijiste que estaba muy picante.

Hazme caso y encontraremos juntos la felicidad. ¡Te hago entrega de tu par de alas!

*Con real cariño,
Alejandro Brunelleschi.*

Postdata: ¡Ay, mujer lo que te has perdido, por no haber “leído” El Kamasutra!

Hola, Alejandro I

Príncipe de la bata blanca:

Me da miedo tener alas, porque me las pueden cortar y, entonces, me estrellaría contra el suelo; no quisiera hacer algo malo que parezca bueno y, además, no sabría cómo empezar. Leer literatura erótica es una cosa, pero... ¿escribirla?

¡Ahhh, Oscar Wilde, nunca pensé que tu príncipe feliz fuera tan real en mi vida y que guardara tantos secretos! ¿Es bueno o malo llamarse Victoria? ¿Quién fue primero, el príncipe o la golondrina?

El príncipe ya eligió a su golondrina y, ahora, la golondrina tiene que elegir a su príncipe: me paro sobre la rama de un árbol, el del Bien y el Mal y hago mi anuncio: “En el Principado de Kenia —en el mío, no en el de África—, Alejandro es: mi Príncipe Feliz”.

Te envío un pastel de selva negra con Bucéfalo para celebrar la victoria.

¡Salud, Señor Príncipe!

Kenia.

En la madrugada, me despertó el sonido de una campana. Cuando abrí los ojos, vi a Servando, alumbrándose el rostro con una lámpara:

—¿¡Cómo estásssssssssssssssssssss, Alejandro!?

Servando dirigió la luz de la lámpara hacia una caja de madera que estaba en el piso.

—¿Adivina qué tengo aquí? —volvió a decirme.

—¡No sé! —respondí secamente.

—De verdad, ¿no sssssssssssssssssssssabessssssssss?

Por su forma de hablar y sus movimientos de lengua, deduje que en la caja había una serpiente.

—Traigo conmigo a la criatura más inteligente que existe sobre la tierra. Una de sangre fría.

Servando destapó la caja y apareció una serpiente amarilla con manchas oscuras.

—Te pressssssssento a tu hija. Sssssssse parece mucho a Kenia, puessssss ella esssssss sssssu madre.

Servando sonrió diabólicamente y luego exclamó:

—¡Tu hija, la cencuatita, quiere conocer la fábrica que la concibió!, anoche conoció las deliciosas tetas que la amamantaron.

Servando se levantó la camisa, inclinó la cabeza y sacó la lengua para alcanzar su propia tetilla.

Sentí una tremenda ira, pero traté de controlarme, pues estaba amarrado y no quería que Kenia pagara las consecuencias de mis actos o palabras; además, mi golondrinita me había escrito una carta, con la misma naturalidad de siempre.

—¡Qué tierna la cencuatita; mira, tiene su cabecita en forma de corazón!

Servando acercó la serpiente a mi bajo vientre; ella se revolvió furiosa.

—¡Veo que le excitan las cabezas encapuchadas, por eso quiere besarte!

Yo retiré a la serpiente con mi mano.

—¡Padre desnaturalizado!, ¿no quieres besar a tu pequeña hija?

En ese momento, Ernesto entró a la habitación. Me ató las manos a la espalda y me desnudó; luego, acercó la serpiente a mi pene y ésta me clavó los colmillos. Sentí un dolor profundo y punzante. Pensé que nunca me soltaría. Servando tomó a la serpiente de la cabeza y la regresó a la caja.

«¡Estoy soñando, esto no pudo haber ocurrido!».

Pero el dolor superaba mi incredulidad. Era una gran verdad: ¡la perversidad humana se estaba manifestando brutalmente, en esa inmunda cabaña y en mi persona!

Sra. Keniesita Hada

Golondrina Mensajera del Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Por este medio me dirijo amablemente a usted, para informarle que debido a nuestros nuevos nombramientos, debemos cambiar también nuestros tratamientos.

Pasando a otros asuntos: cuando yo estaba libre sabía de dolor, pero no de carencias materiales. Lo tenía todo; bueno, casi todo; porque amor, no. Nunca padecí hambre. Me sobraba el dinero. Tenía una muralla altísima que me protegía de la miseria del mundo. Un día me secuestraron y me llevaron al inframundo y entonces me convertí en el príncipe feliz. Se cayeron todas las murallas de mi ciudad y pude ver el mundo real.

Quédese una noche conmigo, aquí abajo, en el inframundo y sea mi golondrinita mensajera; quiero que me acaricie con una pluma de sus alas y que deje caer, sobre mi pecho, las plumas que estén cerca de su corazón; allí, haga un nido. Péguese. Sí, péguese con saliva, lágrimas, sudor o semen

y nunca se vaya. La necesito dentro y fuera. Dentro, para sentirla, amarla e imaginarla y fuera, para verla, desearla y adorarla.

Ahora, le pido que me arranque mi mano izquierda, que está hecha de rubí y reparta mis dedos, entre todas aquellas mujeres que nunca fueron acariciadas. Hágalo con amor, justicia y equidad.

¿Ya vio mi golondrinita a sus compañeras? Eran dos; primero, entró la hembra y luego, el macho. ¡Alégrese, porque esas golondrinas somos usted y yo!

¿Ha visto usted el cuadro de Munch? Sí, el del grito, ¿qué le sugiere?. Eche a volar su imaginación y respóndame.

Puede regresar la niña con alas, al intangible mundo de las místicas hadas, allá donde las golondrinas tienen nombre y dueño.

Por un segundo, en ese lugar, yo, feliz, muero. Mis caricias en las plumitas de su pecho.

Alejandro I.

Postdatas: 1. No se preocupe en cómo empezar a escribir literatura erótica, pues habré de confesarle que ya empezamos. 2. ¡Deje en paz a mi creador Oscar Wilde! 3. Ahora que estoy en el poder, le contaré mi experiencia como Presidente de la Asociación Internacional de Urología, para que se dé una idea de la dimensión del juego del poder, cuando se trata de gobernar a colegas y reinos heterogéneos. Siéntese un ratito en su cama, porque esta postdata, va pa'largo.

Se proponen los candidatos, pero están prohibidas las campañas, pues la basura contamina el ambiente. Existe un debate único, una esgrima verbal. Algunos, emplean la oratoria canina, pero no muerden; otros, la oratoria de la musaraña y... ¡cuidado!, los ves chiquitos, simpáticos, con sus lentecitos, como pequeños roedores de biblioteca, pero son tan sanguinarios que, si no te los quitas de encima, te pueden tragar completo. ¿Mala la comparación? Una mañana metí dos musarañas en un barril de madera; por la tarde, regresé para alimentarlas y me encontré con la sorpresa de que había una sola musaraña en el barril, con rastros de sangre en el hocico. ¡Sorpréndase mi Keniesita, los seres humanos compartimos bastante material genético con los roedores!

Siguiendo con el proceso electoral, los méritos y los logros de los contendientes hablan por sí solos, pero “La envidia desprecia los méritos del

ilustre Homero”²⁰, de manera que buscarán, a toda costa, desprestigiarte en tu persona, en tu profesión y hasta en tus otras vidas.

Hay elecciones de voto secreto. Se anuncia el ganador. El día en que me eligieron como Presidente de la Asociación Internacional de Urología, me tatué un ojo y un oído en la palma de la mano. Siempre que le daba la espalda a una persona, me ponía el dorso de la mano derecha sobre la columna vertebral, de manera que el ojo que todo lo ve y el oído que todo lo oye, quedaban visibles para todos. Me sugirieron tatuarme también un colmillo, pero no lo hice porque hubiera excitado a los viejos lobos. Cientos de ojos y de piernas andan en pos del señor Presidente, lo escudriñan, desmenuzan, descuartizan y friegan. Algunos ojos te ven y fruncen el ceño; otros ojos, te miran y se mueren de envidia y, muchos otros ojos, te observan, te señalan y te condenan. Las piernas también son muy peligrosas, porque meten zancadilla. Cualquier talento, cualidad, habilidad o carisma, les sugiere un golpe allá abajo. Por ejemplo, el doctor Alejandro Brunelleschi habla cinco lenguas; para ellos, es como si cada una de las lenguas que hablo, se las estuviera mostrando —sacando— a cada agremiado.

Si eres ruso, ¡eres comunista!; si la asociación es americana, ¡eres capitalista!; si eres blanco y de ojos azules, ¡púdrete, pinche extranjero!; si eres moreno y de ojos oscuros, ¡qué muera el indio patarrajada!

Triste, mi caso: un ojo café y un ojo azul, se pudre al mismo tiempo el pinche extranjero y el indio patarrajada. El monstruo defectuoso sin identidad. Si eres joven, eres un pollo sin experiencia y si eres viejo, eres un dinosaurio o el perro sarnoso de Matusalén.

Imagina un país, donde todos los habitantes conocen al Presidente en persona, piensa en aquellos ojos que están a centímetros de él. Ojos en estos tenores: asombrados, envidiosos, condenatorios, encabronados, de ceño fruncido, agudos, aguados, críticos, de Judas, de toro loco, de borrego a medio morir, etc.

Si el gremio es multicolor, debes estar henchido de tolerancia, porque estarán juntos los blancos, los rojos, los verdes, los azules, los amarillos, los negros, los descoloridos... en fin, todos los colores. Allí aprendí que hay seis formas de gobernar el mundo: con el dedo índice (a dedazo limpio); con el dedo cordial (haciendo una seña obscena); con el dedo pulgar (“aplastando” en su contexto negativo y “con identidad”, en su contexto positivo); con la combinación del dedo índice y el dedo cordial separados (como su segundo nombre); con los dedos índice y cordial de ambas manos y

flexionándolos (“solo en apariencia”); y, por último, con la combinación del dedo meñique y el dedo pulgar (balando, rumiando o mugiendo).

Yo empecé mi gobierno con la combinación de los dedos índice y cordial separados (con usted, mi queridísima Victoria); luego, me instalé en el dedo pulgar (en su contexto positivo). Qué, ¿no es acaso, el más optimista y el más gordo de los dedos? En realidad, son las manos las que mueven el mundo. La enfermedad más difícil de curar es el poder. De hecho, hay quien piensa que el poder no tiene cura.

El expresidente de la Asociación Internacional de Urólogos, que acaba de morir y que no creo que esté descansando en paz, estaba muy enfermo de “poderdumbre”²¹. Nadie lo pudo curar, ni siquiera él mismo. Era un hombre perverso y ruin, había olvidado el significado del honor, la honestidad, la justicia y la generosidad. La muerte lo llamó, en una demostración de mayor poder; nunca la muerte había sido tan justa como esa vez.

Ahora, él está en el infierno, intentando sobornar a los demás demonios o, tal vez, arreglándole los riñones y el aparato urinario a Satanás. Ese pseudo-hombre, luchó con todas sus fuerzas y todo su poder para verme destruido. Mi campo de refugiados fue Rusia. Allí fui a parar. Un sexenio de mi vida. Un exilio involuntario.

¿Consecuencias? Las hubo, ¡porque en mi secuestro están escurriendo los orines de un familiar de aquel infeliz sujeto! Y le digo una cosa, mi golondrinita mensajera: “Los enemigos del hombre son sus parientes”²².

Sí, vuélvase a sorprender, el expresidente de la Asociación Internacional de Urólogos, era tío de mi esposa.

¹⁸ Anäis Nin.

¹⁹ Ibídem.

²⁰ Ovidio, Remedia Amoris 365.

²¹ Mezcla de Poder y Podredumbre

²² Mateo, 10,36.

CAPÍTULO 18:

LA GRAN HAMBRUNA

Alejandro I

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Tengo el honor de dirigirme al Excelentísimo Príncipe de la bata blanca, Alejandro I; con el propósito de externarle mi felicitación por haber sido elegido como Príncipe Feliz de Kenisia. Hago extensiva esta felicitación a la primera princesa, su esposa y musa inspiradora de su octava pasión.

Deseo sinceramente que con verdadero amor y devoción, su señora lo acompañe en esta nueva etapa y que permanezcan unidos hasta que la muerte los separe.

Pasando a otros asuntos, Keniesita no se ha sentido bien de salud; su cuerpo se está pareciendo a la envoltura corpórea de los niños de Zambia. Se le transparenta el esqueleto. Ya se contó todos los huesos, le dieron un total de doscientos seis.

Hoy se quedó en cama, no se pudo levantar, extraña a su esposo y a su abuela. Además, la ausencia de Vita, “Victoria Constanza”, su mamá, es cada vez más grande y más difícil de sobrellevar. Su corazón está lleno de tristeza. Tiene la imperiosa necesidad de ver la luz del sol, de escuchar el gorgoreo de los pájaros, de sentir la frescura del viento jugueteando con su cabello.

¡Toda su esperanza está depositada en que el Príncipe Feliz le elabore, con urgencia, un plan alimentario!

Respecto a su encargo, lo cumplí cabalmente; todas las mujeres, al principio, estaban renuentes, pues habían tenido muy malas experiencias con los hombres; pero, luego, que sintieron sus cálidos dedos sobre su piel, cambiaron de actitud y le correspondieron “muy cariñosamente”. Le confieso que sentí unos celos horribles.

Sí, he visto el cuadro de Munch, pero me sugiere mucha angustia y desesperación. Hay cuadros más optimistas y alegres, ¿por qué precisamente tenemos que hablar de El grito?

¿Ya vio el nido que hicieron las golondrinas?

Keniesita aprovecha la oportunidad para presentarle al Excelentísimo Príncipe Alejandro I, las seguridades de sus más profundos respetos.

Postdatas: 1. ¡Tengo frío y fuera llueve tanto! 2. ¿No pudiera mejor acariciarme las plumas de mi cabeza, en lugar de las de mi pecho? 3. ¿Por qué dice mi Príncipe Feliz que no tiene amor?, ¿qué, acaso no tiene el amor de la primera princesa? 4. Me asusta la manera cómo se comportan los poderosos, espero que usted no se vaya a comportar de esa forma; por otra parte, déjeme decirle que con esos parientes políticos que tiene, ¿para qué quiere musarañas?

Cuando leí la carta de Kenia, sentí mucha tristeza, pues pude percibir su gran hambre. ¿No sé que sentirán los gobiernos cuando ven que su pueblo se está muriendo de inanición?, tal vez prefieran ignorarlo, levantando muros y comiendo hasta el hartazgo, mas yo no soy así y por esa razón me quitaré la tortilla de la boca, para dársela a ella, porque primero está mi ciudadana, mi golondrinita amada, mi princesa de hermosas plumas en el pecho.

Sra. Keniesita Hada

Golondrina Mensajera del Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Tengo el honor de dirigirme a Vuestra Excelencia, con el propósito de informarle que hoy realicé un recorrido por la comarca del sótano de las golondrinas y vi, con suma tristeza, que las condiciones de vida de mis habitantes son deplorables.

Como Príncipe Feliz, me comprometo a desarrollar un plan alimentario. Voy a erradicar el hambre y la desnutrición. Mi primera acción será compartirle mi ración diaria de alimento; también me comprometo a brindarle un estado de bienestar social, vivienda digna, no más pocilgas o cabañas inmundas y decrepitas. La salud será asunto primordial, tendrá al mejor médico de la ciudad capital de la Victoria, exclusivamente para usted.

En sueños, escuché su cálida voz que evocaba a Vita, su mamá; luego, llegó un pájaro hermoso que lanzó un “dulcísimo trino”. Así fue la vida de Victoria Constanza, un dulcísimo trino, que sigue estando presente en sus recuerdos, en su vida y en su corazón; siga escuchándolo.

Mañana tomaré un avión y saldré de gira; la que usted llama la primera princesa y musa inspiradora de mi octava pasión, no me acompañará. De hecho, nunca lo hace. A ella y a mí nos separó algo muy fuerte hace muchos años, algo de lo que todavía no me recupero y que sigue barrenando mi corazón y mi existencia: la muerte de nuestra única hija, Anna Karenina, acaecida un día antes de que yo cumpliera los 30 años, por negligencia de mi esposa y mi ausencia.

Nicole, así se llama mi esposa, había sido elegida como presidenta de un club de damas de sociedad y quiso ofrecer una fiesta en la casa, para celebrar su triunfo.

Mi esposa no era muy cuidadosa con mi hija; de hecho, se le dificultaban las labores de crianza; por eso, desde que nació Annita, contraté el servicio de una enfermera y una nana, mismas que Nicole encontraba atractivas y se la pasaba inventándome romances con ellas. Eran tantos sus celos y su vanidad que, el día de la fiesta, valiéndose de mentiras y artimañas, les pidió a las empleadas que no vinieran, no quería verse opacada por la belleza de ninguna mujer y, además, quería hacerse pasar, ante sus amigas, como una excelente madre.

Annita tenía tres años y le encantaban las flores del estanque y, al parecer, quiso alcanzar una flor y se fue de cabeza.

Yo estaba en la clínica cuando me avisaron; trabajaba casi todo el día, no sé por qué mi corazón no se paró en aquel instante o por qué no me estrellé en el carro. Recuerdo que salí corriendo, con mi atuendo de cirujano, pues iba a intervenir quirúrgicamente a un paciente.

Subí a mi automóvil, encendí la radio por inercia, estaba la canción de “November rain de Guns’ N Roses”; me pasé todos los semáforos en rojo. Cuando llegué a casa, me bajé del carro, dejé la puerta abierta y la radio encendida; todavía seguía sonando la misma canción. Vi a mi pequeña, completamente pálida y azulosa. Quise morirme. La tomé en mis brazos, comenzó a llover, me volví a subir al carro, puse a mi hija sobre mis piernas y regresé a la clínica; todavía seguía sonando la misma canción. Entré al tenebroso “shock room”; los otros médicos y enfermeras intentaban detenerme. Yo gritaba que me dejaran intubarla y colocarle una vía endovenosa. Inútilmente, le masajeaba su corazón. Mi hija no tenía signos vitales, estaba muerta, pero yo seguía empeñado en reanimarla.

Llegó un amigo, que también es médico y por la fuerza me sacó de la sala. Ya no había nada que hacer. La música seguía sonando en mis oídos.

Al día siguiente, en mi cumpleaños, fueron los funerales de Annita en la casa; recuerdo, vagamente, que abrí el pequeño féretro de mi hija y la cargué en mis brazos, hasta el árbol de manzanas, donde habíamos colgado juntos la casita naranja, el comedero de las aves.

Allí vi ponerse el sol, cuarenta y tres veces, mientras repetía como un autómatas: “Perdóname, hijita”. Ese día, también saqué mi piano al patio; dicen que tomé un mazo y lo comencé a destrozar, mientras gritaba: “ya no toques November rain”. Después, le prendí fuego. En mi mente, las cosas sucedían de distinta forma, yo veía que las estrellas del cielo caían sobre mi piano y lo destruían, como una lluvia maligna. Yo intentaba apagar esas bolas de fuego, porque eran las que tocaban November rain. La lluvia arreció y apagó el fuego; quizá, mis lágrimas, también contribuyeron a eso. Después de esos días aciagos, ya no pude volver a tocar el piano ni volver a escuchar esa canción; además, me comenzó a atormentar en sueños, la sombra de un piano que crecía, hasta convertirse en un enorme abeto.

Con mi esposa comenzaron a ir las cosas de mal en peor; nuestra relación, ya deteriorada, terminó por arruinarse por completo, así que le pedí el divorcio; no me lo quiso dar. Me refugié nuevamente en mi trabajo.

Nicole y yo vivimos en la misma casa, pero en habitaciones separadas, ya no la quiero; de hecho, la aborrezco y si permanecí a su lado, fue únicamente porque ella cargó en su vientre a mi amada hija, pero nada más.

Ahora, la nueva distracción de Nicole es espiarme; se ha convertido en una espía rusa, la mejor. “La KGB”, o sea, mi esposa, trabaja en todas las unidades especiales. No por amor, sino por control y costumbre.

Mi clínica está llena de aparatos de audio y amplificadores de voz. Me intervino todos los teléfonos. Puso cámaras hasta en los lugares más inverosímiles. Conoce todas las claves de mis correos electrónicos y de mis redes sociales. Esa es su forma fantasma de hacerme compañía.

Si mi hija viviera, estaría por cumplir dieciocho años, pero se fue con solo tres añitos, quise acompañarla en su viaje por la eternidad, pero no era mi tiempo.

Ya debo tomar el avión; le pido que, durante mi ausencia, vaya a los albergues de mujeres maltratadas y reparta los dedos de mi mano derecha; ellos habrán de curar las heridas físicas y emocionales de esas damas.

¡Nunca había visto una construcción tan hermosa, como ese nido que hicimos juntos, usted y yo! ¡Allí, espéreme, en nuestra casita del árbol!

Efectivamente, el cuadro de Munch desprende angustia y desesperación existencial. Así nos sentimos usted y yo.

Por eso le pido que nos liberemos y extraigamos de ese cuadro lo único positivo: “unos labios abiertos”, ¿sabe usted qué pueden hacer unos labios abiertos? Hagamos algo similar a lo que hicieron los poetas malditos, ellos extrajeron la belleza del mal. Nosotros extraigamos lo amnésico y lo emancipador del mal.

Bucéfalo llegará en la fría madrugada, él la cuidará hasta mi regreso.

Acompañeme con su pensamiento y acarícieme con los latidos de su corazón.

Alejandro Brunelleschi, el príncipe de la bata blanca.

Postdatas: 1. Si la golondrinita se acerca más a su príncipe ya no sentirá frío. 2. Con gusto le acariciaré las plumitas de su cabeza, si usted me comprueba que allí tiene su corazón. 3. No debería sentir celos, porque usted tiene mi corazón y mi “dedo magno”. 4. Ni lo mande Dios que yo me vaya a comportar como las musarañas de mis parientes políticos. 5. Conté todos los huesos de mi cuerpo y me dieron un total de 207, ¡Espere! el 207 no es un hueso, sino un órgano.

Los hombres no debemos llorar, ¿quién chingados dijo eso?, de seguro el mismísimo demonio, pues él no puede hacerlo.

Había recordado a mi hija y eso era motivo suficiente para llorar, pues ella no merecía morir de esa forma y a tan temprana edad. Los hijos son prestados, pero a mí me la prestaron muy poco tiempo. Llegó, me acarició y se fue. El dolor de su partida vive enraizado en mí, como esos lotos se enredaron en las patas de mi perro y le impidieron seguir avanzando.

Mi niña, la de ojitos azules y cabello rizado. Mi ángel vestido de princesa. Mi frasquito de mermelada de fresa de risa clara y llanto quedito...

CAPÍTULO 19: EL PRÍNCIPE DE LA BATA BLANCA

Joel entró en mi habitación, yo estaba durmiendo pues me sentía muy débil por la falta de alimento. El niño me despertó de la manera más dulce, acercó un chocolate a mis labios y me dijo muy bajito:

—Doctor, aquí le traigo un chocolate mágico.

Lo comí con gran placer y en pocos segundos, me comenzó a hacer efecto la magia.

—¿Has hecho lo que te pedí?

—¿Qué cosa? —preguntó Joel.

—Besar a Kenia en la mejilla y acariciarle su cabello.

—¡Ahhhh, sí! —dijo el niño con entusiasmo.

—¿Y qué hizo Kenia?

—¡Pues se puso muy feliz!

—¡Ay, vaya, entonces sí le gustó!

El niño asintió con la cabeza, me miró a los ojos por un largo tiempo y finalmente exclamó:

—¡Usted le manda besos y caricias a Kenia, porque la ama!, ¿verdad?

Me sonreí, miré el piso, jugueteé con el lápiz rojo y luego respondí:

—Sí, Joel, estoy profundamente enamorado de Kenia y sería un mentiroso si te lo negara.

El niño comenzó a dibujar corazones en el piso.

—¿Qué piensas de lo que te acabo de decir?

—¡Pienso que usted debería decírselo a Kenia!

—¡Pues se lo he dicho!

—¿Usted le ha dicho a Kenia que la ama?

—No con esas palabras, sino por ejemplo: acaríciame con los latidos de su corazón.

A ver Joel, si alguien te dijera: acaríciame con los latidos de tu corazón, ¿qué pensarías?

—Pues no sé lo que pensaría, pero sí lo que sentiría, algo muy bonito. Las cosas del amor son más de sentirse que de pensarse. ¿Se acuerda que un día usted y yo hablábamos de las personas esenciales? —asentí con la cabeza— pues ahora lo comprendo mejor: las personas esenciales, son esenciales porque uno las ama. El amor hace esenciales a las personas y si alguien habla de personas esenciales, está hablando de Amor, por eso *El principito* es un libro de amor.

Joel me estaba dejando con la boca abierta con su cátedra de amor.

—¿Por qué sabes tanto de amor, si apenas eres un niño?

—Porque tuve una mamá esencial y conocí a una persona esencial, Kenia.

—Entonces Kenia, es esencial para los dos.

—¡Sí! —dijo Joel con convicción.

—También entre los niños se aprenden cosas esenciales —exclamé, al tiempo que revolvía el cabello de Joel— ¡Dibújame, pues, un borrego!

—¿Un borrego? ¿Cómo? ¿Usted también es un pastor como Kenia y Marco?

—¿Un pastor como Kenia y Marco? ¿De qué hablas, Joel?

—¡Eeeeeeeee, de nada! —respondió el niño y salió huyendo.

Yo me quedé con muchos signos de interrogación en la cabeza y no tuve más remedio que dibujar un borrego en el piso y ponerme a balar:

«¡Seeeeeeeeeeeee meeeeeeeeeeeeee antojaaaaa unaaaa barbacoaaaaa de borregooooooooo!».

Alejandro I/Rey Escorpión

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Sirva este medio para informarle, de la situación que se está viviendo, actualmente, en el Principado de Kenisia.

Todos los ciudadanos hablan muy bien de usted, incluso, también lo hacen los distinguidos labios del cuadro de Munch. Por primera vez, un hombre en el poder, ha logrado reducir el hambre en un cien por ciento, gesto humano muy admirable y por el que le viviré en un eterno agradecimiento.

Su golondrinita mensajera visitó los albergues de mujeres maltratadas y repartió los dedos de su mano derecha, pero no la pasó bien mientras lo hizo; pues, los maridos golpeadores de aquellas indefensas mujeres y que eran unos tremendos machos, la agarraron a pedradas. Sus hermosos dedos fueron distribuidos con cariño y amor; pero me asalta una terrible duda, ¿podrá seguir acariciando y conservando el sentido del tacto el Príncipe de la bata blanca?

Me entristece mucho su ausencia, pero lo entiendo, el deber está más allá de los deseos personales. Bucéfalo me está cuidando y se la pasa lamiendo las heridas de mis tobillos.

Mañana cumpliré años, todavía no sé cómo celebrarlo; quisiera tapizar mi cuarto de flores y pequeñas hadas. No sé si su nariz detecta el aroma del pastel que estoy horneando. Es un delicioso selva negra, con cerezas; le pondré treinta velitas y las apagaré todas de un solo aliento, mientras pido un deseo. Mi deseo será que usted reconstruya su piano y que toquemos juntos “November rain”.

Si el doctor Alejandro Brunelleschi destruyó su piano cuando cumplió los 30 años, quiero que lo reconstruya en los 30 años de Kenia Victoria. De esa forma, estaríamos cumpliendo los dos 30 años; además, sería un hermoso regalo para Annita y para mí.

Estoy segura de que, a su hija, le encantaba escucharlo tocar el piano; los niños y los bebés son muy sensibles a la música, pues en el seno materno, entre el líquido amniótico y la placenta, hay una música substancial que vibra en el cordón umbilical y alimenta el espíritu del pequeño ser. Si un día el mundo entero guardara silencio, podría escuchar esa sonata existencial.

¿Qué pueden hacer unos labios abiertos? Unos labios abiertos pueden gritar y éste es mi eterno grito: “¿cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu ajeno”.

*En espera de sus prontas noticias, le saluda muy atentamente,
Keniesita Hada.*

Postdatas: 1. Le estoy acariciando con los latidos de mi corazón. 2. Supongo que no me mandará a repartir su “dedo magno”, ¿o sí? 3. Ese hueso 207, no es un órgano es una extremidad.

¿Repartir mi dedo magno, mi hueso 207? Nunca. Jamás, porque es únicamente tuyo mi amada golondrinita y si ahora lo ves en mis manos, es porque te estoy pensando y me estoy imaginando que tú lo estás acariciando.

¡Ohhhhhhhhhhhhhhhhhhh, Kenia!, amor mío, salte de la carta y refúgiate en mi pecho, quiero escuchar los latidos de tu corazón acariciándome, mientras yo te susurro en el oído...

So If You Want To Love Me
Then Darlin' Don't Refrain
Or I'll Just End Up Walkin'
In The Cold November Rain²³.

Sra. Keniesita Hada

Golondrina Mensajera del Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Por este medio le comunico mi regreso a Vuestra Excelencia, también le envío un fuerte abrazo por —nuestro— cumpleaños número 30; así mismo, le

hago entrega de un regalo muy especial por parte de la Monarquía Constitucional de Kenisia; es un piano totalmente restaurado, con todo y pianista integrado. ¿Quiere saber cómo se llama el pianista? Alejandro Brunelleschi. Viene un segundo obsequio, es la Biblioteca de Alejandría.

Don Bucéfalo del Valle de la Luna (nombre completo) tuvo el significado honor de asistir, en mi representación, a los festejos por el aniversario de nuestro natalicio y de llevarle mis cariñosos besos, caricias y abrazos y pude sentir los suyos también. ¿Ve que no he perdido el sentido del tacto? Mi piel y mi corazón están más sensibles que nunca.

Le participo que estoy algo enfermo del estómago. Tuve fiebre. Todavía tengo una ligera infección, nada que no pueda curar el antibiótico de sus dulces palabras.

Sobre el viaje:

Estoy feliz porque logré inversión extranjera para el imperio feliz y durante las firmas de los acuerdos, Kenisia estuvo todo el tiempo presente en mi mente y en mi corazón. Por un momento, estuve a punto de escribir su nombre en lugar del mío. ¡Oh, Señora!, usted es mi primer y último pensamiento del día.

Siento mucho que la hayan agarrado a pedradas, pero usted es una golondrina muy ágil y estoy seguro de que evadió todas las piedras.

Ahora, le pido que vaya a todos los hospitales y que me reúna a todas las mujeres que hayan perdido el cabello, a causa de terribles enfermedades. A ellas, lléveles mi melena, que está hecha con hilos de oro.

El Grito:

¡Vamos, grite!, pero que su grito no sea de dolor, angustia o desesperación, sino de placer. Abra sus labios y béseme, utilice sus dientes y su lengua. ¡Muérdame! ¡Aráñeme! ¡Jáleme todo lo que quiera y por ningún motivo me suelte! Explore todo lo que hay arriba y todo lo que hay abajo. Y cuando llegue a la mitad, ¡asómbrese!, sí, asómbrese y respire hondo. Tome suficiente aire, abra lo más que pueda la boca y préndase del hueso 207. Luego, gire, párese de cabeza y sosténgase con las manos; así, así. ¡Acariciémonos! ¡Gocémonos! ¡Fusionémonos en uno solo!

Agradezco su gentil misiva y aprovecho la oportunidad para enviar a Vuestra Excelencia las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

Muy cariñosamente,

Alejandro I, el príncipe de la bata blanca.

Postdatas: 1. Sígame acariciando de tan bella forma! 2. ¡Cuánto hubiese querido que Anna Karenina no solo hubiera sido hija mía, sino también suya!; no importa que hubiera nacido años después. 3. ¿Dónde quedaría mi virilidad si reparto “mi dedo magno” “mi hueso 207”?; además, es suyo, privativo, exclusivo.

Cuando terminé de poner el punto final a la palabra exclusivo, sentí un pinchazo en un lugar donde jamás lo había sentido, en mi hueso 207. Pensé en el escorpión, mas no, no creo que se haya atrevido a picarme allí. Volteé con miedo hacia mi entrepierna y me quedé helado. Sí, el escorpión estaba caminando tranquilamente por encima de mi “dedo magno”.

Me bajé los calzoncillos, para ver en qué estado había quedado mi “extremidad”, mas no vi nada anormal; seguía tiesa y erecta, como cuando terminé de escribirle la carta a Kenia; entonces, dirigiéndome al escorpión, le dije:

—Ve a la habitación de mi golondrina mensajera, pero no le vayas a picar; haz solamente lo que yo haría, si estuviera ahora con ella.

23 *November Rain*, Guns N’ Roses. (Así que si quieres amarme, entonces cariño no te abstengas o simplemente terminaré caminando bajo la fría lluvia de noviembre).

CAPÍTULO 20: EL CABALLITO DE TROYA

Alejandro I/Rey Escorpión

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Tengo el agrado de darle la bienvenida al Excelentísimo Príncipe de la bata blanca y de felicitarle por el éxito obtenido durante su viaje. Agradezco de una forma muy especial los obsequios con los que me distinguió, son los regalos más significativos y más hermosos que yo he recibido en toda mi vida.

Después de lo anterior, le hago partícipe de lo siguiente: me subí a un caballito de madera que había encontrado Joel en los maizales y lo comencé a jinetear. En la puerta, se vislumbraba una pequeña presencia, bastante inquietante, “el escorpión de Troya”. El animal conocía el camino. Subió por las patas del caballo. Montó guardia muy cerca de mi costilla izquierda. Cerré mis ojos. Después los abrí. El escorpión había trepado por mi costilla y avanzaba sigilosamente sobre la circunferencia de mi vientre. Estaba en mi ombligo, mi centro de energía creadora. Ahogué mi propio grito. Me levanté de golpe. Quise escapar. Olvidé la cadena. Caí al suelo. Algo se me vino encima. ¿Era la pared, el caballo o el escorpión? Me costaba mucho trabajo respirar. Me dolía la espalda, las costillas y el hueso sacro. Tenía sangre en los labios y en la nariz. Estuve tirada en el suelo por mucho tiempo. Con gran dificultad, volví a la cama, entre nubarrones de polvo. Ahora, estoy de nuevo aquí, en mi lecho de dolor.

¡Oh, José Gorostiza, estoy en una muerte sin fin! “Lleno de mí, sitiado en mi epidermis por un Dios inasible que me ahoga...”²⁴ Solo tengo en mis labios palabras dolientes, las mismas que pronunciara Miguel Hernández cuando murió su amigo Ramón Sijé, al que tanto quería: “Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento...” / “No hay extensión más grande que mi herida, lloro mi desventura y sus conjuntos...”²⁵

¡Oh, si tan solo tuviera conmigo a Bucéfalo, estoy segura de que lamería cada milímetro de mis mallugadas²⁶ costillas! La saliva de los perros es el

remedio más natural que existe. ¿Cuánto tiempo estaré en la cama? ¿Una fría eternidad? ¿Apenas la página de un libro?

La Biblioteca de Alejandría se mudó a mi cama. Los autores y sus personajes están a mi lado. Todos quieren ser leídos. No hallo con cuál empezar.

Pero... ¿y el escorpión de Troya?, ¿dónde está ahora? ¿Volverá como las oscuras golondrinas?

¿Que cómo me fue en los hospitales? Hice lo que usted me pidió: repartí su melena de hermosos hilos de oro, entre todas aquellas mujeres que habían perdido el cabello por enfermedades. Y, ¿sabe una cosa? Todas, sin excepción, se veían hermosas y sus rostros resplandecían de felicidad. Les hice peinados muy elaborados y con mis plumas les confeccioné vestidos. En los pasillos hicieron una pasarela de moda y cuando las vi desfilar, se me salieron las lágrimas. Cuando se terminó el desfile, usted salió del brazo de todas ellas; y, aunque estaba completamente calvo, aun así, se veía hermoso.

El grito:

¿Qué? Nunca podré volver a ver el cuadro de Munch de la misma forma. ¡Qué golpe tan bajo ha recibido hoy la angustia existencial!

Le envió una sana terapia de cariño capilar.

Keniesita.

Postdata: Triste nuestro caso: usted, calvo y, yo, desplumada. ¡Espero no sentir mucho frío!

Me estaba convirtiendo en una persona medio “voyeurista”, porque me ponía a contemplar el cortejo de la golondrina macho, a la golondrina hembra. Ella siempre lo acariciaba con su pico, pero no se dejaba pisar, hasta esa mañana.

Súbitamente, la golondrina hembra acercó su pecho con el del macho y gorgoreó muy melódicamente. Ambos se miraron y luego se acariciaron con el pico. Después, hicieron una sensual danza, donde rozaron sus cuerpos, el uno con el otro.

Finalmente, la golondrina hembra extendió el plumaje de su cola; entonces, la golondrina macho la montó y comenzó a moverse. Fue un apareamiento largo y prolongado, en el que ambos gemían y entornaban sus ojitos. Esas golondrinas éramos sin duda, Kenia y yo.

Distinguida Señora y Golondrina Mensajera

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Alta Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas
Hospital de la Realeza
Pabellón de los Sueños Reparadores
P r e s e n t e:

Las aguas del lago reflejan a la luna, pálida, ojerosa y blanquecina, pero infinitamente hermosa. Es de noche, hace frío, el valle parpadeó y luego cerró sus verdes ojos. Desciendo al inframundo del sótano de las golondrinas. Bucéfalo, mi cancerbero²⁷, me aguarda abajo. Nos miramos, aguzamos el oído y el olfato. Gruñimos enojados. Ladramos violentos. Gemimos, casi en secreto. ¿Época de celo?

Hay una carta, es una epístola de Keniesita. Muestra el ataque del escorpión de Troya. Las pisadas del caballo. La caída libre. Los huesos rotos. El cuerpo adolorido. El crimen ¿y el castigo?

Avanzo, retrocedo y sigo en la lectura; Bucéfalo camina como reptando, siente vibraciones, mira en dirección a la habitación de junto; quiere estar con ella. ¡Quédese en cama!, es viernes de dolores. ¡Siga en su lecho!, el escorpión de Troya se convertirá en un fiel caballo con la fiereza de un toro bravo. Si decide montarlo, no se preocupe. Pues no le afectará en lo absoluto a su delicada osamenta.

Por la curvatura de su espina dorsal se deslizará el veneno del escorpión y se alojará en su idílica región glútea, como una caricia inflamatoria. Bucéfalo utilizará, nuevamente, el mágico y místico túnel; lo pidió como deseo y le fue concedido. Estará con Vuestra Aporreada Excelencia, en el hospital de la realeza y en la habitación del cuadro de El grito (que el día de hoy recibió una golpiza), hasta su restablecimiento total. Lleva un barrilito anudado a su cuello, con una muy buena dosis de saliva curativa, parece un San Bernardo.

Le anexo mi prescripción médica; primero, reposo condescendiente y, después, gozo absoluto —conmigo—.

El grito:

¿Una competencia de caballos?, ¿una escaramuza charra?, ¿un jaripeo? ¿Una quebradita? Vamos, ¡anímesese!, que yo hasta “le compraría un vestido de seda, para llevarla a bailar al cuartel”²⁸.

Vuele nuevamente, mi golondrina mensajera, visite todas las ciudades del mundo, donde existan parejas que se amen y quieran unirse en matrimonio. A ellas lléveles la mitad de mi manto, que es de oro puro. Quiero que lo

utilicen como lazo matrimonial. Con la otra mitad, haga pañuelos; sí, de esos que se usan para secar las lágrimas y, también, repártalos.

¿No halla con cuál libro empezar? Pero, si ya empezó; ese libro se llama “El sótano de las golondrinas”, una bella historia de amor que usted y yo escribimos hace tiempo.

Con un pensamiento de sanador cariño, desde este valle de lágrimas, que tras la tempestad, se vuelven perlas de río, le beso la falange de su delicada mano.

¡Estoy feliz, por fin las golondrinas hicieron el amor!

Alejandro Brunelleschi.

Postdatas: 1. Le envió el presente dibujo, para conmemorar la Victoria del Príncipe de la bata blanca, sobre el escorpión; es el mítico doctor Alejandro Magno, en traje de charro. 2. Mi golondrinita se ve hermosa, así, “encueradita”, sin ninguna pluma. Métase debajo de mi cuerpo, para que no sienta frío y para...

Alejandro I y Jinete con cabeza

Principado de Kenisia

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Lecho Real Perfumado con Flores de mi Vestido de Seda

P r e s e n t e:

Estoy en la cama; el dolor de costillas ha disminuido gracias a Bucéfalo. Mi espina dorsal y mi sacrosanto huesito se encuentran allí, donde siempre. La Biblioteca de Alejandría sigue en mi cama y está que arde. Espero que no nos vayamos todos al suelo y se nos rompa toda la moral.

¿Le parece a usted que “El sótano de las golondrinas” es una bella historia de amor? Pero, ¡si es una historia de secuestro!; ¿dónde se encuentra “lo bello”, en un secuestro?

El grito:

¿Que si montamos?, ¿cómo lo haríamos?, ¿a silla o a puro pelo?, ¿qué tan intensos serían los tumbos y las sacudidas?, ¿se nos quebrantarían los huesos? Respecto al baile del cuartel con mi vestido de seda, ¿de veras sabe usted bailar o de plano se la pasaría pisándome las falanges? ¿Qué pieza musical bailaríamos?, ¿la Adelita? ¿la Valentina?, ¿habría testigos de nuestro baile?, ¿la tropa?, ¿algún sargento? Y si bailamos y bailamos hasta

que la muerte nos separe, ¿me convulsionaré?, ¿me sofocaré?, ¿me marearé?, ¿me dará fiebre?, ¿enloqueceré?

Sobre su encargo:

Uní a muchas parejas en matrimonio con los lazos de su manto; me sobró uno, quizás lo utilice de freno para detener al caballo de Troya; también repartí los pañuelos, pero estos no fueron utilizados para limpiar lágrimas, sino para limpiar mocos. Los traigo todos conmigo; están todos embarrados, creo que no fue buena idea eso de repartir pañuelos, ¿qué hago con ellos?

Mándeme unas cuantas estrellitas del valle que está a su lado, para ponerlas bajo mi almohada y, así, se iluminen mis sueños.

Le envió el perfume de un abrazo sincero.

Cariñosamente, Keniesita.

Postdatas: 1. El charro se ve altísimo, pues ¿cuánto mide el pelao? 2. Ya me metí debajo de su cuerpo, pero solo para no sentir frío, no para...

«¡Tú, abajito de mí; yo, arribita de ti y sintiendo cosquillitas en el estómago, traemos tantas hormigas en el cuerpo, que necesitamos sacudirnos, para que se nos caigan!».

Estaba tan emocionado, que me acosté boca abajo en el piso y comencé a hacer círculos con mi pelvis, quería quitarle el frío a Kenia y tumbarle de un jalón todas las hormigas de su cuerpo. Primero me moví suavemente y sentí que la tierra imitaba mi movimiento; luego, lo hice más fuerte y la tierra se convulsionó de forma violenta. Dejé de moverme, pero la tierra continuó moviéndose; entonces, me di cuenta de que estaba temblando. Me subí los calzoncillos, pues yo siempre le imprimía mucho realismo a mi imaginación y no quería que me encontraran encuerado bajo los escombros.

Nunca había sentido temor de los temblores, antes bien me gustaban, pues siempre los consideré un reflejo de la pasión humana y un motivo erótico de ser.

¿Por qué tiembla? Porque la tierra es cachonda y nos hace el amor.

Distinguida Señora y Golondrina Mensajera

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Hospital de la Realeza

Capilla del Sacrosanto Huesito

P r e s e n t e:

¡Yo le cambiaría todos los huesos de mi cuerpo, excepto el 207, por su hermoso y sacrosanto huesito, le pondría una capilla para adorarlo y le haría una novena. No cabe duda de que el Principado de Kenisia, me ha vuelto un hombre místico!

Sobre mi encargo:

¿Le sobró un lazo?, ¡qué bien!, no lo utilice de freno, sino de lazo matrimonial entre nosotros. Amarrémonos del cuello y de todo lo demás.

Respecto a los pañuelos mocosos, pues embárreselos a... ¡Espere! ¿Qué es lo que usted más detesta?

El grito:

Respuestas Jaripeas:

1.- Montaríamos a puro pelo. 2.- Los tumbos serían in crescendo. 3.- Podrían quebrantarse nuestras pelvis —por aquello de las intensas sacudidas—.

Respuestas Corriditas:

Claro que sé bailar y lo hago muy bien. ¿Pisarla?, jamás, pues las falanges de sus pies estarán en todo momento apuntando hacia el cielo. ¿Quiere saber quiénes serán nuestros testigos del baile? Un pelotón de estrellas con ojitos brillantes que se posarán en nuestra piel y...

1.- ¿Convulsionará? Sí, hasta que le salga espuma por la boca. 2.- ¿La sofocaré? Sí, hasta que necesite respiración de boca a boca. 3.- ¿Le dará fiebre? Sí, una muy elevada que la tumbará en la cama. 4.- ¿Enloquecerá? Totalmente, al grado que perderá todo, empezando por el sostén y terminando por los calzones. ¡Ahhhh, pero a cambio ganará el paraíso! Por ahora, siga descansando en las suaves y delicadas sábanas bordadas de suspiros. Suspiros de todos los autores que están en su lecho, susurrándole palabras amorosas desde las hojas de sus libros.

¿“El sótano de las golondrinas”, es una bella historia de amor? Sí, porque el príncipe, gracias a su golondrinita, descubre el amor y la pasión pero, al mismo tiempo, cubre su soledad y su dolor; y no solo los cubre, sino que los suprime, cuando vuela junto a ella de la sombra a la luz. Por eso le pido, mi golondrinita mensajera, que no piense más en el secuestro, piense solo en el amor y la pasión, encarnada en su Príncipe de la bata blanca.

Las letras mayúsculas se ven más que las minúsculas; secuestro está en minúscula y solo se puede ver a través de un microscopio. El amor flota e ilumina la superficie y todo lo demás, se hunde. El amor nos hace estar de pie, aun cuando todo lo que está debajo se estremece. El amor es el mejor

medicamento, el mejor antibiótico, la única cura verdadera. El que ama está del otro lado del arcoíris, produciendo ondas de luz. El que ama ilumina, colorea, soporta, aguarda, crea, destaca, hermosea, irradia.

Hágame un favor, cierre sus hermosos ojos, imagine un caballo blanco, fuerte, impetuoso, con un ojo café y un ojo azul. Súbase en él. Cabálguelo toda la noche. Quítele el freno. Suéltele la rienda. Déjelo que se desboque. Salten juntos las nubes de fuego. Desciendan en espiral y empiecen una sensual danza de caricias y besos, con movimientos oscilantes y trepidatorios.

Le envió unas cuántas estrellas (las que pude encontrar) de este valle que tan alegre algún día fuera.

Vuele, golondrina hermosa y párese sobre mi hombro, quiero llenarla de besos y colocar sobre su cabeza, mi corona de oro.

Cariñosamente,

Alejandro I, el príncipe de la bata blanca.

Postdatas: 1. Le envió la primera estrella que creó Dios en el Universo. 2. Cuando tiemble, no se asuste, es la tierra que nos está haciendo el amor. 3. ¿Que cuánto mide el pelao?, ¿se refiere a mi altura?, 1.85 cm. Si se refiere a otra cosa, ¿pues que no la midió cuando estábamos dentro del cuadro de El grito? Sí, hasta la tuvo en sus manos, en sus labios y en su... 4. Ahora que ya no siente frío, cambiemos de posición; ahora, usted, súbase encima de mí.

Alejandro I

Coleccionista de Huesos y Gritos

Principado de Kenisia

Pabellón de Traumatología

P r e s e n t e:

Se me acaba de caer la mandíbula, pero voy a hacer de cuenta que la sigo teniendo en el mismo lugar y que no leí todas sus cartas ¿Para qué quiere un huesito mío, si ya tiene el hueso más grande, el del Principado de Kenisia? Y si a eso sumamos que también tiene la costilla completa de la primera princesa, ¡no está sufriendo por la falta de huesos!

Es curioso esto de los apetitos carnales. Hubiera pensado que la “sensualidad” es propia de los hombres libres, pero no de los hombres en cautiverio. Recuerdo mucho un artículo que leí hace poco en el periódico

alemán Süddeutsche Zeitung. Era acerca de los osos panda; el artículo venía acompañado de una imagen donde se mostraba a siete pandas bebés acostados en una cuna. El artículo decía que la vida de un oso panda en la actualidad no era nada fácil, que había muy pocos ejemplares en el mundo, por lo que era de vital importancia la reproducción, pero que esto no era tarea fácil.

El cautiverio disminuía enormemente sus apetitos sexuales. Las hembras casi nunca estaban dispuestas al apareamiento, los pandas tenían el órgano reproductor muy pequeño, lo que dificultaba la actividad vigorosa; además, era necesario que se unieran por largo tiempo para lograr la fecundación. En pocas palabras, necesitaban ayuda. Les daban pastillas potenciadoras, en las ensaladas de fruta que comían a diario y les exhibían películas pornográficas de otros osos pandas. A veces, ni con todo esto se obtenían los resultados deseados, por lo que ya estaban trabajando en la reproducción asistida.

Nosotros no somos osos panda, pero tampoco somos hombres libres, por lo que deberíamos ajustarnos al patrón natural del cautiverio y dejar de lado toda sensualidad.

Usted y yo nos comportamos de una forma extraña; por un lado, nos alejamos del comportamiento natural de los animales presos; pero, por otro lado, nos alejamos también del comportamiento habitual de los seres humanos en el encierro. ¿Qué somos?, ¿personas o bestias salvajes? ¿Necesitamos de Esopo y sus fábulas, para que los animales hablen y nos moralicen?

¿Qué es lo que más detesto? ¡El abuso del poder!

¿Le digo una cosa? La corona de oro está muy grande para mí, la cabeza se me va de lado. Ya bastantes cosas tengo en la cabeza, para cargar, todavía, con el peso de una corona de oro; además, tengo mis dos manos ocupadas; en una, llevo el freno del Caballo de Troya y, en la otra, la primera estrella que creó Dios en el Universo.

El grito:

Notas Jaripeas.

Tengo una confusión de fauna. ¿Quién bailará conmigo? ¿El jinete con cabeza?, ¿el caballo Bucéfalo?, ¿el escorpión?, ¿Alejandro I? Insisto, ¿qué corrido revolucionario bailaremos? ¿La Adelita?, ¿la Valentina?; ¿y si Adelita se fuera con otro?²⁹.

Como el baile ocurrirá durante la noche, téngalo por seguro que se nos pondrá la carne de “gallina” y ¿dónde nos salga un gallo? Si mi vestido es de seda, entonces tendré que usar mis “guantes blancos”.

Keniesita.

Postdata: ¡Me siento como una mezcla de golondrina mensajera y de osa panda!

Golondrina Mensajera y Amazona

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo de la Pasión Desbocada

Escuela de los Esgrimistas

Valle de las Estocadas

Zoológico de los Pandas

P r e s e n t e:

Sus manos han golpeado mi rostro con un guante blanco, eso significa que usted me ha desafiado a un duelo. ¿Rechazarlo? ¡Nunca! ¡Jamás!, pues quedaría deshonrado. Además, sería nuestro primer duelo juntos.

Le prometo que tendremos un duelo por amor y propugnatorio y que no habrá derramamiento de sangre. ¿El arma?, la espada. ¿El área válida?, todo el cuerpo. ¿Nuestros padrinos?, el sudor, la piel y todos nuestros huesos.

Nos puntuaremos al tocarnos. No habrá juez que nos ordene: en garde³⁰, prêts³¹ y allez³². Juntos iniciaremos el duelo. Nos pondremos en la línea, una muy delgada que delimita a los seres mortales de los inmortales. Moriremos un minuto y quedaremos en silencio, pero después resucitaremos y seremos inmortales. Con el mismo ritmo cardíaco, la misma respiración y transpiración, el mismo cuerpo.

No habrá anotador ni cronometrista, solo nuestra naturaleza humana y divina. Juntos, entraremos al Paraíso. Conoceremos la gloria y permaneceremos despiertos en esa bondadosa eternidad de vida. Seremos hombre y mujer, la imagen más hermosa y más extraña de Dios.

El grito:

¿El corrido revolucionario? Será totalmente revolucionado. Segmentado. Y en vivo. Primero, Frank Sinatra, con Strangers in the night; después, Consuelo Velázquez, con Bésame mucho y, al final, Mikis Theodorakis, con la danza de Zorba el griego, la música perfecta que marca el ritmo ascendente del amor.

La primera, la canto yo; la segunda, la canta usted y, ¿la tercera?... la tocamos y la danzamos los dos.

Respecto a la historia de los osos panda:

Cada quien sobrevive con lo que tiene. Usted y yo tenemos en común algo muy poderoso: una imaginación gemela, indestructible, inmortal, eterna, que puede ajustarse a las distintas circunstancias que nos presente la vida. Eso que se está dando entre usted y yo, así, en esa forma tan animal y tan ardiente, únicamente nos pertenece a nosotros, porque nos hemos convertido en dioses; sí, en dioses, con pasiones tan humanas como animales.

Esa locura, ese amor y esa pasión son exclusivos de Kenia Victoria y Alejandro Brunelleschi. Aun reclusos en un sótano. Aun en el encierro, la soledad y el abandono. El destino quiso unirnos, amarrarnos y pegarnos de esa forma, así nos reveló la clave de la supervivencia. Nosotros no necesitamos de asistencia como los osos panda. Además, véame ahora, ¿le parece que mi órgano reproductor es pequeño? Vamos, ¡acérquese! Tómelo en sus manos. Condúzcalo a la intimidad del surco que tiembla emocionado, y no me refiero al nasogeniano o, si lo prefiere, llévelo a su boca, al área gozosa del gusto y el olfato.

Aunque déjeme decirle que yo, como médico, le aclaro que el tamaño del miembro masculino no tiene nada que ver con el desempeño en la actividad amorosa, a no ser que el tamaño afecte las emociones de su poseedor. Un miembro pequeño (que no es mi caso) sabiéndolo usar, es tan eficaz como uno grande (que sí es mi caso).

En los osos panda es diferente, el tamaño sí es un problema, porque ellos necesitan un apareamiento más prolongado y, algo tan pequeño, se puede salir muy pronto, por las intensas sacudidas; además, su figura redonda y perezosa no ayuda en las deliciosas acrobacias de el Kamasutra.

¿Que para qué quiero su hueso? Para generar vida, tal como las golondrinas lo hicieron; además, su hueso es sagrado y precioso.

Se ve hermosa con la corona de oro, no se la quite; es otra cosa la que le pesa en su cabeza.

Si lo que más detesta es el abuso del poder, entonces, embárrele los pañuelos mocosos a todos aquellos hombres que abusan del poder.

Ahora, vaya al río Ganges y sumérjase en sus aguas, así lavará los pañuelos mocosos y, de paso, su conciencia que, aunque está limpia, usted la quiere ver sucia.

*Su locamente enamorado,
Alejandro Brunelleschi.*

Tenía la carta de Kenia en mi mano izquierda y con la derecha me estaba autocomplaciendo. Miré hacia la puerta. Allí, estaba el escorpión. Grande, brillante, con el telsón levantado. Cerré mis ojos, pues quería seguir envuelto en la mágica sensualidad de Kenia, pero no lo hubiera hecho, porque en cuanto lo hice, sentí un pinchazo en mi hueso 207.

«¡Ay cabrón, ya te gustó picarme allí!

No sé si me dormí, aluciné o tuve un viaje astral porque, de pronto, me vi en la habitación de Kenia. Ella parecía una Venus, pero una jamás pintada. Mi corazón dio un vuelco. Estaba recostada, totalmente desnuda y su flor labiada palpitaba susurrándome... *Alejandro.*

Me volví loco y me arrojé a sus brazos; mis labios se estamparon mil veces en su bella cintura. Allí, me perdí. Nos acariciamos el corazón, el alma, los huesos y el Universo giró en torno a nosotros, sin lastimar un solo dedo de la ciencia y la religión. Gemimos despacio y en silencio. Nos abrimos mutuamente las puertas del conocimiento.

Vimos juntos la primera estrella que Dios creó en el Universo y la abordamos; allí, estaban todos los amantes que se mencionan a lo largo de la historia: Romeo y Julieta, el Rey Salomón y la Reina de Saba, Cleopatra y Marco Antonio, Helena y Paris, Tristán e Isolda, Lancelot y la Reina Ginebra, Francesca da Rimini y Paolo Malatesta.

Tomé la mano de Kenia y caminamos entre ellos, envueltos en una llamarada de fuego. Nos miramos a los ojos. Ocupamos el mismo lugar en el espacio. Vibramos juntos en cada onda de luz. Tocamos todos los astros y dejamos nuestras huellas dactilares impresas, tan sudorosas y tan intensas, como únicos testigos de nuestro gran amor.

Alejandro I y Coleccionista de Huesos

Dr. Honoris Causa por la Universidad de la Victoria

Capitán de los Mosqueteros

Principado Superdotado de Kenisia

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Acabo de regresar del río Ganges, por lo tanto, le regalo para su colección los veintisiete huesos de mi mano, ¿ya los vio? Asimismo, le vuelvo a recordar que ya tiene un costillar completo, el de la KGB. Por otra parte, yo también soy costilla de otro. ¿Y si Adelita se fuera con otro?²³ ¡Sería Infiel! Por infidelidad han lapidado a miles de mujeres en todo el mundo; por infidelidad, muchas mujeres terminaron en la hoguera pero, antes, sufrieron de insomnio, de dolores de cabeza, del acoso de los dedos y hasta de enfermedades venéreas.

El jinete con cabeza, ¿no tiene miedo de perder la cabeza?

¡Ah, mi querido D'Artagnan!, se le fue la mano con la espada y las estocadas. Con solo dos o tres movimientos oscilantes y trepidatorios, me dejó fuera de combate. Apenas pude levantar mis cinco dedos de la mano, para atorar entre ellos el freno del jinete con cabeza. Y no solo eso, sino que nuestros padrinos de honor (¿o de deshonor?) lo vieron todo. Frank Sinatra no hacía más que repetir dubi dubi duuu, ¿barítono y monótono, verdad? Consuelito Velázquez, toda ruborizada, anotaba en su cuaderno pautado la cantidad de besos que presencié, los marcaba con la clave de sol —por agudos y ardientes—. Mikis Theodorakis tocaba con su bouzouki, la danza de Zorba el Griego, pero le imprimía mayor velocidad, para acabar pronto con tan bochornosa escena de duelo.

Después de todo este embrollo, me queda un solo consuelo, que aquella revolución orquestada por el Príncipe de la bata blanca, en Kenisia y a caballo, sucedió solo en su imaginación, más no en la mía; al menos, en esa forma tan..., no.

Kenia Victoria.

Postdatas: 1. Me quedé con un pañuelo mocososo y se lo voy a embarrar a usted y no porque sea un abusador del poder, sino por sonsacador y seductor de golondrinas mensajeras. 2. Ni con todos los mocos del mundo me alcanzaría para embarrar a todos los sujetos que abusan del poder; además, muchos de ellos están más gordos que los cerdos.

²⁴ José Gorostiza, Inicio del Poema *Muerte sin fin*.

²⁵ Elegía a Ramón Sijé, Miguel Hernández.

²⁶ En el lenguaje coloquial mexicano, se utiliza con frecuencia el término “mallugar”, aunque el término correcto sea “magullar”.

²⁷ Perro del inframundo.

²⁸ Fragmento de la canción *La Adelita*.

²⁹ Fragmento de canción popular *La Adelita*.

³⁰ En guardia.

31 Listos.

32 Adelante.

33 Fragmento de la canción *La Adelita*.

CAPÍTULO 21: EL SAPO Y LA INGRATA

Sra. Keniesita Hada

Dedo índice de Fuego

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo de los Baldazos de Agua Fría

Valle de los platos rotos

P r e s e n t e:

Muy Distinguida, Apreciada y Respetadísima Señora Mía.

Aquí la metamorfosis sucedió a la inversa.

Fue el sapo el que —muy brevemente— se convirtió en príncipe, solo para, inmediatamente, volver a ser sapo.

¿Conclusión?

Que todo lo que sucedió en la cálida y sensual noche de Kenisia, hoy palmo de narices frías, ocurrió solo en mi imaginación, mas no en la suya.

Aquí no pasó nada. Yo jamás crucé esa puerta, los griegos jamás asediaron Troya.

Regresa todo a la normalidad; los osos pandas conservan su pereza sexual. El cinturón de castidad jamás le ha sido removido. Me pregunta que si el jinete con cabeza, ¿no tiene miedo de perder la cabeza? No, porque mi cabeza está donde mi corazón.

Reflexiones sobre el punto:

Señora, entiéndalo de una vez por todas, lo que usted sienta conmigo y por mí, no la hace una mujer adúltera y le vuelvo a repetir que: mis sentimientos son reales y sinceros y me mantienen vivo y en pleno uso de mis facultades mentales; pero, si usted quiere quitármelos, hágalo y bórrese de mi vida. ¡Usted sabe cómo hacerlo! Quédese sola y déjeme solo, que tarde o temprano estaremos de nuevo juntos, pero con “la putilla del rubor helado”. Sí, la de José Gorostiza. Aquella que lo acecha y enamora con su ojo lánguido.

A mí no se me fue la mano con la espada; si acaso, a usted, que fue la última que la empuñó. Me atravesó el corazón sin hacer escala. Apuntó

directo, la enterró y caí muerto. Espero, al menos, poder descansar en paz.

“¡Tan–tan! ¿Quién es? Es el diablo, es una muerte de hormigas, incansables, que pululan. ¡Oh, Dios! sobre tus astillas, que acaso te han muerto allá, siglos de edades arriba”³⁴.

Alejandro Brunelleschi.

Postdata: ¡Si los mocos son suyos, no me importa que me los embarre!

Alejandro I y Dios Griego

Dr. Honoris Causa por la Universidad de la Victoria

Principado de Kenisia

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

¿Quién diablos es usted, que se atrevió a llamarme sapo? Perdón, majestuosa deidad griega que desciende en el ocaso, cuando hay miles de estrellas, que apunta directo, dispara y todas se caen muertas. Será usted, muy dios, pero muy poco caballero. Sus brazos de dios del Olimpo son muy grandes y muy fuertes para mis horribles extremidades de sapo anorético.

Claro está, ¿cómo llamar de otra manera a quien vive entre la basura, los animales y la materia fecal? Pero si yo soy un sapo, ¿por qué entonces usted me llamó golondrina mensajera? ¿Acaso soy la mensajera de los sapos, los mocos y la podredumbre? De seguro me llamó sapo, porque se dio cuenta de que estoy reglando y estoy toda inflamada de la barriga.

Me pregunto si los demás sapos, mis compañeros, ¿se sienten igual de cucarachas como yo me siento ahora?

¡Es usted un desgraciado!

Kenia.

Golondrina Mensajera

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo de los Genios y Figuras

Valle de las Diosas Encolerizadas

P r e s e n t e:

Debajo de un petate y librando una serie de chanclos, pedradas y pañuelos con mocós, agito unos calzones blancos, en señal de armisticio (¿al menos, temporal?).

Señora, por favor, cálmese y escúcheme; yo jamás la llamé sapo, ni siquiera me atrevería a hacerlo. Ha leído usted muy mal e interpretado, lo que leyó, todavía peor.

La fábula del sapo (masculino) que se convierte en príncipe (masculino), para volver a ser sapo (masculino), se refería a un idealista varón=hombre, que suponía que había sido envuelto en la mágica sensualidad de una diosa, la cual —por solo una noche— generosa e inusitadamente, le había concedido la deliciosa calidez de sus favores celestiales; los que, únicamente, cuando se abordan las estrellas, —rarísima ocasión para sucederse en el fugaz transcurso de la vida de un mortal— acontece.

El sujeto en cuestión —el sapo, que ingenuamente creyó ser príncipe, por obra y gracia de una inalcanzable diosa, que él creyó que así ella lo hacía sentir— volvió a ser sapo —lo que, en realidad, era—, cuando la diosa —tan fríamente le señaló, índice de fuego, la terrible verdad: que todo había sido producto de su malsana imaginación, destrozándole así un momento que —para el sapo— bien valía toda una vida.

Por si las dudas persisten, prosigo:

Sapo = Alejandro (yo).

Diosa = Kenia Victoria (usted).

¿Dé dónde sacó que yo sería capaz de llamarle de una manera tan irrespetuosa? De lo demás que usted me escribe, ya mejor me callo y por ello permanezco en silencio.

Tiene usted toda la razón, un hombre que cae en desgracia como yo, es un desgraciado.

Alejandro Brunelleschi.

Alejandro I

Príncipe de Kenisia

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo de los Actos de Contrición

Caballero de las Órdenes “Rosa de la Victoria” y “Orquídea de Kenisia”

P r e s e n t e:

¡Ahora sí que la diosa está que se cae de pena y tristeza!

Señor Mío, quiero pedirle una sentida disculpa. Me equivoqué en toda la gordura de un sapo, ya ve que no soy dueña de tanta viveza y perspicacia. Si yo me adjudiqué el papel del sapo, es porque así me siento. Vivo en medio de la podredumbre, lucho a diario no solo con el encierro, la soledad y el abandono, sino también con mi conciencia y otras miserias humanas.

Siento que nací en una prisión eterna, en un lugar profundo y desconocido, donde solo se ven sombras de la realidad. Un oscuro sótano donde se intercambia la moral, por la supervivencia. Los hombres miran el cielo y se ilumina su cabeza. El cielo mira a los hombres y se ilumina su corazón. Entre muchos ojos que miran y uno solo que observa, está el misterio de la vida. En el corazón y la razón está la síntesis del hombre, en el alma y el espíritu, está un fragmento de Dios.

Cuando callan los hombres, los animales hablan, y cuando callan ambos, habla Dios. El silencio es una sonata de Dios.

Keniesita.

Sra. Keniesita Hada

Golondrina Mensajera del Imperio Feliz

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca de las más Hermosas Tribulaciones

P r e s e n t e:

Muy Distinguida, Apreciada y Respetadísima Señora Mía:

Le reitero que el término MÍA es únicamente de protocolo epistolar, no tiene ninguna connotación de intimación o propiedad y lo hago así, por los ocho huesos del carpo, los cinco metacarpianos y las catorce falanges, que en su bendita mano, le pusieron un alto al jinete con cabeza.

Su mano, aunque pequeña, la vislumbré a la distancia. Pero mi caballo ya venía desbocado y aunque lo paré en seco, se barrió, dejando una profunda huella de sus pisadas por todo el imperio feliz.

¡Ay, señora!, si tuviera ahora mismo una botella de tequila, palabra que me tomaría hasta la última gota. No cabe duda de que la tristeza tiene el mismo efecto que la embriaguez: este oscuro sótano me parece una cantina. El alcohol me está nublando la razón, pero me está soltando la lengua. ¡Si mi señora supiera que yo me dejé morir por algunos días, para que ella

viviera! Pero mejor me callo, no es de hombres echarle en cara a una mujer lo que se hace por ella.

¿Con qué me quedo?

Con el recuerdo de aquella noche en la que abordamos juntos la primera estrella que creó Dios en el Universo y nos reconocimos como lo que somos.

No la molesto más, quédese en la habitación de junto y siga siendo esa hermosa diosa, que, al besarme, me convirtió en príncipe y, al amarme, me hizo inmortal; aunque, después, me hiriera de muerte, cuando se arrepintiera y yo volviera a ser sapo.

Alzo mi copa, la miro a los ojos y como el inmortal José Alfredo Jiménez dijera, me quedo haciendo “el último brindis de un bohemio con una reina”³⁵.

Alejandro Brunelleschi.

Postdata: Le pido un último favor, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez.

Kenia me había dejado embarrado en el suelo, como un sapo, llevábamos varios días sin escribirnos, ignorándonos por completo. Yo la echaba mucho de menos, pues para mí no fue fácil dejar de ser un príncipe para convertirme en un horrible sapo, pero los sapos también tenemos sentimientos y los míos estaban heridos.

Tenía ganas de estar en Xochimilco, para pedirle a aquel mariachi que me cantara *Ella*, pues ahora sí existía una ingrata en mi vida.

¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaajajajayyyyyyyyyyyy! ¡Qué triste estoy, verdad de Dios!

¡Oh, Kenia, si supieras que me estoy muriendo por escribirte, pero antes me muerdo la mano que hacerlo! ¡Debo seguir en mi posición de silencio total!

¡Chingado! ¡Mira, cómo me tienes! Siquiera... ¿te acuerdas de mí? ¿Me extrañas?

“Ya no quiso escucharme, si sus labios se abrieron fue pa’ decirme: Ya no te quiero...”.

«¿De verdad, ya no me quieres?»...

—¿Quién ya no lo quiere, doctor?

Sin darme cuenta, Joel había entrado a la habitación y me había cachado hablando solo.

—Nadie, solo estaba recitando un fragmento de un poema.

—¿No pudiera recitarlo otra vez? Es que me gustan muchos los poemas y no alcancé a escucharlo todo.

—¡Está bien Joel! —titubeando un poco, traté de componer un verso.

¿De verdad, ya no me quieres?

se lo diré a las flores,

para que muden sus hojas

y me digan si me quieres o no me quieres.

—¿Te gustó?

—Sí, está muy bonito, ¿por qué no se lo envía a Kenia en una carta?

—Kenia y yo ya no nos escribimos.

—Si ya no se escriben, entonces, ¿por qué Kenia le escribió una carta?

—¿Kenia me escribió una carta?

—¡Sí, ésta!

El niño me mostró una pequeña carta y mi corazón saltó de alegría.

—¡Por favor, Joel, dame la carta para leerla!

—Aquí la tiene.

Joel me extendió la carta y yo comencé a leerla, con ansiedad:

“Príncipe Alejandro I, creación de Oscar Wilde y a quien yo contaba, ya, entre mis poquitísimos amigos. Le pido, por favor, que me regrese mi par de alas, porque quiero volver a ser su golondrina mensajera.

¡Ay doctor!, ¿por qué me canta Ella?, si el que ya no quiso escucharme, fue otro”.

—¡Ahhh, vaya! ¡Kenia me quiere devolver la dignidad de Príncipe!

Joel me miró fijamente y luego me preguntó:

—Doctor Alejandro, ¿usted es un príncipe?

—No, Joel, yo no soy un príncipe, sino un sapo.

El niño me miró sin comprender mis palabras.

—Pero, no te asustes, porque los sapos y las ranas también nos convertimos en príncipes, cuando alguien nos ama.

Joel sonrió y me preguntó:

—¿En qué país?

—¿En qué país, qué?

—¿En qué país los sapos y las ranas se convierten en príncipes cuando alguien los ama?

—En un país que está aquí —le señalé mi corazón.

—¿Y cómo se llama ese país?

—Tiene muchos nombres: El imperio feliz, El sótano de las golondrinas, Ciudad Kenisia y ¡croac!, ¡croac!, ¡croac!, ¡croac!, pues la luna te lo dirá³⁶.

—Ahora mismo saldré a ver la luna, para que me lo diga —dijo el niño, al tiempo que abría la puerta y salía de la habitación.

Yo me quedé endiosado, mirando la carta de Kenia, solo pensaba en ese maravilloso mundo que juntos habíamos creado y hasta volví a ser papá de Anita, eso lo celebró Joel:

“La luna garapiñada

quitando estrellas

salió a brillar.
Solita, redonda y bella
con luz de nacar pa' regalar.

Los Gnomos están de fiesta
a la floresta van a bailar.
Los Grillos con sus violines
tocan y tocan sin descansar.

Ranita, dime cómo
puedo encontrar al Gnomo.
Tal vez será su casa
aquella gran calabaza.
Ranita, dime cómo
puedo encontrar al Gnomo
¡Croac, croac! ¡Croac, croac!
¡Pues la Luna te lo dirá!

La noches de plenilunio
a campo abierto serán así:
calientes si son de junio
y fresquecitas si son de abril.
La Luna ya está muy alta
parece plata con fondo azul,
y el Gnomo de blanca barba
quiere bajarla con un bambú.
Ranita, dime cómo
puedo encontrar al Gnomo.
Tal vez no esté muy lejos,
bailando con los conejos.
Ranita, dime cómo
puedo encontrar al Gnomo.
¡Croac, croac! ¡Croac, croac!
¡pues la Luna te lo dirá!³⁷

Desperté lleno de erupciones en las mejillas, el tronco y las extremidades. Sentía mucha comezón. Me dolían todas las articulaciones. Presentaba un cuadro febril. Me di cuenta de que ese eritema infeccioso, lo teníamos todos en esa cabaña, porque escuchaba los gritos y

maldiciones de Servando y Ernesto, que cuando deliraban veían sapos y ranas que los sodomizaban y hasta nos insultaban a Kenia y a mí por ello:

—¡Malditas ranas suelten ese pinche palo, déjenme en paz!

—¡Méndigos sapos puñales, lárguense de aquí, vayan a chingarle su madre a la puta de Kenia y al medicucho pendejete ese, ellos son los culpables de todo!

Marcos chillaba como un roedor y luego irrumpía en mi habitación con unas yerbas pestilentes para que lo curara. Kenia tosía, estornudaba y alucinaba con ranas que tocaban el violín:

—¡Vamos ranitas chulas, tóquenme *La vie en rose*!

«¡Oh, vida mía, hasta tus delirios son hermosos!».

Joel gemía y lloraba y en sus fantasías febriles veía a su mamá y a Kenia que se iban volando y lo dejaban solo.

—¡Mamá, mamita, Kenia, no se vayan, bájense del globo!

Yo no era la excepción, también tenía fiebres muy altas y deliraba, pero debo admitir que, por lo menos, en esos diez días que todos estuvimos enfermos, descansé de la tortura física y mental de Servando y Ernesto, mas no hubiera llegado el onceavo día, porque todo volvió a ser lo mismo. Se presentaron los dos tipejos en mi habitación, accionaron una campana y luego gritaron simultáneamente:

—¡Nos contagiaste maldito y nos la vas a pagar!

Se me dejaron ir a golpes y puñetazos, me patearon hasta que se cansaron. Me azotaron infinidad de veces. Esos sujetos ponían a prueba el límite de mi resistencia y solo me salvó el hecho de que, al estar convalecientes, no tenían tanta fuerza y energía para seguirme golpeando; así que, jadeando y bañados en sudor, abandonaron mi pieza.

³⁴ Metáfora de la muerte(*Muerte sin fin*, José Gorostiza)

³⁵ Ella, José Alfredo Jiménez.

³⁶ *Lunada*, Francisco Gabilondo Soler.

³⁷ *Lunada*, Francisco Gabilondo Soler

CAPÍTULO 22: EROMANTICISMO

Sra. Keniesita Hada

Golondrina Mensajera del Imperio Feliz

Principado de Kenisia

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo del Regreso de las Diosas

Valle de la Resurrección de los Sapos

P r e s e n t e:

Señora (¿alguna vez?) Mía:

A través de este medio, me permito dirigirme a Vuestra Excelencia, para saber cómo sigue de salud; la he escuchado toser, estornudar y delirar; supongo, también, que tiene dolor de huesos, picor y escozor en la garganta, ojos llorosos y escurrimiento nasal.

Y, por si fuera poco, está toda llena de sarpullido y tiene herpes labial. Le confieso que yo también estoy igual, quizás la contagié cuando la besé mucho. Le recomiendo que guarde reposo absoluto y que procure tomar mucha agua. Si consigue un limoncito, aplíquese unas gotas en los labios, y cómase el resto, le ayudará bastante con su problema de la gripe y el fuego labial.

En su último mensaje, el de la paloma mensajera, usted dijo que ya me contaba entre sus poquitísimos amigos; ¿en realidad tiene claro el concepto de un amigo? ¿Amigos, usted y yo? Nunca. Jamás.

Le pido a Vuestra Excelencia que mejor me piense y me reconozca como lo que fuimos aquel día, en el que abordamos juntos la primera estrella que creó Dios en el Universo.

Suyo en el infinito,

Alejandro I, el príncipe de la bata blanca.

Postdata: Si le regreso su par de alas, ¿me promete que ya no se va a escandalizar por nada y que ya no me embarrará de mocos?

Alejandro I

Doctor Honoris Causa de mi Locura

*Principado de Kenisia
Comarca del Sótano de las Golondrinas
Señor del País del Nunca Jamás “Neverland”
P r e s e n t e:*

Señor (¿completamente?, ¿medio?, ¿un poco?, ¿nada?, ¿nunca?, ¿jamás?) Mío:

Después de una perniciosa influenza, tipo moral, de la que fui posesa, producto, tal vez, de mi desgastado espíritu sensible y soñador. Si a esto le sumamos una fábula de sapos y una (ni tan) graciosa huida de mi Príncipe de la bata blanca; pese a todo esto, aún brilla el sol ¡y de qué forma!, en el esplendor de sus palabras. Eso debe bastarme para ser feliz, aun cuando las golondrinas todavía están en el sótano, ¡qué importa ya que a los lobos les hayan crecido el hocico y las orejas y se hayan tatuado calaveras en los brazos!

Antes de hacerle un feliz anuncio, déjeme abrir un paréntesis para recordarle que usted fue el primero en mencionar la palabra “amigo” (hoy casi mentada de madre³⁸), cuando todavía éramos amigos, sí, específicamente cuando... “...hubo un día en que tu amigo estuvo sosteniendo el mismo cuadro por espacio de varias horas y nadie quería comprarlo; estaba tan acalambrado, que terminé comprándolo yo mismo”.

Entonces, ¿somos o no somos amigos? A juzgar por lo anterior, detrás de ese amigo estaba el doctor Alejandro Brunelleschi, por lo tanto, eso del país de “Nunca Jamás” ya no es tan válido. El adjetivo que preceda o anteceda a la palabra “amigos” es la única que puede marcar una diferencia. Por ejemplo “amigos imaginarios”, que son aquellos amigos que teníamos cuando éramos niños y que nadie podía ver, solo nosotros; si debo citar un ejemplo, pudiera ser el caso del duendecillo Pumuckl³⁹ y el maestro carpintero Eder. Pumuckl es invisible para todo el mundo, excepto para el maestro Eder, aunque Eder no es ningún niño, lo que significa que los amigos imaginarios también pueden ser amigos de los adultos. Pero... ¿qué adulto es capaz de reconocer que tiene un amigo imaginario, sin importarle que lo tachen de loco?

“Amigos por correspondencia” son aquellos que se mantienen unidos, a través del intercambio epistolar; sí, tal como lo hacemos usted y yo ahora. Ejemplos hay muchos, pero viene a mi mente las cartas de Séneca⁴⁰ a Lucilio; si bien es cierto, que muchos dudan de la existencia de Lucilio, no

dejan de ser cartas que mantienen unidos y en pleno uso de sus facultades mentales a remitente y destinatario, sin importar si ambos son uno mismo.

“Amigos con derechos”, amistad con derechos afectivos o amistad con derechos sexuales que se distinguen por llevar el estandarte de: “¡Prohibido enamorarse!”. Este tipo de amistad se lleva a cabo bajo condiciones estipuladas por los propios “amigos”. Ejemplos hay muchos, no voy a dar nombres y menos apellidos, porque normalmente son relaciones muy discretas y no aceptadas del todo por la sociedad.

“Amigos para siempre”, cómo decir estas palabras, sin recordar los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 y la bella voz de Sara Brightman y José Carreras, “Amigos para siempre, means you’ll always be my friend, amics per Sempre, means a love that cannot end, friends for life, not just a summer or a spring, amigos para siempre”.

“Mejores amigos”, aquí estamos hablando de una muestra selecta de amistad, lo que vendría a ser en calidad amistosa, la Organización Internacional de Normalización (ISO). ¿Por qué hay amigos que tienen la distinción o certificación de ser los mejores amigos?, porque se leyeron completo el manual de la amistad y lo siguen al pie de la letra.

“Medio amigos o amigos a la mitad”, ¿qué significa esto? Que uno es amigo y el otro o no lo es o lo niega, tal como Pedro negó a Jesús. Aquí, también pongo el ejemplo de nosotros, porque yo digo que somos amigos y usted lo niega.

Los amigos de verdad, aquellos que son para siempre, están contados y, en muy pocas ocasiones se da entre un hombre y una mujer heterosexual. También es cierto que, en una amistad fraterna, no existe (**E**romanticismo). Los amigos de verdad, son los que definen de manera más perfecta y más hermosa lo que es “Amistad”. Un ejemplo de ello pudiera ser su relación con Bucéfalo. ¿Qué hacemos nosotros por estos amigos? Yo, a los 17 años me rapé completamente el cabello, por solidaridad con un amiga que tenía cáncer. Me dejé crecer el cabello hasta los 21(cuando ella se fue).

Cierro el paréntesis de la amistad y abro el de la felicidad.

El día de mañana le será enviado el set real del Príncipe de la Victoria, mismo que vendrá acompañado de suaves caricias, propinadas por mis lindas y delicadas manos. Por eso, cuando usted lo ponga en su mano y en su pecho, sentirá mis suaves caricias. Esto habrá de curar las heridas que le infligieron esos malvados. Por lo pronto, hoy le envío un barquito de papel, es un regalo para aquel amigo mío que trabajó hace algunos años como

modelo de cuadros y mozo en los Países Bajos. Con ese barquito, él podrá navegar conmigo por los canales de Ámsterdam, la romántica Venecia del norte.

Su golondrina mensajera se siente tan débil que, a veces, piensa que se ha convertido en una partícula de polvo; pero, aun así, quiere de nuevo su par de alitas; le promete que ya no se va a escandalizar por nada, porque está dispuesta a todo. Sí, escuchó bien, a todo.

Con amor, Kenia.

Golondrina Keniesita Hada

Reina y Madre de las Auroras Boreales

Dueña y Señora de Vidas y Destinos

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo de los Sueños Inmortales

Valle de los Barquitos de Papel

P r e s e n t e:

*Muy Señora **Mía**:*

(Con título de propiedad otorgado por las hadas).

Del mismo modo que el Señor Príncipe lo es de usted, su forma posesiva de la tercera persona del singular que indica relación de pertenencia, “suyo”, privativo, exclusivo, posesión privada, no trespassing, off limits, se reserva derecho de admisión, d’ nessun altra, vietato. Propiedad única que cuenta hasta con título de propiedad, tiene derecho legal de poseerme, ocuparme y disfrutarme; solamente le pido que no me vaya a vender o regalar.

SÍ, CON LETRAS MAYÚSCULAS.

¿Que por qué?

Porque hay momentos y eventos en la vida que no requieren explicación. Hacerlo sería la absurda falta de respeto al más elemental sentido común que neurona cualquiera pudiera comprender.

***Lo primero.** ¿Ha desaparecido por completo su influencia de tipo moral? Esa que le arranca pedazos a la conciencia, pero que la tumba en la cama. Espero que sí, de lo contrario, me veré obligado a aplicarle una nueva dosis de intravenosas; usted ya sabe en cuál región suya —y mía—. La más abundante y la más hermosa.*

Lo segundo. Lo admito. Lo reconozco. “Sí, escribí la palabra amigo”. PERO, con mayúscula. En la asombrosa puntualidad de su cita, usted, tan brillantemente objetiva, omitió considerar lo subjetivo.

Que el tiempo, el gigante de largas barbas —cuando se le escapan los duendes traviesos, comandados por Pumuckl— madura, modela, acerca, complica (de complicidad), colorea, ilumina e intimiza a las almas errantes que en un infinito universo de incesante búsqueda, al tiempo de suponer todo perdido e, irremediablemente, sentir que se cae en un interminable, oscuro y espiral abismo, en un paraje solitario de su vida —usualmente, el menos esperado—, se topa con la mágica y mística presencia de quien le vuelve la vista a los ojos, el tacto al corazón, la sensibilidad a la piel y la inmortalidad a la imaginación.

Eso, Señora Mía, (sí Mía y Requetemía) es lo que —en su génesis— aún no terminaba de crearse.

A su conclusión, una vez ya conformado el caprichoso hechizo, el término “amigo” (excelente su disertación del tema, por cierto) que utilicé por lo ya expuesto, resultó terrible y vigorosamente prescrito, proscrito, derogado y obsoleto. Si busca un nombre o una definición para lo que somos, aquí la tiene: **AMANTES**.

¿Quiere que se lo grite? ¡No me importa que me oigan y que por ello me maten! Somos amantes; reales, universales, transcontinentales, transatlánticos, transoceánicos, transgalácticos, espirituales, materiales, platónicos, imaginarios, transunidos, trastocados, trasladados, extrasensoriales. Lancelot y la Reina Ginebra, Francesca da Rimini y Paolo Malatesta, Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, Salomón y la Reina de Saba, Cleopatra y Marco Antonio, Helena y Paris, Inés Castro y Pedro I de Portugal, Kenia Victoria y Alejandro Brunelleschi. **¿Por qué?**

Por mandato del destino. (Punto —por si no lo vio—). Si después de esta afirmación, usted (bofetada de por medio —ouch—) desea mandarme aún el set real, antes de hacerlo, déjeme ponerle una condición y ofrecerle una promesa:

1.- Condición:

Que además de las caricias prometidas, lo llene de besos tiernos, inocentes, amorosos, sensuales, acuáticos, pasionales; que ardan en nuestros labios, al suave universo del tacto y el olfato y que después hagamos un ritual de amor en él. Luego, nos iríamos de luna de miel en un barco de papel. Por eso, le pido que le quite el nombre al barco de la amistad y le

ponga el crucero del amor y que baje, inmediatamente, a su amigo “el modelo de cuadros y mozo del camping” y suba a su Príncipe de la bata blanca.

2.- Promesa:

Que de recibir el set real bordado en amor, éste permanecerá a mi lado, hasta el día en que sea convidado al gran banquete de la vida eterna y que si bien me va, será solamente como mozo —al fin que ya le sé a eso de las mocedades—.

Señora Mía, ¿se siente tan débil que cree que se ha convertido en una partícula de polvo? ¿Sabía usted que las auroras polares son provocadas por una emisión de moléculas provenientes del sol, que si las observamos desde el punto de vista energético, serían más débiles que las otras emisiones solares; sin embargo, son capaces, así de tenues y delicadas, de producir el más hermoso fenómeno de luminosidad? ¿Puede imaginarse lo que pudiera hacer la reina y madre de las auroras boreales y australes?

Le lleno de caricias y besos.

(Permitidos y... prohibidos. Lícitos e... ilícitos).

Piéñeme,

Alejandro Brunelleschi.

Estaba haciendo mucho frío, el viento soplaba con ímpetu y entraba por los agujeros de la cabaña.

La carta de Marco se movía lúgubrementemente en el techo, tuve miedo de que se cayera al suelo y Servando cumpliera su amenaza. Un gran estruendo me hizo sobresaltarme. Comenzó a granizar.

«¡Ojalá esa bolas de hielo derribaran esta cabaña inmunda!».

Escuché el rechinado de la puerta. Era Joel que había entrado a la habitación. Llevaba en sus manos una caja y una carta.

—Doctor, le traigo un regalo de parte de Kenia.

Al escuchar el nombre Kenia, las mariposas revolotearon en mi corazón.

—¡Muchas gracias, Joel! —dije con alegría, mientras tomaba los obsequios.

El niño me miró fijamente y luego me preguntó:

—Doctor, ¿usted sabe qué son los cebollones?

—¿Los cebollones? Supongo que son unas cebollas grandes.

—No, son como unas montañitas o ronchas que les salen a algunas personas cuando tienen frío.

—¡Ahhh, ya sé a qué te refieres! Se les llama sabañones, los médicos les decimos eritema pernio, pero ¿por qué la pregunta? Acaso, ¿tú tienes un sabañón?

—No, yo no tengo ninguno, la que tiene es Kenia.

—¿Kenia tiene un sabañón? ¿En dónde lo tiene?

—¡Pues en toda la cara!

—¿La tiene inflamada?

—No, solo roja.

—¿Y cómo sabes que lo que tiene Kenia es un sabañón?

—Porque ella me lo dijo.

—Pero... ¿de repente se puso roja o ya estaba roja cuando la viste?

—¡De repente, se puso roja!

—Pudo haber sido por vergüenza o coraje, las personas también se ponen rojas por estos motivos.

—Lo más seguro es que haya sido por vergüenza.

—Pues, ¿de qué estaban hablando?

—¡Ahhhh...! —titubeó— no lo recuerdo.

—¡Me estás mintiendo!

—Es que no puedo decirle de qué estábamos hablando.

—Sabes una cosa, Joel, aunque me muero por saber de qué estabas hablando con Kenia, celebro y aplaudo tu lealtad con ella.

—¿Qué es lealtad?

—La lealtad es una virtud que se comienza aquí —le señalé mi cabeza— en la conciencia y consiste en cumplir un compromiso, aun en situaciones difíciles. Es como una obligación moral que tiene que ver con el amor y el agradecimiento, para con la pareja, los amigos o los demás. Lo contrario a la lealtad es la traición.

—¡Ahhhh, ahora lo entiendo mejor! La lealtad es serle fiel a las personas, así como los perros les son fieles a sus amos.

—¡Eso mero, tu sí sabes!

Un relámpago iluminó la habitación y luego se escuchó el estrépito. Joel brincó y corrió a sentarse a mi lado. Fijó su mirada en el techo y luego mostró extrañeza.

—¿Por qué está la carta de Marco clavada en el techo?

—¡Shhhhh! —le impuse silencio— no preguntes por qué y no se lo menciones a nadie. Yo no la puse allí y quien la puso dijo que si lo mencionábamos, nos haría algo muy malo a todos.

—¡Mi papá la puso!, ¿verdad? —exclamó Joel, con preocupación.

—Sí, pero no hablemos ello, charlemos mejor de otra cosa.

El niño bajó su mirada y dijo:

—Ya me voy doctor, lo dejo solito para que pueda leer la carta de Kenia y abrir su regalo.

—¡Muchas Gracias, Joel, y te felicito por tu lealtad!

El niño sonrió y se marchó. Yo Abrí la caja y conforme veía y veía el contenido de lo que se me enviaba, explotaba de amor por Kenia.

Dr. Alejandro I

Mitad del Alma Mía

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Aquí tiene en sus manos un pedacito del tesoro de Moctezuma; éste no fue encontrado en el fondo del mar ni tampoco fue abandonado en un lago, durante la noche triste. Esta riqueza me pertenecía; de allí que, con una llave mágica, abrí el cofre de oro y lo cambié a un arca más hermosa: “La del Amor profundo”.

¿En qué consiste el tesoro?

Un cetro de oro, que es una mazorca de maíz erecta.

Mi medalla de María Inmaculada.

Una golondrina de papel.

¿El tesoro tiene algún simbolismo?

Sí.

El cetro: Es el emblema del poder supremo y bondadoso, “en realidad son las manos, las que mueven al mundo”.

La medalla: Es mi reconocimiento y gratitud hacia usted, por hacer del sótano de las golondrinas un imperio feliz. También es mi corazón que palpita junto al suyo y mi forma de hacerle compañía.

La Golondrina de papel: representa la vida, la pasión, el amor, la confianza, el testimonio de nuestras palabras.

Esta noche de luna llena, me pongo de rodillas y preparo mi embriaguez ritual. Le pido que hagamos juntos el rito de consagración. Levante su copa y míreme a los ojos, olvídense de mis ojeras y mis arrugas: brindemos por la amistad, aquella que une a los seres humanos de una manera hermosa; brindemos por la alegría, aquella que proviene de compartir cosas con valor eterno; brindemos por el amor, aquel que brota del corazón y nos contacta con las fuentes espirituales de la vida; brindemos por el cariño, aquel hermoso afecto que nos permite consentir, cuidar y conservar a las personas.

¡Salud, Señor Príncipe!

El grito en el crucero del amor:

El mozo del camping ve alejarse al crucero del amor. Arriba está la Venus de Botticelli; desnuda. Se encuentra parada sobre una hermosa concha de mar. Espera a su Príncipe de la Bata Blanca. Acaba de llegar a la costa, empujada por el viento y la brisa. Desciende. Sus pies tocan la arena. Cae del cielo una lluvia de flores. Un pétalo le roza su seno izquierdo. Las perlas se ponen erectas. Esperan la suave caricia de un “dedo magno”.

Kenia Victoria.

Me puse la medalla de María Inmaculada en el cuello, la efigie quedaba justo a la altura de mi corazón. Tomé la golondrina de papel y la cubrí de besos. Levanté en alto el cetro dorado y erecto, miré mi entrepierna y me di cuenta de que mi mazorca estaba igual. La acaricié con arrebató y pensé en mi hermosa Venus desnuda.

Miré hacia la puerta. Allí estaba nuevamente el escorpión dorado. Llevaba el telsón muy levantado. Cerré de inmediato mis ojos y esperé el pinchazo. Cuando me inoculó con su veneno, vi un torbellino de fuego que me envolvía; entonces, escuché una voz muy seductora, que me susurraba en el oído: “Hay dos formas de alcanzarme; el camino de los besos y el camino de la imaginación. Pero hay una jerarquía; los besos solos no funcionan”⁴¹.

Abrí los ojos y vi a Kenia; me sacudí como un terremoto de gran magnitud. La tomé entre mis brazos. La besé interminablemente. Ella me correspondió con besos que viajaban en el tiempo y la distancia, por todo mi cuerpo. Allí, vi al beso que viene rodando desde el principio del mundo a mi boca, por sus labios⁴².

La Venus acarició mi piel, al ciento por ciento; fueron sus manos las que me condujeron al cielo. Allí nací de nuevo. Ella se repegó en la puerta y me mostró el camino correcto. Yo la embestí con fuerza y le acaricié todas sus entrañas. Las golondrinas se aparearon desenfrenadamente y nosotros morimos por un segundo y quedamos en silencio; después, resucitamos y fuimos inmortales, con el mismo ritmo cardíaco, la misma respiración y transpiración, el mismo cuerpo.

Vimos un extraño resplandor que salía de un agujero. Escuchamos el llanto de un bebé, recién nacido. Nuestras bocas se reencontraron de nuevo y ya no se soltaron. La besé en diciembre, la besé en enero, la besé por todos los meses, por todos los años, por todos los siglos. La besé por siempre, la besé primero.

Sra. Keniesita Hada

Diosa del Amor y la Sabiduría

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo de las Amantes Celestiales

Presente:

¡Antes de soplar las velitas, pide un deseo, Alejandrino! Y mis ojos regresaron a su infancia. Sí, a esos días de fiesta en los que me cantaban las mañanitas y mis mejillas se inflaban, como globos, para soplar las velitas del pastel. Estoy viendo a mi mamá con su cámara de vídeo. Escucho los aplausos. El regocijo de los juegos infantiles. Ya quiero abrir los regalos. Siento mariposas y pajaritos en el estómago. No puedo esperar más. Me lanzo sobre ellos y los abro. Asoman los flashazos. Alguien grita fuera: “¡Baja, Alejandrino!” Me deslizo por la escalera, salgo al patio y veo a una hermosa niña que me dice: “¡Tengo un regalo para ti!” Abro la bolsa y encuentro siete naranjas y un sapo descomunal. La niña y yo nos besamos y el sapo se convierte en príncipe.

Cuando se hace de noche vemos la película “Los siete años de Alejandrino”. Aquí Alejandrino todavía no es Alejandro Magno, pero ya es un príncipe, gracias al regalo de la niña. La película, ahora, proyectada por mi mente, brinca de vieja, pero me emociona harto y profundo porque nunca, nadie, jamás en toda mi vida, alguien me ha regalado algo tan amorosamente confeccionado. Es algo proveniente de quien debe conocerme como nadie ha podido hacerlo. Que me lee de dentro hacia afuera. Que, solo la divinidad, sabe cómo lo hace. Tarea de los dioses es conocer el destino de los hombres; usted conoce el mío y sabe quién soy y de qué estoy hecho. Hay algo seguro. Para una —sola— personita, he dejado de ser un misterio. Un pequeño meteorito ha adivinado el acertijo de la esfinge y fue a la buena. Nada que alegar. Cada pieza —le aseguro— celosamente la guardaré, atesorándola con la vista, el tacto, el habla, el pensamiento y el corazón. Hoy están conmigo. Así permanecerán. En su momento, se irán conmigo y en mí. Ahora, es de noche y la luz de la luna es la única que se filtra por los agujeros de la cabaña, pero mi rostro está iluminado por los hermosos ojos color miel de aquella niña y aquella diosa, que me entregó en su corazón, el cetro de la inmortalidad.

El grito en el crucero del amor:

Cuando el príncipe llegó a la costa, vio a su hermosa Venus, totalmente desnuda, pero su mano derecha cubría su seno derecho y su mano izquierda y su largo cabello escondían su maravillosa flor labiada. Él va a su encuentro; desnudo. El viento sopla sobre el largo cabello de la Venus y éste

vuela por los aires. El príncipe toma las dos manos de la diosa y las entrelaza en su cuello. Deja al descubierto sus senos y su flor labiada. Acaricia las tres madreperlas, erectas, húmedas. La humanidad del príncipe crece. Ella lo conduce a la tierra. Descienden en picada. La Diosa pone sus pies en el suelo. El príncipe, su cabeza. No pueden gemir. No pueden gritar. Sus labios están ocupados.

El príncipe se recuesta. La Venus lo sigue. Se unen por toda la eternidad. La espuma desemboca en el mar...

Suyo, Alejandro Brunelleschi.

Alejandro I

Príncipe de la Logia de Poetas Apasionados

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

Hago una cita textual y muy sensual: “Abro la bolsa y encuentro siete naranjas y un sapo descomunal. La niña y yo nos besamos y el sapo se convierte en príncipe”.

Esa niña acaba de descubrir, en la escena del beso, dónde tiene el príncipe “lo descomunal”. Sí, en su vara mágica, cuando su humanidad crece.

El beso sube de intensidad. Todo bajo la mirada sensual de su autor, Auguste Rodin. Los amantes están sentados y entrelazados, han cambiado el libro de la historia de Lancelot y la Reina Ginebra, por un acervo de cartas apasionadas. No es el último beso, sino el beso sin fin. Aquí, nuestros labios se juntan. Se desean. Son el preludio de un exquisito acto de amor. Los amantes no están en el infierno como Francesca da Rimini y Paolo Malatesta. Jamás visitaron el canto V, de la Divina Comedia. Ellos están en el paraíso terrenal y están desnudos. Fueron esculpidos en carne y hueso. No en mármol ni en ningún otro material.

Se abrazan. Se besan. Se tocan. Se desbordan. Se encienden. Se enciman. Se mojan...

Completamente suya,

Kenia Victoria.

Sra. Keniesita Hada

*Golondrina Mensajera del Imperio Feliz
Dueña de la Belleza Física y Espiritual
Principado de Kenisia
Ciudad Capital de la Victoria
Comarca del Sótano de las Golondrinas
Concejo de las Amantes Divinas
P r e s e n t e:*

En la costa descubrí dos hermosas y turgentes naranjas, coronadas con dos perlas. Las de mi pequeña Venus. La que besó al sapo descomunal. Eran el fruto prohibido que tuve en mis manos, mis labios y mi lengua. Su flor labiada se abrió ante mí, encontré la madreperla. Ya no me fui. Allí estaba la fuente de la eterna belleza y juventud. Rodin lo sabía, por eso esculpió de esa materia a los amantes. Llamó a su obra Francesca da Rimini. El mundo la llamó “El beso” y la hizo universal.

Esa escultura la encarnan sus labios y los míos, en una bondadosa eternidad. Mi boca siempre estará donde la suya. Nunca dejaré de besarla, porque en usted renacieron mis besos. ¡Vamos, señora, béseme, con ese beso que se le escapa del alma!, con ese beso que trasciende en el tiempo y que no se dieron Lancelot y la Reina Ginebra ni Francesca da Rimini y Paolo Malatesta ni Tristán e Isolda ni Romeo y Julieta ni Salomón y la Reina de Saba. Un beso de invención nuestra, un beso patentado por Kenia Victoria y Alejandro Brunelleschi. Un beso que inspiró la teoría de los besos. Un beso que llevó a Tchaikovsky a componer una pieza inédita, únicamente para nosotros. El beso de Kenia y Alejandro o el beso sin fin.

*Alejandro Magno,
Su apasionado amante y contraparte en el beso.*

*Alejandro I
Príncipe Lancelot de Labios Inmortales
Ciudad Capital de la Victoria
Municipio del Sótano de las Golondrinas
P r e s e n t e:*

El reino de mis labios le pertenece. Así como yo le pertenezco toda, en mi conjunto.

¡Oh, mi honorable caballero de la mesa redonda! ¿Siente la suave caricia de mis manos en sus muslos? Estoy debajo de la mesa. Oculta a los ojos del mundo. ¡Venga conmigo, Lancelot! No importa que derribemos la mesa. Mi boca está completamente pegada a la suya. Mi cuerpo es su extensión. Que se mueva la tierra y nos sacuda. Y que su vara mágica me penetre y amorosamente me escupa. Deje que cada uno de sus dedos realicen la finísima labor. Quiero verlos crispados. Que por ellos escurran los ríos de agua viva de la pasión. Escóndase en mi piel. Vacíese en mis poros abiertos, que no exista nada más que usted y yo.

En este momento, la Reina Ginebra le ofrece sus coronas. ¡Oh, príncipe Lancelot, ofrézcale su cetro! ¿No la ve? Está embriagada de amor. La pobre, en su soledad y desesperación, está amnésica. Ya no recuerda al Rey Arturo.

Ginebra,

Su loca amante.

Postdata: ¡Con usted, mi flor labiada nunca se marchitará!

Reina Ginebra

Amante Inolvidable de las Noches Eternas

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

P r e s e n t e:

¡Ay, señora, ya tumbamos la mesa redonda! No importa. Súbase conmigo a la cama real. Tome el cetro, es suyo. Haga con él lo que quiera. Únicamente con usted alcanza la categoría mágica y la dignidad real. No necesito hacer nada más que pensar en una de las pequitas de sus mejillas.

¡Señora! ¡Señora! ¡Señora mía!, ¡qué bellas son sus coronas! Déjeme pulirlas con mis manos y sacarles brillo con mi lengua. Me matan. Me aniquilan. Me trastocan. Hacen jirones mi piel. No imagino algo más en mis manos que ese par de bellísimas coronas, su erguida colina aislada en la llanura y su maravillosa flor labiada. Son mi segunda piel. Allí habito. Allí muero. Allí resucito...

Alejandro I, el príncipe de la bata blanca.

Su loco amante.

Postdata: ¡Porque yo la regaré con amor, todos los días de mi vida!

38 La mentada de madre es una ofensa muy grave en México y algunos países del mundo. “*Chingar a la madre*”(tener sexo con *ella*).

39 Pumuckl (Pumuki en español) es un Kobold (duendecillo) y uno de los personajes infantiles más populares en Alemania. Fue creado a principios de los años 60’s, por Elisabeth “Ellis” Kaut.

40 Filósofo, político, orador y escritor romano que escribió obras de carácter moralista. Fue condenado a muerte por Nerón y sabedor de la crueldad de éste, cometió suicidio, cortándose las venas. Al ver que la muerte no llegaba, le pidió a su médico que le suministrara veneno(cicuta), pero no tuvo efecto la poción. Como último recurso, pidió ser introducido en una tina de agua caliente, donde murió, por asfixia, al aspirar los vapores hirvientes, pues padecía de asma.

41 Anäis Nin.

42 El último rincón, Miguel Hernández.

CAPÍTULO 23: EL KAMASUTRA DE LAS GOLONDRINAS

Embriagado de pasión, como estaba, resolví escribir un libro. No iba a ser un tratado de medicina ni tampoco un artículo para una revista científica. Iba ser un libro único, exclusivo, *eromántico*. ¿El ilustrador? Yo mismo, pues siempre me había gustado el dibujo y la pintura, aunque la herencia familiar hizo que me decidiera por la Medicina y la milicia, pero es una realidad que salvan más vidas los colores, que el bisturí y las armas.

A la primera que dibujé fue a Kenia, pues la conocía perfectamente, a través del escorpión. Su piel blanca, su cabello rizado, sus hermosos ojos color miel, su rebanada de sonrisa, su cuerpo perfecto como esculpido en mármol, su figura delgada, pero bien torneada, más pequeña que alta y... “su voz, cristalino torrente, cual una cascada”⁴³.

Me volví loco y la besé a través de esa hoja de papel; lo hice interminablemente y la humedad de sus labios se fijó en mi cuerpo; entonces, me dibujé, unido a ella, perfectamente alineado, desnudo, cubierto de estrellas.

Mi corazón comenzó a latir de una forma atropellada. El torbellino del amor y la pasión me envolvió por completo. La apreté contra mi pecho. La amé como el último. La amé como el de antes. La amé como el primero. Era un amor entre dioses, por eso nos desgarrábamos el alma y, luego, la reconstruíamos con la materia de los besos, aquellos que nacieron de la nada y que acompañaron el momento, cuando yo entré en el misterioso laberinto de su flor labiada y entonces, juntos, hicimos la magia y yo iluminé sus entrañas con la síntesis de todos los colores, en una noche clara.

El kamasutra de las golondrinas salió expulsado hacia la habitación de Kenia, justo en el momento en que yo expulsaba toda la magia de mi vara mágica...

Keniesita Hada.

Emperatriz de las Hadas Sensuales.

Hechicera de las Seducciones Infinitas.

Principado de Kenisia.

Ciudad Capital de la Victoria.

Comarca del Sótano de las Golondrinas.

P r e s e n t e:

Este libro que tiene en sus manos, es El kamasutra de las golondrinas y lo escribí por encargo de mi corazón y mi piel, cuando pensaba en usted. Todo

inició con un súbito deseo de acariciarle la lengua, ese órgano sensual que tiene en la cavidad de su boca.

Su lengua me enciende y me provoca, porque gusta, deglute y articula los sonidos del amor. Es deliciosa. Es discreta. Es infinita. Me guía por el sendero de la exaltación.

¡Ay, señora, qué delicioso néctar se esconde en sus labios! ¡Ahhhhh, sus labios, aquellos rosados que tiemblan, suspiran y me hablan en sánscrito!

Siento un calor desmedido, arriesgado, asfixiante. No puedo esperar más, por eso le pido que abra el libro en la página 2; allí, encontrará la postura número 1. Se llama La V de la Victoria.

Siéntese en la orilla de la cama y levante sus piernas, apunte con las falanges de sus pies al cielo. Acerco mi rostro. Pongo mis dos manos sobre su erguida colina, aislada en la llanura. Me aproximo. Su atención es total. Mi aliento (¿cereza?), dulcemente embriaga a su prodigiosa flor labiada. Mi lengua —desnudamente cálida— emerge de mis labios y se introduce en el maravilloso surco femenino. Encuentro la madreperla. La sacudo con deleite. Abandónese a las sacudidas, pues éstas son inevitables e indispensables en algún momento de la vida; por eso, la respiración le será cortada. Únicamente para estar en el paraíso, cuando ésta le retorne al cuerpo. Sentirá un suave mareo; pero, éste, no será otra cosa que una dulce embriaguez —cómplice del atrevimiento—. Se volverá loca, pero la locura será necesaria, en ese bello instante amoroso, porque será el disfraz de la sensualidad. Empezará a volar y ese vuelo será la poesía que significa el cruce de lo mortal a lo inmortal.

¿La canción? Je t'aime... moi non plus, de Serge Gainsbourg y Jane Birkin. Cortada por sus jadeos y sus gemidos.

¡Alejandroooooooooooooooooooooo Magnooooooooooooooooooooo!

Postdata: ¡Aunque ahora me toca a mí, quiero nuevamente escucharla gemir; sus gemidos me prenden! Recuerde que las “aaaa”, son jadeos; las “ooo” cortas, son preámbulos del orgasmo y la “oooooooooooooooo laaaaaaaarga”, es el orgasmo. Lo que siga, será la calificación a mi desempeñoooooooooooooooooooooooooooooooooooooo.

Alejandro I, Príncipe de la Bata Blanca.

Serge Gainsbourg y Príncipe de los Gemidos.

Ciudad Capital de la Victoria.

Presente:

El Príncipe se acuesta sobre la camaaaaaaaaaaaaaa... La galeríaaaaaaaaaaaaaaaaa de seres fantásticos abre sus puertas, de par en paaaaaaaaaaaaaar... La pieza de culto es la vara mágicaaaaaaaaaaaaaaaaaa... del Dr. Alejandro Brunelleschi.

Me agazapo en la camaaaaaaaaaa... como un animaaaaaaaaal... felino. Olfateo el territorio mágico y con un movimiento rápido me apodero de la varaaaaaaa... Una vez que la tengo en mis manos, la acaricio y la veo crecer. Ensayo... aaaaaaabriendo y cerrando... la bocaaaaaa...

Cuando la vara mágicaaaaa... se eleva a la máxima potencia, abro mi bocaaaaa... desmesuradamente y la sujeto. Es inmensaaaaa... El Príncipe Feliz hace una sensuaaaaaal danza pélvica, con movimientos trepidantes. Se me cortaaaaa... la respiraaaaaación. Tengo el paraíso en mi bocaaaaaa... Me mareooo... en un deleitoso éxtasis. Deliro, pero mi deliriooo... es producto de la sobredosis del delicioso néctar mágicooo... y místicoooooooooooooooooooooooooooooooooooooo...

[illegible]

jKeniaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

Victoooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooria!

Postdata: Comprobé que sí se puede gemir teniendo la boca ocupada.

Keniesita Hada.

Mi joya preciosa con la boquita llena.

Jane Birkin y Golondrina Gimiente.

Principado de Kenisia.

Ciudad Capital de la Victoria.

Comarca del Sótano de las Golondrinas.

Presente:

¡Qué boca tan deliciosa, la que le dio albergue por una cálida y sensual noche a mi vara mágica! Volvería todas las noches a su lado. ¡Ay, señora;

con usted, he descubierto un tesoro y recuperado el paraíso perdido!

Abro la página 6 del libro; allí está El collar de perlas de la Venus.

Ambos estamos de pie, desnudos. Cuarenta centímetros, (no se asuste) déjeme terminar la frase, ¿veinte centímetros? (no se desilusione); probaré con un nuevo número y terminaré la frase. Treinta centímetros, es más alto el Príncipe Feliz que su hermosa Venus, por lo que ella se cuelga de su cuello, como un collar de perlas. Él la toma de la cintura y, amorosamente, la estrecha entre sus brazos. Su vara mágica busca, desesperadamente, a la maravillosa flor labiada de la Venus. La encuentra. Ésta se abre; ingresa con honores. El collar se vuelve un péndulo. El príncipe desliza sus manos por la erguida colina, aislada en la llanura. La estruja. Siente un delicioso calorcito. La respira. La invade. La restrega. La manosea. La moja.

Se escucha un gemidoooooooooooooooooooo... El péndulo se detiene. Explota la vara mágica e inunda toda la exuberante espesura.

¡Alejandrooooooooooooo... Magnoooooooooooo...!

Alejandro I.

Príncipe Enjoyado.

Ciudad Capital de la Victoria.

Comarca del Sótano de las Golondrinas.

P r e s e n t e:

Soy un collar de perlas, que se desliza sobre su torso y enrosca sus deliciosas piernas, alrededor de su talle, como un cinturón amoroso. Estamos, ya, en la página 8 del libro, con el cinturón del Príncipe Muy Feliz. Sus manos acarician mi espalda; luego, se ensanchan por las curvas de mis caderas; las cercan, las menean. Buscan todas mis formas redondas y curvas.

Estamos tan cómodamente juntos, que lo conduzco al palacio de las flores y los embriagantes aromas. Allí, elige a la flor más hermosa de la Comarca del Sótano de las Golondrinas, una orquídea Cattleya, de suave y delicado aroma. La sustancia alegradora de su vara mágica, la humedece con su rocío divino. Nos miramos, porque así también nos poseemos. Nos besamos, porque nuestras almas quieren comunicarse. Nos amamos. Nos pertenecemos. Me muerde. Lo muerdo. Atasco todos mis dedos en sus vellos. Nuestras bocas son como recién nacidas, quieren conocer el misterio del mundo, succionando. El cinturón se mueve de lugar. Lo tiene en el cuello, en la espalda, en alguna pendiente o saliente. Parecemos una pintura cubista de

Picasso y, en ese estar geométrico, que nos muestra sin pudor alguno, de frente y de perfil, se ve en tercera dimensión su boca y la mía, que lanzan un prodigiosoooooooooooooo...:

¡Ooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooo!

¡Kenia Victoooooooooooooooooria!

Keniesita Hada.

Golondrina Mensajera del Imperio Muy Feliz.

Contraparte en las Letras Felices.

Ciudad Capital de la Victoria.

Comarca del Sótano de las Golondrinas.

P r e s e n t e:

Bañados en sudor y con ganas de seguir siendo figuras enredadamente geométricas. Nos acostamos en la cama real. Usted, boca arriba; yo, boca abajo y deliciosamente invertidos. Somos las letras felices.

La mareo dulcemente, en un atrevido movimiento que coloca sus piernas en los flancos de mi cabeza. Su orquídea Cattleya queda encima de mi boca. La beso, interminablemente, hasta que se abre y se entrega a las caricias de mi lengua. Sus labios comienzan a seducir a mi vara mágica, que crece y se ensancha. Su lengua saborea toda mi virilidad. Por arte de su magia, mi vara desaparece y, luego, aparece dentro de su boca. Mis cabellos desordenados y oscuros le acarician el rostro. Gemimos, porque hemos aprendido a gemir con los labios ocupados.

Juntos hacemos el más bello concierto de gemidos. ¡Ahhhhhhhhhhh!, ¡ooo!, ¡ooo!, ¡ooo!, ¡oooo!, ¡mmmmmmmmmmmm! Estamos perfectamente alineados y sincronizados.

¡Kenia Victoria, la amooooooooooooooooo... entre conmigo a la glooooooooooooooooooria!

Suyooooooooooooooooo... siempre,

¡Alejandroooooooooo... Brunelleschi!

Alejandro I, Príncipe de la Bata Blanca.

Jinete con cabeza.

Ciudad Capital de la Victoria.

Comarca del Sótano de las Golondrinas.

P r e s e n t e:

La cama real es ahora un lienzo charro. Allí está la yegua; mansita; domesticada; lista para ser montada por el jinete con cabeza. Yace desnuda, solícita. El jinete se acerca. La yegua hace su exposición botánica. Al jinete con cabeza algo se le desarrolla, algo se le multiplica, algo se le extiende. Entonces, la monta. La yegua relinchaaaaaaa... y con su hociquito le da pequeños mordiscos en los pezones. El jinete le corresponde. La yegua vuelve a relinchar.

Los mordiscos suben de intensidad y bajan de lugar. La yegua le resopla en el ombligo. El jinete la acomete con más fuerza. La yegua lo lame. El jinete la aprieta. La yegua le planta una bofetada. El jinete le da una cariñosa mordida. La yegua se violenta y le araña la espalda. El jinete la sacude con fuerza. La yegua le da una tremenda cox y lo tumba al suelo. Se le echa encima. Lo muerde. Lo chupa. Lo lame. Lo jala. Lo laza. Lo tiende. Lo exprime. Lo arrastra. Lo enreda. Lo barre. Lo empotra. Lo cansa. Lo sube. Lo extiende. Lo achica. Lo baja. Lo talla. Lo come. Lo alisa. Lo palpa. Lo duerme. Lo esconde. Lo pica. Lo aplaca y, no conforme con eso, le grita un montón de obscenidades.

Cuando el jinete se pone todo mansito, asustado y con la cabeza adolorida, la yegua se acerca a su oído y le susurra que lo ama, lo ama, lo ama y lo ama.

¡Keniaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa...

Victoooooooooooooooooooooooooooooooooria!

Postdata. Si las oooooooooooooo largas son los orgasmos, entonces... en las Letras Felices, ¿tuvimos cuatro?

Keniesita Hadaaaaaa...

Ardiente Amazonaaaaa...

Ciudad Capital de la Victoriaaaaaa...

Comarca del Sótano de las Gooooo... londrinas.

P r e s e n t e:

Después de tremenda revolcada, que me puso una potra salvaje, llego a la página 14 del libro. Allí está la Amazona y el blanco Pegaso, pertenecientes a la comarca de los seres fantásticos. En una esquina, se encuentra la bella

Amazona, semidesnuda y, en la otra, el blanco Pegaso, bañado y perfumado. Lleva una manzana de oro en su hociquito, para regalársela a su amada. Se miran a los ojos; se quedan bizcos. Con esa mirada desorbitada, el Pegaso le resopla en el rostro a la Amazona, se le repega y la invita a montarlo. Ella se niega.

Intenta convencerla con besos mordelones, en el cuello y en los senos. Ella se estremece, pero se vuelve a negar. El Pegaso le quita la minúscula prenda inferior y le resopla en el ombligo. La Amazona cede y lo monta. Ambos sienten calorcito. Luego calorzote. ¡La Amazona lleva varios minutos cabalgando! El blanco Pegaso la toma de la cintura, pues quiere guiarla en sus movimientos. Se miran. Se transpiran. El Pegaso se acerca a su oído y entre resoplos, susurros y gemidos, le dice que la ama. Cae del cielo un pañuelo blanco. La Amazona lo toma entre sus manos. El Pegaso expulsa los mocos divinos. La Amazona los recibe en sus entrañas y lo que escurre por el surco trémulo, lo limpia con el pañuelo. El Pegaso toma ese pañuelo y se lo pasa por todo el cuerpo a la bella Amazona, dejándole una capa blanquecina en su sedosa piel que, después, se seca y se convierte en oro blanco.

¡Alejandro Magnoooooooooooooooooooo...!

Postdatas: 1. Ya se me hacía que la yegua de la página 12 me arrancaba mi vara mágica. 2. Quiero que me diga qué obscenidades le gritó la yegua al jinete. 3. Sí, en las Letras Felices tuvimooooooooooooos... cuatrooooooooooooo... deliciosooooooooooooos... orgasmooooooooooooos...

Alejandro I.

Oro Blanco del Principado de Kenisia.

Ciudad Capital de la Victoria.

Comarca de El grito de las Golondrinas.

P r e s e n t e:

Hemos llegado a la página 16 del libro, porque vamos de dos en dos. Dos es mejor que uno, porque uno es la mitad de dos (pequeña reflexión numérica que hago, para quitarme los nervios y para bajar los latidos de mi corazón, que van de mil en mil).

Nos encontramos con la advertencia de: ¡Prohibido cerrar los labios! Todo permanece abierto: cuerpo, alma y espíritu. La galería de seres fantásticos y el jardín botánico hacen día de puertas abiertas. Somos un

espejo de la naturaleza humana. Abrimos una puerta y se abren todas, como un efecto dominó. Nuestra sola palabra crea el efecto, en un misterioso “Ábrete sésamo”.

Oh, príncipe Alejandro, vayamos a Egipto en busca del sol y, allá, sobre el río Nilo, podrá hablar en sánscrito con mi flor labiada y, en el sepulcro del gran rey, haremos juntos el amor y dormiremos el sueño prohibido. Volaremos a la segunda catarata, aquella que cae impetuosa sobre mis entrañas y que proviene de su río sagrado. El dios Memnón se alzaré sobre un gran trono de grafito; desde allí, cuidará la virginidad de las estrellas y cuando la hermosa Venus brille en el terciopelo infinito, lanzará un grito de placer. A mediodía, la rojiza leona bajará a beber a orilla del río. Tenga lista su agua mágica, condúzcala a la segunda catarata impetuosa, porque sus gemidos (rugidos) son más atronadores que los gemidos de su divina catarata.

En Egipto, calienta el sol sobre las palmeras, ¿sobre las palmeras de dátiles o de cocos? Sobre las palmeras de mis dos deliciosos cocos. A mis cocos y a mi divina floresta, podrá embarrarlos de sus “divinos mocos”.

Construiremos nuestro nido en el templo de Baalbeck. Mis dos palomas blancas y rosadas lo seducirán, con sus ojos en forma de pezones y lo arrullarán con canciones para lactantes.

Oh, príncipe Alejandro, déjeme echarme a su lado y amamantarlo como a un cachorro. Pasarle mi lengua por todo su cuerpo y atorarme en sus cabellos oscuros y desordenados. Soplarle en el vientre. Meterlo en mi boca. Acariciarlo. Morderlo.

Lo amo en cada beso, en cada latido, en cada pensamiento. Lo amo en el breve silencio y en el prolongado ruido. Amo su carne. Amo su espíritu y bendigo a Oscar Wilde que lo recreó para mí, en el más profundo de los abismos, “donde la vida habita siniestramente sola”⁴⁴.

¿Cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu ajeno.

Suya, Kenia Victoria.

Postdatas: 1. La yegua, por más violenta que se ponga, jamás le arrancará su vara mágica. 2. Una vez que la yegua sale del lienzo charro, no recuerda absolutamente nada.

Amada Keniesita Hada.

Golondrina reflexiva del Imperio Feliz.
Ciudad Capital de la Victoria.
Comarca del Sótano de las Golondrinas.
P r e s e n t e:

¡Oh, Kenia Victoria, amor mío!, me está consumiendo el fuego del amor y la pasión. Aquí, justo aquí. En este oscuro sótano, amarrado, amordazado. En la habitación de junto...

¿Cuándo podré abrazarla, besarla y hacerle el amor? ¿Por qué nos separa un oscuro abismo? ¿Qué puede hacer por su amada, un hombre que está como yo, atado, durmiendo en el suelo, eructando soledad, amargura y desconsuelo? Aquí yace la sabiduría de los libros, la suma teológica desfloradora, sin la materia de tu corazón, sin el hervor de tu mente. La opacidad es la memoria de los no vivos. El suelo me disfraza de mendigo y descubre mi rostro amoratado, una banda de sal es mi limosna, un silencio de cal brilla en mi mano.

¡Oh, soledad rugosa, de dioses ateos! Tienes las manos muy anchas; caminas solo y mueres en la raya. ¡Oh, vacío interior que los espíritus te llaman casa! ¿Cuándo serás el templo del hombre, sin orgías de huesos y espaldas anchas?

La soledad ve la mesa un pastel lleno de sombras y de objetos mudos, metáfora continuada, larga y extensa, donde Dios ve en el hombre su naturaleza muerta. El pastel de las sombras es, ahora, la tapa de un libro, ¿cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu divino.

¡Empiezo a llorar sangre!
Alejandro Brunelleschi.

Alejandro I
Ruiseñor de las Bibliotecas Sagradas
Principado de Kenisia
Ciudad Capital de la Victoria
Comarca del Sótano de las Golondrinas
P r e s e n t e:

¡Oh, mi querido príncipe Alejandro!, será mejor que lo regrese a la infancia, cuando tenía siete años y una hermosa niña le regaló siete naranjas y un sapo descomunal. Le beso sus labios de niño y le continúo amando, hasta hacerlo inmortal.

Tome el jugo de las siete naranjas, no quiero que su cuerpo de hombre mortal se consuma en este inframundo, abrasado por el fuego.

Deje de llorar sangre, no me escriba con ese líquido rojo que corre por los vasos y vuelve al corazón, porque es un misterio que todavía no comprendo.

Yo sé que ambos tenemos heridas físicas y espirituales. Dejemos que Bucéfalo nos lama las heridas. Es fácil tocar el cuerpo, pero no el espíritu y, mucho menos, el alma. Porque esta última, le pertenece a Dios.

A veces, pienso que los animales están más cerca de Dios que los propios hombres. Si bien, es verdad, que ambos escuchamos la voz de un ser superior, también es cierto que los animales la obedecen y los humanos no. Por eso, le pido al pequeño Alejandrito que vuelva a abrir la bolsa que le regaló la niña. En el fondo, encontrará unas croquetas de naranja. Son para Bucéfalo. Nadie recibe con tanta alegría y gratitud unas croquetas como un perro.

*Le envió el más amoroso de mis abrazos,
Kenia.*

Keniesita Hada

Golondrina Amorosa del Imperio Feliz

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Corazoncito de naranja

P r e s e n t e:

¿Dónde fui a encontrar el amor? ¡Ese que tanto busqué! Ese que se llevó Anna Karenina, al morir. En un oscuro sótano. Pendiendo mi vida de una telaraña.

¡Oh, Kenia Victoria, cómo quisiera tocar siquiera la sombra que hace su cuerpo! ¿Por qué cuando llegué a este sitio, no me arrastré hasta usted para sentirla, tocarla y amarla? ¡Qué importa que me hubieran matado, porque habría muerto en sus brazos!

Con razón, cuando escuché su voz, mi corazón ardía. ¿Cómo podría no arder mi corazón, si estaba el amor en ese momento conmigo? Desde el principio, relacioné su nombre, su presencia y su voz con vida y salvación.

Guarde esto en su corazón: la amo profundamente, como nunca he amado a nadie. La amo desde dentro. La amo en forma presente, en forma pasada y en forma futura. La amo atada. La amo sin ataduras. La amo desde todas las ópticas, desde todos los ángulos y desde todas las perspectivas. La amo en todas sus etapas, en todos sus procesos y en todas sus dudas. La amo por ser mujer, por ser un pájaro, por ser mi golondrina. La amo porque usted le da sabor, color y olor a este espacio. La amo porque usted resume, sintetiza, describe, redacta y encarna el amor. La amo porque... prefiero callarlo. Pero lo que callo, es lo más hermoso y por lo que más la amo. Solo usted, Kenia Victoria, puede imaginarlo.

¡Hey, pssst, pssst, sí, tú, la niñita de las naranjas! ¿Escuchas a Bucéfalo?, está muy conmovido por tu regalo. Jadea, ladra, chilla. Incesante, el movimiento de su cola. Pero la alegría cesa. Bucéfalo se recuesta, pensativo, nostálgico, silencioso, su mirada fija. Está bien, Bucéfalo. ¡Ve con la niña de las naranjas! Cuídala. Quiérela. Bésala. Célala de todo peligro. Tu misión con Alejandro Brunelleschi ha terminado. Yo aquí pensaré en ustedes dos. Les evocaré en mi soledad y, juntos, me harán sonreír.

Vamos, querido, ¡corre tras ella!, la encontrarás muy rápido, si sigues el rastro de las galletas de naranja. Quizás me encuentres a mí en el camino, pues yo correré tras una señora de hermosos ojos color miel, que lleva una canasta.

¡Hey, pssst, pssst, sí, usted, la señora de las naranjas! ¿Me escucha?, ¡ahhh, qué bien! Lo que pasa es que le quiero pedir que huyamos juntos y que busquemos una forma de salir de aquí. Algo están tramando estos malditos, corremos mucho peligro. Le propongo que nos vayamos a los Países Bajos, allí podremos vivir legalmente en una monarquía constitucional. ¡Dejémoslo todo por estar juntos! Si da ese paso conmigo, le juro que le construyo la casita de árbol más hermosa del mundo y allí nos amaremos por toda la eternidad.

Alejandro I, el Príncipe de la Bata Blanca.

Postdata: Le ordeno que me arranque mis ojos de zafiro y, luego, se los entregue a todos los ciegos del principado de Kenisia, porque “no se ve bien sino con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”⁴⁵.

Alejandro I

Príncipe de la Bata Blanca

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Amor Eterno de los Países Bajos

P r e s e n t e:

Para mí, es un hermoso gesto que usted le envíe a la niña de las naranjas la cálida compañía de un ser de cuatro patas y narices frías, pero Bucéfalo es suyo y lo necesitará, ahora que donó sus ojos en vida. Gracias a ese maravilloso perro, yo pude sentir la compañía de una mascota. Su lengua juguetona era una caricia que me devolvía a mis primeros años de infancia. Ese cuerpo cálido que se pegaba a mi pierna, ese olfato incesante que me llenaba de suaves sonidos de confort y armonía.

Voy a cumplir cien días en este oscuro sótano. Mi cuerpo y mi espíritu han dejado constancia del encierro. Estoy enferma del cuerpo y del alma. Ya no recuerdo qué se siente siendo libre y qué se puede hacer con la libertad.

¿Huir?, huye quien es perseguido, huye quien escapa de una situación de riesgo, huye quien comete un delito. ¿En qué apartado estaríamos nosotros?

Es válido escapar del sótano de las golondrinas porque nos encontramos en una situación de riesgo, pero si después huyéramos, ¿porqué lo haríamos?, ¿porque habríamos cometido un delito que tendría rostro de pecado? Se puede huir de todo menos de Dios, de uno mismo y de la muerte. Si huimos a causa de un delito y un pecado mortal, estaríamos condenados a la infelicidad, ni aun con la casita de árbol más hermosa alcanzaríamos la beatitud, ¿qué acaso le pediríamos a las hojas de los árboles que nunca se cayeran para que siempre nos ocultaran de los ojos y los dedos del mundo?

Nadie es feliz en el destierro. Véase en los ojos del Mío Cid, “mucho llanto van llorando; hacia atrás vuelve la vista y se queda mirándolos”⁴⁶.

El Cid Campeador iba a un destierro obligado, a un exilio involuntario. Dishonrado. Acusado de robo. De ese mismo delito podrían acusarnos a nosotros, un hombre que se roba a una mujer con la complicidad y el descaro de la propia mujer.

En el destierro los días son largos y las noches eternas. Recuerde a Napoleón Bonaparte en su faceta de desterrado, vencido, sufriendo, amargado y harto de aburrimiento. Pero ¿y el aspecto romántico de las huidas a caballo? Es hermoso. Cierto. ¿Quién no quisiera escapar en el

lomo de un blanco pegaso? Mas existe un peligro para los amantes, la KGB, su esposa, ella pudiera ponernos una trampita en el árbol y el día menos pensado nos podrían caer todas las fuerzas secretas y especiales.

Existe otro dilema, el príncipe forma parte de mi existencia como una piedra filosofal, pero también el rey, mi marido, como una piedra angular. No se puede elegir a dos personas al mismo tiempo, dos cuerpos no pueden ocupar el mismo lugar en el espacio⁴⁷, pero un cuerpo sí puede ocupar dos lugares en el espacio, en el tiempo y en el universo infinito.

Si ambos tomamos rumbos distintos, si yo siguiera a los cuervos blancos y usted a las golondrinas, le pido que ya no trabaje tanto y que se aleje del estanque de la orina. Las cosas estancadas se pudren.

Si ve en el Principado de Kenisia a un niño de siete años que responde al nombre de Alejandrino Brunelleschi, mándemelo para acá, le daré un trozo de pastel de selva negra, me lo sentaré en las piernas para darle amorosos y tiernos besos y le enseñaré un nidito de golondrinas.

Con cariño, Kenia Victoria.

Postdata: Me dolió en el alma arrancarle sus ojos de zafiro. Estoy en un nuevo dilema, así ciego, no puedo dejarlo solo.

⁴³ Tu voz. Ramón Cabrera Pavón Argote.

⁴⁴ Fragmentos del Poema *El Hambre*, Miguel Hernández.

⁴⁵ *El Principito*, Antoine de Saint-Exupéry.

⁴⁶ *Cantar del Mío Cid*.

⁴⁷ Principio de la Impenetrabilidad.

CAPÍTULO 24: LA NEGOCIACIÓN

Estaba completamente enamorado de Kenia, vivía por ella y para ella, me sentía como en un juego de ajedrez, donde yo era un peón, que deseaba quitarle su Reina al Rey pero, desgraciadamente, estaba atado al tablero y no podía avanzar ni siquiera una casilla.

El Rey estaba muy lejos, la Reina muy sola y corriendo un grave peligro; por eso, yo, el humilde peón, tenía que actuar en favor de ella, aunque estuviera amarrado.

«¿Y si hiciera un trato con Servando? Le ofrecería todos mis bienes materiales a cambio de nuestra libertad, así podríamos comenzar una vida nueva juntos, en los Países Bajos».

La habitación se llenó de golondrinas, sentí esa mística libertad, que fue interrumpida por el ruido de la puerta; los pájaros se llenaron de miedo, lanzaron gritos de terror y se fueron volando, por encima de la cabeza de Servando.

Pensé: «¡ésta es mi oportunidad de hablar con él!», pero una pregunta que me hizo, apenas entró, me dejó completamente frío.

—¿Eres tú el autor de este libro?

Servando sacó de la bolsa de su pantalón “El kamasutra de las golondrinas”. Pensé en Kenia; enloquecí de terror.

—¿Dónde está Kenia? ¿Qué le hiciste?

—¿Dónde? Pues durmiendo en su habitación ¡Debe estar muy cansada! Imagínate, la obligué a protagonizar todo este librito con Ernesto y conmigo.

—¡Maldito, ¿cómo pudiste...?!

—Si tú, estando encerrado pudiste, por qué yo, siendo libre, no. Por cierto..., ¡qué primitivo eres! ¡Las sorpresas que se lleva uno con los médicos, tan seriecitos que se ven!

Quería que se abriera la tierra y me sepultara vivo: ¿cómo pude exponer a Kenia de tal manera? ¿Por qué no pensé que el libro podría caer en manos de alguien más? ¡Dios, qué estúpido fui!, ¡qué imbécil!, ¡qué...! No, no es tiempo de reclamaciones, dejaré de reprocharme por los errores cometidos y me enfocaré en negociar nuestra libertad:

—Servando, te doy todo lo que tengo, a cambio de la libertad de Kenia y la mía.

Servando me observó largo rato; luego, con un gesto burlón exclamó:

—¡Ahhhh, entonces no estás pidiendo tu libertad y la de Kenia, sino la de Kenia y la tuya!; o sea, ¿que ella está antes que tú? ¡Mira nomás lo que provocan los pinches libros eróticos! ¡*Méndiga* humanidad calenturienta!

—Tengo muchos bienes —insistí—, si los obtuvieras, ya no necesitarías trabajar ningún día de tu vida.

—¿Y quién te dijo a ti que yo necesito trabajar? Que trabajen los burros, para que luego yo les quite su dinero.

—¡Soy un burro! —exclamé— ¡por favor, quítame mi dinero, pero déjanos libres!

Servando me miró por largo tiempo, con la mano en la barbilla; luego, exclamó:

—¿Sabes una cosa, Alejandro Brunelleschi?, los malos a veces también tenemos lapsos de bondad; por lo mismo, consideraré tu oferta. Déjame estudiarla; no te prometo nada, pero la tomaré en cuenta y te contestaré en unos minutos más. ¿Qué te parece?

Asentí con la cabeza. Servando se dio la media vuelta y salió, dando un portazo. Yo recargué mi cabeza sobre mis piernas y me sumí en angustiantes pensamientos. Después de media hora, regresó:

—¡He tomado una decisión!

—¡Te escucho! —repuse, con la mayor serenidad que pude.

—Acepto tu propuesta, pero a medias.

—¿A qué te refieres con “a medias”?

—Te dejo en libertad a ti, pero a Kenia no.

—¿Por qué a Kenia no?

—Porque solo uno puede obtener la libertad. Recuerda que la libertad es individual. Yo, ahora mismo, te pregunto: ¿quieres tu libertad o la de Kenia?

—¡Entonces, dale la libertad a Kenia! —dije con firmeza.

Servando me miró con incredulidad y, luego, comenzó a dar vueltas en torno mío.

—¿Por qué prefieres la libertad de Kenia a la tuya?

Me quedé callado.

—¿Te hice una pregunta?

Continué en silencio.

Servando se enfureció y me dio un puñetazo en la nariz; comencé a sangrar.

—¡Estás enamorado de Kenia!, ¿verdad? —dijo, al tiempo que me jalaba de los cabellos.

—¡Sí! —murmuré.

—¡Ahhhhh, Brunelleschi! ¡Qué pendejo eres!

—¡Por favor, déjala libre!

—Piel, por piel. Les puedo dar la libertad a ambos, pero a cambio de algo más.

—¿De qué? —le pregunté.

—De tu virilidad.

—¿Qué?

Me quedé conmocionado, no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Eso!, de que a cambio de tu libertad y la de Kenia, me entregues tu “dedo magno”.

—¡Estás enfermo! —exclamé.

—¿Amas más a tu “dedo magno” que a Kenia? Entonces, ¡no mereces la libertad!

—Son dos cosas totalmente distintas. No permitiría que me mutilaras de tal manera, a cambio de nuestra libertad.

Sevando me miró con un profundo odio y luego gritó:

—Y tú, ¿a cuántos no has mutilado en el quirófano?

—Yo no he mutilado a nadie, solo lucho por salvarles la vida a mis pacientes.

—¡Chócala doctorcito! —Servando pegó la palma de su mano con la mía—. Yo también hago lo mismo con mis pacientes: salvarles la vida. “Si tu mano o tu pie te arrastran al pecado, córtatelo y tíralo lejos; pues es mejor para ti entrar a la Vida manco o cojo, que ser echado al fuego eterno con tus dos manos y tus dos pies. Y si tu ojo te arrastra al pecado; arráncalo y tíralo; es mejor para ti entrar tuerto a la Vida que ser arrojado con tus dos ojos al fuego del infierno”⁴⁸.

Prosigo, no he terminado. “Si tu pene, alias el “dedo magno”, te arrastra al pecado, córtatelo y tíralo lejos; pues es mejor para ti entrar a la Vida castrado, que ser echado al fuego eterno con tu “dedo magno”.

¡Ahhhhh, pinche Brunelleschi!, deberías agradecerme la disposición que tengo para salvarte la vida y ofrecerte la oportunidad de pasar a la historia como el Abelardo moderno, porque supongo que tú, tan culto y romántico como eres, debes de conocer la historia de Abelardo y Eloísa; pero, por si acaso se te olvidó, te la voy a recordar:

Cuenta la historia que había un noble varón que destacaba en el campo de la filosofía y la teología; tenía, además, el don de la elocuencia, destacando sobre todo en la dialéctica. Sus dones no terminaban allí, pues era también un gran poeta lírico y un excelente músico.

Cuando cumplió los ventiún años, se dirigió a París, lugar donde se encontraban las escuelas más prestigiosas de la época. Fue precisamente en esa ciudad que conoció a Eloísa, una chica muy guapa y muy inteligente, que estaba bajo la tutela de su tío, el canónigo Fulberto.

Eloísa era toda una intelectual, como Kenia, y eso le fascinó a nuestro lujurioso Abelardo; así que ejecutó un plan para enamorarla y sabedor de que el tío era un hombre muy avaro, le ofreció una buena suma de dinero, para quedarse como huésped en su casa, pretextando cercanía con la escuela donde él daba clases y, además, le ofreció de muy buena voluntad, sus servicios como docente, para su brillante y hermosa sobrina.

El canónigo aceptó gustoso tan nobles ofrecimientos y Abelardo se quedó en la casa, como huésped y maestro, pero...¡ahhhh, qué gran maestro resultó! Pues le puso un especial interés al estudio de la botánica y, tal como tú dijiste en una de tus cartas, quedó maravillado con la hermosa flor labiada de la joven y ella le correspondió compartiendo sus amplios conocimientos en la magia blanca. Espera, espera, ¿cómo era el nombre del instrumento que ella utilizaba?... la vara, la vara trágica, ¿no?; ¡la vara mágica!, era tan experta en su uso, que se la pasaba de la mano a la boca y luego la desaparecía dentro de su flor labiada; así, igualito como lo hacía Kenia contigo. Tanta magia junta rindió sus frutos y Eloísa quedó embarazada de Abelardo y pronto dio

a luz a un niño, al que le pusieron Astrolabio, ¡ah, pa' nombrecito! Me imagino que se inspiraron en la flor labiada de ella y la vara mágica de él, que la subía a las estrellas.

Estos hechos provocaron la ira y la furia del tío canónigo y, para calmarlo, Abelardo se ofreció a reparar el daño, proponiéndole matrimonio a Eloísa; pero, ¿creerás que la *méndiga* no quiso aceptar? Al parecer, porque no quería dañar la carrera del gran Abelardo; mas, al final, terminó cediendo a la presión del tío y se casó bajo un régimen secreto. La gente chismosona, como siempre, comenzaba a rumorar sobre los amantes, pero el tío intervenía diciendo que no había pecado, pues ellos eran marido y mujer; pero la cabrona de Eloísa lo negaba todo, de seguro le encantaba el papel de puta y que la gente hablara de ella.

Abelardo llevó a Eloísa a la Abadía de *Argenteuil*, de la que ella había sido alumna, para simular que había tomado los hábitos. Esto empeoró la situación, pues todos creyeron que Abelardo quería abandonar a su amante pupila y así quitarse el problema de encima, pero el tío Fulberto se puso bien encabronado y sobornó a un sirviente de Abelardo, para que les facilitara el camino y, junto con unos amigos, decidieron consumir su venganza; pero... ¿en qué consistía la venganza? Pues en mocharle la vara mágica y... ¿qué crees que pasó? ¡Se la mocharon! ¡Sí, se la mocharon! ¡Ahhhhhhh, pobre Abelardo, él tan ardiente y sin su vara para hacer magia! ¿Qué le quedaba al pobre? Nada, por eso, le pidió a Eloísa que ambos se recluyeran en un convento, pues si no era de él, no sería de nadie más y como la putita sí lo quería, aceptó y ambos terminaron enclaustrados.

Durante sus terribles noches de encierro, Abelardo escribió una... como autobiografía y ese manuscrito llegó a manos de Eloísa, que se vio reflejada en sus páginas y se conmovió de tal manera, que le escribió una carta a Abelardo y fue así como empezó un correo **Eromántico** entre ellos, a pesar de estar los dos encerrados, algo parecido a lo que hacían Kenia y tú, y también se pusieron bien ardientes el par de sacrílegos; aunque, déjame decirte, que las cartas de Eloísa y Abelardo no les llegaban ni siquiera a los talones a las de ustedes, pues ellos no se inventaron un Kamasutra, al menos, en las cartas, ¡quién sabe en privado! En fin, cosas de la vida.

Pasaron los años y siguieron las cartas de amor y desdicha hasta que murió el pobre Abelardito, el 21 de abril de 1142 y su abnegada esposa, veneró sus restos y rogó por su alma, hasta que le sobrevino la muerte, el 17 de mayo de 1163. Cuenta la leyenda que, cuando abrieron la tumba del gran Abelardo, para depositar junto a él el cuerpo de su amada, éste abrió los brazos para recibirla, quedando así, abrazados en la muerte, como no pudieron estarlo en la vida.

¡Ahhh, qué bella historia de amor! ¿No te parece? Y es que el solo hecho de pensar que tú serás el Abelardo moderno y que yo te voy a dar la inmortalidad, me hace emocionarme hasta las lágrimas. ¡Snif!, ¡snif! ¡snif!... pero ¡basta de lloriqueos! ¡No dejemos para al rato, lo que podemos hacer ahorita!: ¡Colegas, entren...!

Al grito de ¡colegas entren!, irrumpieron en la habitación Ernesto y Marcos. Llevaban sus rostros cubiertos con máscaras de verdugos medievales y portaban, cada uno de ellos, un maletín

médico muy antiguo. Servando abrió uno de los maletines y sacó un frasco de cloroformo. Yo moví mi cabeza de un lado a otro, para evitar que me lo acercara a la nariz; pero, entre los tres, me sometieron y yo perdí la conciencia, sumido en la más terrible de las angustias.

48 San Mateo 18, 8-9. La Biblia Latinoamérica.

CAPÍTULO 25: EL MUNDO DE LAS TINIEBLAS

Fueron varios días de oscuridad e inconsciencia. No me cortaron el pene, pero sí me mutilaron dos dedos de la mano izquierda y me colocaron, en la derecha, un aplastapulgares, que es una máquina de tortura medieval, de las más antiguas y las más simples que existen. Este dispositivo mutila gradualmente. Primero, las uñas; luego, los dedos, los nudillos y así, finalmente, la mano entera. Tiene tres barras de metal, dispuestas de forma vertical, entre las que se colocan los pulgares; mientras, una madera maciza se desliza hacia abajo por las barras de metal y los dedos son aplastados, mediante un tornillo que imprime cada vez mayor fuerza.

Escuché el crujir de la puerta; luego, unos pasos lentos y acompasados. Era Servando que venía vestido como un cartero, con chaqueta, pantalón gris de raya roja en ambos lados, corbata y bolsa de cuero.

Cuando llegó frente a mí, dio un silbatazo muy largo; después, sacó una carta y la leyó en voz alta; su voz se escuchaba distorsionada, como de ultratumba.

Alejandro I

Señor del Valle de los Misterios

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Municipio del Sótano de las Golondrinas

Valle de la Soledad

P r e s e n t e:

Sé que está en la habitación de junto, escucho su respiración y hasta los latidos de su corazón. Oigo también los gemidos de Bucéfalo. Me duele el silencio de los dos, porque es un silencio extraño. Me da miedo estar sola, las sombras amenazan con ahogarme.

Señor Mío, ¿por qué me ha abandonado?, ¿es que ya no recuerda nuestro ritual de amor? o fue solo un juego que quiso jugar conmigo. No conozco los juegos de los hombres, pues yo siempre he jugado con niños. Los niños recrean la realidad de una forma fantástica y repiten una y mil veces el mismo juego, sin aburrirse y sin cansarse. Jamás pierden las mismas reacciones emocionales. Conservan para futuros juegos el gozo, la alegría y el asombro.

Quizás los hombres juegan solo por diversión y terminan por aburrirse de sus propios juegos inventados. Nosotros, o al menos yo, no juego con usted y estoy consciente de que estamos escribiendo juntos las páginas de un libro, un libro que habla de soledad y que guarda un eterno grito: ¿cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu ajeno.

Kenia Victoria.

Postdata: Última llamada.

Al finalizar la lectura, Servando hizo bola la carta y me la aventó en el rostro; luego, se encaminó a la puerta, se introdujo el dedo en la boca, como queriendo vomitar y se fue.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Kenia había dado señales de vida, pero ya no era la misma.

Sus palabras estaban impregnadas de reproches. Ella se sentía sola y abandonada por mi ausencia epistolar y yo me encontraba muerto por dentro e imposibilitado para escribirle una carta. Mi mundo o, más bien dicho, nuestro mundo se había tornado muy sombrío.

¿Dónde quedaron aquellas palabras de su primera carta, que tenía grabadas en mi corazón y en mi memoria?:

¡Puedes estar seguro de que ya no estarás solo, en este horrible lugar!

«¡Ohhh Kenia, amor mío, me siento solo, muy solo, ha regresado el maleficio de Nicole, ya no encuentro consuelo en tus palabras, lo cierto es que ahora me desalientan y me hieren!, ¿qué puedo hacer por ti, con esta enorme desolación y sin fuerza para escribirte?».

Comencé a sentirme muy mal. En un segundo fui atacado por todas las enfermedades que aquejan a la Humanidad y creí que moriría.

Se elevó mi temperatura, tuve espantosas alucinaciones: vi a mi perro Bucéfalo, gimiendo a un lado del estanque; vi a mi hija caer al agua, empujada por Nicole.

«¡Por favor, Nicole, no lo hagas!».

Escuché, de nuevo, ese silbatazo largo de cartero. Medio abrí los ojos y vi a Servando. Me traía otra carta; yo había perdido la noción del tiempo, no sabía si habían pasado minutos, horas o días.

Alejandro I

Ciego, Sordo y Mudo

Príncipe de la Polisemia y la Ambigüedad

Experto en Lenguaje Connotativo

Señor de las Transformaciones

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

*Comarca del Sótano de las Golondrinas
Valle de los Condenados
P r e s e n t e:*

Muy Señor de Usted Mismo:

Siendo el silencio una condición del habla, que tiene función comunicativa, pero que en esencia es mucho más ambiguo, sea tan amable en responderme a la siguiente pregunta:

¿A qué se debe el silencio del doctor Alejandro Brunelleschi?

A. ¡Qué chingados le importa!

B. Odio que las mujeres me consideren de su propiedad y que se metan con mi trabajo.

C. Mi esposa Nicole, alias la KGB, ha pagado mi rescate y pronto saldré libre, ¡ya no la necesito!

D. Mi honor de militar no me permite cursilerías románticas.

E. La he visto por un orificio de la puerta y se ha acabado toda la magia, aquella hada hermosa y sensual que yo imaginaba, era en realidad una horripilante bruja.

F. Ya soy una persona mayor, así que no necesito de ridículos cuentos de hadas.

G. Me molesta mucho que una mujer se tome el papel de mi madre y me vea como su hijo. ¿Que cuándo sucedió eso?, cuando usted sentó a Alejandrito en sus piernas y luego le dio besos amorosos y tiernos, pero lo que yo quería era que usted se sentara en mis piernas y luego me diera esos besos de llama que, en rastro impreso, llevan los surcos de un amor vedado, besos de tempestad, salvajes besos, que solo nuestros labios han probado⁴⁹.

H. Me salió con la jalada de que su marido y yo formábamos parte de su existencia como dos piedras, la angular y la filosofal; después, me habló de la conciencia y, para rematar, violó los principios de la física. ¿Será que presiente su inminente libertad y ahora quiere recuperar su sagrada investidura de mujer casada, que se va a decidir por el marido, porque su conciencia y su moral así se lo dictan, mientras que al otro se lo cargue la física y la chingada?

I. Le propuse huir y usted se soltó con un discurso de casitas de árbol y románticos pegajos; además, metió en todo esto a la KGB y sus camaritas.

Si su respuesta es la A, déjeme decirle que usted es un barbaján, grosero.

Si su respuesta es la B, permítame entonces reprocharle las siguientes palabras, tomadas de una de sus misivas: “suyo, privativo, exclusivo, posesión privada, no trespassing, off limits, se reserva derecho de admisión, d’ nessun altra, vietato. Propiedad única que cuenta hasta con título de propiedad, tiene derecho legal de poseerme, ocuparme y disfrutarme, solamente le pido que no me vaya a vender o regalar”.

Yo me dije... «veamos si, en realidad, el Príncipe de la Bata Blanca es tan mío como dice que lo es. Una persona que es dueña (término que tan equivocadamente utilizamos) de alguien o de algo, se preocupa por ese sujeto u objeto y, aquí, permítame acudir a nuestro tesoro literario y apropiarme de unas palabras con un profundo significado.

“¿Qué significa «domesticar»?

—Es una cosa demasiado olvidada —dijo el zorro—. Significa «crear lazos».

—¿Crear lazos?

—Sí —dijo el zorro—⁵⁰.

¿Recuerda el Príncipe de la Bata Blanca, que el zorro le decía al principito que si lo domesticaba tendrían necesidad el uno del otro y que serían únicos en el mundo y que solo se conocen las cosas que se domestican?

Aquí la domesticación tiene un sentido místico: “crear lazos”. Lazos fuertes, indestructibles, lazos que provienen de un ritual de sangre.

¿Amantes? No, no somos amantes ni lo fuimos ni lo seremos. Esto es lo que somos, una mujer y un hombre que crearon lazos místicos, románticos y emocionales, a consecuencia de una tragedia. Al convertirnos en seres domesticados, yo me comencé a preocupar por el doctor Alejandro Brunelleschi, simple y sencillamente, porque ya habíamos creado lazos. Vino a mi mente su trabajo y el mundo de los orines en el que ha vivido todos estos últimos años.

Muchas personas llenan sus vacíos y sus soledades con la adquisición desenfrenada de cosas materiales o con trabajo; usted lo ha hecho con el líquido que segrega los riñones. Es verdad que el trabajo es un buen remedio contra la tentación. “Trabaja en algo, para que el diablo te encuentre siempre ocupado”⁵¹. También es verdad que “El trabajo es el refugio de los que no tienen nada que hacer”. Eso no lo digo yo, sino su creador, Oscar Wilde.

Bertrand Russel, hasta lo considera una enfermedad mental, cuando se sobrestima la labor. “Un síntoma de que te acercas a una crisis nerviosa, es

creer que tu trabajo es tremendamente importante”.

¿Sabe lo que pienso, doctor Alejandro Brunelleschi?, que usted debería odiar su trabajo, porque el trabajo le arrebató a su hija. Estoy segura de que también, por los malditos orines, lo tienen secuestrado. ¿De qué le sirve ser un experto en las artes de gobernar, en la milicia, en seducir mujeres y en el campo de la Medicina, si fue un fracaso como padre? Quizás como médico usted haya logrado salvar muchas vidas, pero no la de Anna Karenina. Por consecuencia, ahora, su única compañía humana es Nicole, un fantasma.

Ya lo dijo la serpiente en El Principito: “Con los hombres también se está solo”⁵². Y existe otro príncipe que un día me escribió estas palabras: “Que en un infinito universo de incesante búsqueda, al tiempo de suponer todo perdido e, irremediabilmente, sentir que se cae en un interminable, oscuro y espiral abismo, en un paraje solitario de su vida...”.

¿Un paraje solitario de su vida? Pero si nacemos y morimos rodeados de hombres. “¿Dónde están los hombres?”, preguntó el principito.

Quizás lo que creemos que son hombres, son en realidad fantasmas, ¿cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu ajeno.

Si su respuesta es la C, ¿saldrá libre y ya no me necesita? Pues qué cabrón y mentiroso es usted, porque prometió rescatarme de este oscuro sótano: “Te invito a dar un paseo a caballo, cabalgaremos por el cráter del volcán Iztaccíhuatl. No te vayas a quedar dormida, de allí divisaremos el lugar donde estamos encerrados y te prometo que iré a liberarte”. ¡Las promesas se cumplen caballero, independientemente de si son metáforas!

Si su respuesta es la D, ¡pues púdrase con todas sus condecoraciones y regáleselas al demonio!

Si su respuesta es la E, ¿le parece que yo soy una horripilante bruja? Hagamos algo, tráigame a su señora esposa y enciérrela en este oscuro sótano, no por tres meses, sino tan solo por quince días. Permita que unos desgraciados infelices la maten de hambre y la torturen física y psicológicamente. Ahora vaya por ella y mírela, ¿sigue estando igual de hermosa y entera que como entró?

Si su respuesta es la F, ¿no necesita de cuentos de hadas? ¡Pues le voy a enviar a todo un ejército de hadas esgrimistas, provistas de espadas, florines y sables, para que se los entierren en el corazón, en la cabeza, en las manos y en... (sí, allí).

Si su respuesta es la G, ¡decídase!, bien su madre o bien su maestra de Metodología de los Besos, Gabriela Mistral.

Si su respuesta es la H, ¿qué quiere? ¿Que me lapiden por adúltera, utilizando solo dos piedras, las que desecharon los constructores, que es ahora la piedra angular y la filosofal, la que aprecian los alquimistas porque da omnisciencia, oro e inmortalidad?

Si su respuesta es la I, permítame decirle que es horrible que le quiten a uno la tierra, cuando nunca le han prometido el paraíso.

Aquí tiene de regreso la Biblioteca de Alejandría y la estrella, le pido que a la mayor brevedad posible, me regrese el místico ritual.

Kenia Victoria.

Cuando Servando terminó la lectura de la carta, me desplomé en el suelo. Kenia me había aplicado la pena capital. Miré hacia la puerta, allí estaba el escorpión dorado, dando patadas de ahogado. Lo compadecí. Me compadeció. Cerramos los ojos.

Un fuerte ruido se escuchó en la estancia. Eran Ernesto y Marcos, que habían entrado. Ellos me levantaron del suelo y me sentaron en un sillón.

Servando se me acercó y me quitó el aplastapulgares; luego, me inyectó una sustancia en el brazo y me echó aire en el rostro, con el libro *El kamasutra de las golondrinas*.

A los pocos minutos, dejé de sentir dolor, la fiebre desapareció y pude mover mi mano derecha sin ninguna dificultad.

Marcos me acercó el lápiz rojo y las hojas de papel. Me quedé quieto, sin hacer nada; de pronto, tuve el impulso de responderle la carta a Kenia, desde el fondo de mi corazón herido, pero la prudencia y mi gran amor por ella me detuvieron.

Servando, que lo había visto todo, tomó mi mano, la puso sobre el papel y exclamó: —¡Tienes derecho de réplica!

Entonces, ya no estuve seguro de si escribí yo o escribió él, pues los dos empuñamos ese lápiz rojo.

Su Santidad Kenia III

Golondrina Mensajera del Imperio Infeliz

Gran Inquisidora General

Tribunal de la Santa Inquisición y del Santo Oficio

Consuelo de las Almas Martillo de los Herejes⁵³

P r e s e n t e:

Antes de arder en la hoguera y quedar reducido a ceniza, si aún es poseída por esos demonios sanguinarios de la burla, el escarnio y la crueldad, llame por favor a un exorcista, para que le expulse esa legión de espíritus malignos.

Mi silencio obligado y muy incómodo para Vuestra Excelencia, fue debido a una diabólica y primitiva intervención quirúrgica, donde me fueron extirpados dos dedos de la mano. Mas, sin realizar pesquisa alguna, la Gran Inquisidora General me hizo el favor de suspender mis más elementales derechos, así como mi garantía de audiencia, someténdome a un tan severo como sumarísimo juicio, en el cual fui declarado culpable y sentenciado, en cosa juzgada, a la pena de muerte.

Respecto a sus cuestionamientos, por improcedentes, no respondo a ninguno; pero le haré algunas observaciones:

1. El Título de Propiedad que le di, no le daba ningún derecho a humillarme ni a burlarse de mi persona.

2. El negar una verdad divina es herejía, cobardía y autoengaño. Míreme a los ojos, Señora, y dígame que, inmersos en el terciopelo infinito de nuestras suaves e íntimas palabras, a través y dentro de ellas, ocultos en la apasionada tinta que derramábamos, no hacíamos juntos el amor. ¡Por favor, si hasta protagonizamos todo El Kamasutra de las Golondrinas!

¿O es que acaso ya quemó también en la hoguera al principito y al zorro y olvidó que “no se ve bien sino con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”⁵⁴?

¿Dónde está ese maldito cuervo que le sacó ese otro par de ojos? ¿Era albino o negro? ¡Dígame, porque voy a estrangularlo con mis propias manos!

Si no fuera usted quien escribió lo que leí, sin duda creería que la autora de esas palabras no era otra que la más feroz oponente de la existencia del mundo de las hadas o de una fanática subversiva, de todo lo que pudiera significar lo extrasensorial, porque esta relación se trataba de eso, precisamente. De vencer lo material y juntos transportarnos al sinfín de lo inmaterial, que se traducía en ese Principado de Kenisia.

Entiendo que, para usted, la empiriología científica sea el principio rector de todas las cosas. ¿Será que se ha completado ya su metamorfosis hacia una fría valquiria feliz, entre sus pares teutones?

Aceptaría su lógica verdad como mía si, en este momento —con toda precisión—, usted indubitavelmente me pudiera decir de qué color es el amor

o su peso, su dimensión, su diámetro, su longitud, su estatura, su nacionalidad o sus límites territoriales.

Difícil, casi imposible, diría yo, el encontrar lo ecléctico entre su punto de vista y el mío. El mismo abismo que separa el cielo del sótano de las golondrinas.

3. *Nunca pensé que usted hubiera sido capaz de reprocharme de esa forma tan cruel lo sucedido con mi hija Anna Karenina y que hablara de mi trabajo con tanto odio y desprecio. ¡Sin dedos, ya no hay bisturí y el cirujano urólogo le hace entrega de su ropa blanca para que la haga pedazos como un cuervo!*

¿Que mi única compañía en la tierra ha sido un fantasma? Le concedo razón, pero no es Nicole, sino un perro; se llama Bucéfalo y es mi mejor amigo. Debo agradecerle a usted el haberlo regresado a la vida. El día que murió Anna Karenina, ese día también murió mi perro. Bucéfalo fue el ángel que intentó salvar a mi hija; él hizo más por ella que su propio padre pero, como en el estanque había muchas raíces acuáticas, éstas se enredaron en las patas de Bucéfalo y no pudo salir a la superficie. Se ahogaron los dos. Por eso destruí mi piano, porque ese día había muerto todo lo que yo amaba y tal como las estrellas caían en aquella fatídica noche y destrozaban mi piano, ahora mismo vuelven a caer, pero lo que destrazan es mi corazón.

4. *Nunca imaginé una imagen maternal suya respecto al “Alejandrino” que usted refiere, ¡qué imperdonable falta de talento y miope visión hubiera sido el haberlo hecho así! ¿La interpretación correcta? Una sola, el verla a usted como la madre del Príncipe heredero al trono, Alejandrino II. Un hijo que nació del ritual de los amantes, un niño de nuestra sangre, ¿o es que tampoco se dio cuenta de que ese niño era de carne y hueso?*

¡Me regresa la Biblioteca de Alejandría! ¿Qué es lo me regresa, las cenizas? Se lo digo porque esa biblioteca tiene una larga historia de fuego y destrucción, de eso ya se han encargado varios hombres. Pero usted, señora, ha destruido la parte más hermosa de la Biblioteca de Alejandría, aquella que nadie conocía y por donde nadie había entrado, la biblioteca de los libros sagrados.

¿Qué estrella me regresa? ¿La primera que creó Dios en el Universo? Si es esa, no se preocupe en hacerlo. Es suya, al fin y al cabo nunca jamás volverá a abordar esa estrella, con la que Dios se dio a conocer como fuente de amor en el Universo.

Finalmente, ¿qué ritual desea que le regrese? Porque si ese ritual al que se refiere es el ritual del amor; ése, señora, es exclusivo de los amantes. Y como usted afirma que ni lo fuimos ni lo somos ni lo seremos, pues, sencillamente, —por su propia imposibilidad fáctica— le comunico que absolutamente nada tengo que devolverle.

—Y lo que para mí sí exista, en mí se queda—.

Acariciándola, desde el otro lado del arcoíris, le envío mi más cariñoso adiós.

⁴⁹ Fragmento del poema *Los besos* de Gabriela Mistral.

⁵⁰ *El Principito*, Antoine de Saint-Exupéry.

⁵¹ San Jerónimo.

⁵² *El Principito*, Antoine de Saint-Exupéry.

⁵³ Lema inquisitorial.

⁵⁴ *El Principito*, Antoine de Saint-Exupéry.

CAPÍTULO 26: DEVOCIONES PARA OCASIONES EMERGENTES

«¡*Todo está consumado!*».

Me abandoné.

Me abandoné como lo hacen los hombres que ya están muy cansados y que únicamente esperan la muerte y la misericordia de Dios. Sabía que el proyectil de la carta impactaría en Kenia, pero solo de rebote, porque antes ya había impactado en mí.

La puerta gimió siniestramente y apareció Servando. Llevaba en su rostro una sonrisa extraña y se había tatuado una calavera en el brazo. Caminó muy lentamente y cuando estuvo frente a mí, hizo una genuflexión y dijo:

—¡Llegaste a la meta, así que obtendrás tu libertad! ¡Ese fue el acuerdo que hice con Nicole, antes de que se marchara! —Servando miró al piso y luego se santiguó al revés—. Si por mí fuera, ahora mismo te mataría como a un perro, pero sé cumplir mis promesas; además, los muertos ya no piensan ni sufren y los vivos sí, y tú, mereces sufrir y pensar.

¡Qué lástima que Milagros ya no pueda pagar sus culpas aquí en la tierra, porque está muerta, pero para eso está Kenia! ¡Quién le manda parecerse tanto a esa puta! ¡Última hora y hasta son hermanas gemelas; pero no, ya investigué y es solo un desafortunado para ella, pero afortunado para mí, parecido físico y hasta de cierta personalidad. ¡Ahhh, maldita invasión de clones, pero dejemos ese asunto y centrémonos en lo importante, que es tu libertad! ¡Vamos doctorcito, levántate y anda...!

No podía ponerme de pie. Todo a mi alrededor se oscurecía, como en un eclipse total de sol. Sentí unas manos muy frías, quitándome las ataduras.

—«Médico, cúrate a ti mismo. Haz aquí, en tu patria, lo que nos cuentan que hiciste en Cafarnaún»⁵⁵. ¡Corre. Corre. Corre...!

Yo creía que corría, pero lo que en realidad hacía, era arrastrarme por el suelo, como una serpiente. Escuché el ruido de unas campanas: «¿Por quién doblan las campanas, por quién?».

Servando puso su pie sobre mi cabeza y, luego, exclamó:

—¿Quién no echa una mirada al sol cuando atardece?

¿Quién quita sus ojos del cometa cuando estalla?

¿Quién no presta oídos a una campana cuando por algún hecho tañe?

¿Quién puede desoír esa campana, cuya música lo traslada fuera de este mundo?

Ningún hombre es una isla entera por sí mismo.

Cada hombre es una pieza del continente, una parte del todo.

Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio o la casa de uno de tus amigos o la tuya propia.

Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la Humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti.⁵⁶

Ese hombre había recitado un fragmento de un poema de John Donne, que a mí me gustaba mucho, *Devociones para ocasiones emergentes*. No cabía la menor duda: mi secuestro había sido obra de Nicole y mis labios la nombraron.

—Así es, mi “*queriodiado*” Brunelleschi, Nicole hace tañer las campanas y lo hacen por ti; por eso, nunca preguntes, ¿por quién doblan las campanas?

Ahora, te daré el significado de cada una de ellas:

La primera campana, te hizo conocer tu constitución interna, tres cuartas partes de mierda por una de orines. Además, te grabó en el rostro todos tus muertos y sus esqueletos: Anna Karenina, Nicole, su tío, ¿ya no lo recuerdas? ¡Ahhh, y tu perro Bucéfalo!... ¡Apuesto que, entre todos, te arañaron tu hermosa carita de galán de cine hollywoodense!

La segunda campana, fue propiciada por tu desprecio; recuerda que el desprecio es un látigo, que chinga el alma. ¡Mira que despreciar un cuerpo y una cara de diosa como la de la bella Nicole! ¡Se necesita ser el Rey, pero de los pendejos, para negarse ese lujo! Te merecías esa calentadita no solo una vez, sino muchas veces; por eso la repetimos con bastante gusto.

La tercera campana sonó en una bella y romántica cama medieval, apodada el potro salvaje; ¿por qué dobló en ese lugar?, porque jamás quisiste compartir el colchón con tu esposa; es más, hasta le ponías llave a tu habitación, para que ella no fuera a entrar. Pero, ¿sabes una cosa?, eso no sirvió de nada, porque ella está libre de ataduras y puede traspasar las paredes de cualquier lugar.

La cuarta campana, la de la tina de baño, te hizo saber lo que sintieron tu hija y tu perro en ese frío estanque: ¡asfixia!, ¡asfixia!, ¡asfixia! ¡Ah, y el nombre del jabón, *El perro agradecido* es por ti, *Husky Siberiano*, que deberías estar agradecido con Bucéfalo, por su gran sacrificio. Él hizo más por tu hija que tú, como su padre.

La quinta campana le hizo justicia a Nicole, pues nunca quisiste hacer el amor con ella; por eso, la serpiente cencuata fue la ganona. ¡Y... bueno, aquí entre *nos*, te diré que esa serpiente es experta en sexo oral y sadomasoquismo! ¡Suertudo!

La sexta campana anunció la mutilación de tus dedos, que fue el castigo por no tocar a tu esposa y preferir a la pinche Medicina. Déjame recordar unas palabras que vi algún día en una carta de amor entre Romeo y Julieta y que quedan perfectas para la ocasión:

“¡Sin dedos, ya no hay bisturí y el cirujano urólogo le hace entrega de su ropa blanca para que la haga pedazos como un cuervo!”

¡Qué frase tan matona! ¡Guau, no cabe duda de que eres todo un perro que asesina con las palabras! En fin... sigamos. ¿Por qué el hambre y las vendas tan apretadas? ¡Ahhhhhh, pues eso fue cosecha mía, pero también lo hice por Nicole, a quien amé locamente! Me presentaré contigo, yo soy Servando Pesqueira, fui amante de tu esposa y jardinero en tu casa. Sé que no me

conoces, pues te la pasabas todo el día en la clínica, agarrándoles las nalgas a las enfermeras. Pues resulta que tu mujer, en un intento por recuperarte y no subir de peso, dejó de comer y, cuando le ganaba la ansiedad, comía y luego vomitaba. Estaba casi en los huesos y moría de hambre. ¿Dime si no es horrible el hambre?

¿Y las vendas apretadas? Pues... las vendas apretadas cortan la circulación de la sangre, pero Nicole no solo se cortó la circulación, sino sus propias venas y, como siempre: “no estuviste para salvarla”. Te recuerdo, Brunelleschi, que “ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la Humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti”.

⁵⁵ San Lucas, 23. La Biblia Latinoamérica.

⁵⁶ John Donne, *Devociones para ocasiones emergentes*.

CAPÍTULO 27: CATARSIS

Desperté totalmente desorientado. Los primeros segundos no recordé nada. Poco a poco, empezaron a llegar los recuerdos a mi mente y, entonces, pude reconocer el lugar donde me encontraba. Estaba en mi propia clínica, pero no como doctor, sino como paciente.

Miré la mesita de noche, allí estaba la carta de Marco. Cuando la abrí, mi corazón dio un vuelco, dentro estaba una estrella que yo le había regalado a mi hija.

Dr. Alejandro Brunelleschi

P r e s e n t e:

Utilizo este medio para darle un mensaje de su hija Annita, la pequeña estrella es la prueba de que lo que digo es verdad.

Ella no puede descansar en paz, porque usted desconoce algo muy importante: la mitad de las cenizas de su hija reposan en Ámsterdam y, la otra mitad, en México, en el Monte de los Olivos...

Le pido que no le guarde rencor a Nicole, por lo que hizo, pues ella estaba muy enferma de la mente y del corazón; ¡perdónela!, hágalo por su hija y también por usted. Ese es el deseo máspreciado de Annita; de esa forma ella podrá descansar en paz y usted se librará de Nicole para siempre.

Annita quiere reposar en México, la tierra que la vio nacer; por eso mismo, espero que usted pueda reunir muy pronto las cenizas de su hija y otorgarle el perdón a Nicole.

¡Solo el que ama es capaz de perdonarse a sí mismo y a los demás!

Sinceramente,

Marco Tristán.

Cuando terminé la lectura de la carta me quedé mudo. No sabía qué pensar. Quería rechazar todo sufrimiento y rencor. Mis ojos se humedecieron. Me sentí enfermo; muy enfermo.

Se dicen muchas cosas en torno a las enfermedades, más allá de lo que expone la Medicina y se les relaciona con las emociones estancadas, sin resolver. Aquellos resentimientos que nos condenan a un eterno “volver a sentir”. Aquellos seres queridos que nosotros suponemos que se marcharon y no podemos superar su transmutación —y digo transmutación, porque eso fue lo que hicieron, mudar su epidermis terrena, por una corteza luminosa y espiritual—.

Dios se llevó a mi hija, pero me permitió que conociera el amor a través de ella; mas tuve que estar encerrado y a punto de volverme loco para comprenderlo.

La locura es terrible y Nicole vivió en su prisión, pero... ¿cómo la perdono?, ¿cómo olvido todo el mal que me hizo?

Quizás la respuesta la encuentre pensando en el bien que me prodigó y ese bien fue mi queridísima hija Anna Karenina y Kenia; paradójicamente, ella me dio a mis dos más grandes amores, por eso es preciso que la perdone cuanto antes, pues no quiero llevarla cargando con todo y el peso de su ataúd.

Nicole es un fantasma; ya no está físicamente, pero me sigue atormentando. ¡Oh, Dios, he vivido todo este tiempo atormentado por un fantasma! ¡Qué tonto fui al no perdonarla!, porque mi rencor la dejó atrapada entre las paredes de mi casa y la materializaba; por esa razón se reproducían sus palabras, una y otra vez.

¡Pobre Nicole, que vivió martirizada por sus propios demonios! Por eso se cortó las venas, para que esos espíritus malignos ya no circularan por su sangre; pero, antes, pactó con uno de ellos y le pagó, para que me secuestrara y me torturara. En su demencia, ella me creyó culpable de todas sus desgracias y quiso que pagara por ellas.

No te guardo rencor Nicole y te doy las gracias, por haberme dado como hija a Anna Karenina y lo que nunca pensé decir, me congratulo de que me hayas mandado a secuestrar, pues fue precisamente en esa cabaña, apodada el sótano de las golondrinas, donde yo conocí a Kenia, el amor de mi vida.

Puedes descansar en paz, que yo ya te he perdonado y si alguna vez te hice daño, perdóname tú, también.

Al perdonarte a ti, me perdono a mí mismo y al Creador, porque estuve mucho años enojado con Él: «Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá volveré. Yavé me lo dio, Yavé me lo ha quitado, ¡que su nombre sea bendito!»⁵⁷.

⁵⁷ Job 1, 21. La Biblia Latinoamérica.

CAPÍTULO 28: UN BREVE ADIÓS

En la Navidad de ese año, yo estaba en el Monte de los Olivos, reuniendo las cenizas de mi hija. La ciudad dormía con sus pijamas rojos. El panteón estaba solo. Vacío.

“En el nombre del cielo, os pido posada...”⁵⁸.

Me puse de rodillas. Incliné mi cabeza. Le dije adiós a Anna Karenina. Era el adiós de un padre a su hija. Ella había vuelto a la tierra. Yo seguiría en la espera de su resurrección. Me levanté. Miré las otras tumbas. Todas eran iguales. Grises. Silenciosas. Con lágrimas cuajadas de muchos siglos.

¡Aquí reposan los restos mortales! ¡La vanidad de la carne! ¡El orgullo de los huesos!

No, no todo termina aquí. No todo está consumado. El amor existe y nunca se subordinará a la muerte. El Amor no se crea ni se destruye ni se transforma; por el contrario, es engendrado, no creado, indestructible, permanente e inmutable.

Agustín de Hipona, dijo una verdad divina, con la que yo comulgo: “quien se manifiesta indiferente ante la vida y la muerte es que no ama”.

Médico que no ama, no puede ser médico. El amor nos salva de la indiferencia y nos hace copartícipes del misterio de la vida y de la muerte.

¡Cuán grande es el amor, que hasta al Más Allá nos sigue; y qué extraña y hermosa es su naturaleza, que entre más se da, menos se extingue!

El amor es nuestra única esperanza y nuestro verdadero sentido de orientación. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?, pues transmutamos de un amor divino a un amor humano, por un sendero muy delgado, que se llama vida terrenal y que desemboca en un amplio camino flanqueado de estrellas, llamado *Vida Eterna*.

El adiós no existe, solo el hasta luego. En un adiós no hay esperanza, el adiós supone un fin. El hasta luego, es creer en la eternidad y en la promesa de algún día volverse a ver.

Por eso mismo, jamás volveré a decir adiós, hija mía; sino, hasta luego, mi pequeña niña y princesa, Anna Karenina:

“Duerme niña hermosa, duerme,
tu tierra aun huele a cactus y claveles”.
Envolví su cuerpo en una cajita de regalo
y se la obsequié a Dios.

⁵⁸ Cántico para pedir posada.

CAPÍTULO 29: EL SÓTANO DE LAS GOLONDRINAS

«La Tierra es la primera estrella que Dios creó en el Universo».

En la víspera del Año Nuevo, sentí la necesidad de ir a San Luis Potosí, a la región de la Huasteca. Quería visitar *El sótano de las golondrinas*. Me fui por carretera, en mi propio automóvil. Iba a más de 100 kilómetros por hora. Ya no existía ningún control irrestricto. Nicole se había marchado para siempre y Servando, Ernesto y Marcos se habían matado entre ellos. Ernesto ahorcó a Marcos, Servando apuñaló a Ernesto y murió aplastado por una viga, el día que tembló muy fuerte. Ese mismo día, obtuvieron la libertad Kenia y Joel. Marco se recuperó, milagrosamente, después de haber pasado seis largos meses en coma.

Cuando llegué al místico lugar, me estacioné en una zona aledaña. Caminé a pie y bajé por las más de quinientas escaleras que llevan al impresionante abismo. Parecía un sitio sin gente. Conforme avanzaba, mi corazón latía con más fuerza y hasta movía la carta que guardaba en la bolsa de mi camisa, como si palpitara.

Por un instante, toda la Naturaleza guardó silencio y su brillo lo encarnó una mujer que estaba sentada de espaldas, sobre una piedra. Era mi amada Kenia, no podía ser otra. Su largo cabello rizado, su hermosa anatomía y aquella aura de misterio y encanto.

Una ligera llovizna humedeció mi rostro. Me acerqué. Ardió todo mi ser. La tomé del brazo. Se levantó. La apreté contra mi pecho. Ella seguía mirando el abismo. Sus manos acariciaron mis dedos. Se escuchó un rumor de pájaros. Miré el sótano. Miles de aves salieron, como un estallido, haciendo un ruido ensordecedor. Volaban muy alto y se perdían entre el horizonte. Parecía que los pájaros salían también de nuestro cuerpo y cuando no quedó ni un pájaro más, acerqué mi boca al oído de Kenia y le dije:

—¡Eres libre, mi golondrinita mensajera, tan libre como tu Príncipe de la bata blanca!

Inesperadamente, dio la media vuelta. Quedamos frente a frente. Nos sacudimos por entero, pero no dijimos nada. Solo nos contemplamos. Dentro. Fuera. Más allá del alma. Busqué su rostro y lo encontré junto al mío. Le entregué la carta. En ese preciso instante, nuestros labios se unieron, en un beso sin fin, que fue el preludio de un amor que permanecería brillando en el silencio, por toda la eternidad; entonces, comprendí el misterio del beso inmortalizado por Auguste Rodin, pero todavía me fui más lejos en el tiempo, con Dante Alighieri y su Divina Comedia, pues él había condenado a Francesca da Rimini y Paolo Malatesta a vagar juntos por los infiernos, con una dosis de misericordia; mas lo cierto es que, el amor, en su naturaleza redentora, llevó a los amantes a la primera estrella que Dios creó en el Universo y que llamó Paraíso Terrenal.

Una parvada de pelícanos blancos atravesaron volando el cielo de fuego; iban en formación de V; eran los mismos pájaros del lugar de la sementera florida. El pelícano que los guiaba cayó herido. Otros dos pájaros bajaron junto con él, para auxiliarlo. Al cabo de unos minutos, retomaron el vuelo, pero el pájaro guía estaba muy débil y no podía romper el aire con sus alas; entonces, lo coloqué tras de mí y me puse al frente de los pájaros blancos.

Escuché un gorgoreo melódico, muy hermoso; ese gorgoreo ya lo conocía. Giré mi cabeza y ¡cuál no sería mi sorpresa!, cuando me di cuenta de que los pelícanos blancos eran, en realidad, golondrinas.

«Juntos iremos con las golondrinas, el mundo será nuestro hogar y nuestros besos darán el concierto más bello y más dulce que hay, con mi guitarra haré una canción y ésta un himno será, hablará de tu pelo, brillando al sol y en mi voz cantará el amor...».

Sra. Keniesita Hada

Golondrina Mensajera del Imperio Feliz

Principado de Kenisia

Ciudad Capital de la Victoria

Comarca del Sótano de las Golondrinas

Concejo de las Piedras Angulares

P r e s e n t e:

No estoy solo ni ciego; si no me cree, pregúnteselo al zorro, “no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”⁵⁹.

En una edificación, la piedra angular no siempre se ve; sin embargo, es la más importante. “La piedra que desecharon los constructores es, ahora, la piedra angular”⁶⁰. ¿Y la piedra filosofal? A ésa solo la aprecian los alquimistas, porque da omnisciencia, oro e inmortalidad. A usted y a mí, se nos permitió ser alquimistas en un oscuro sótano, porque debíamos sobrevivir.

Yo estuve en ese lugar setenta días; pero ya, desde antes, era un reo condenado a la soledad, ya lo dijo la serpiente en El principito: “Con los hombres también se está solo”. Me pregunté, entonces, ¿cuándo terminará la soledad?, esa ausencia de gota humana y espíritu ajeno. La respuesta a esta interrogante, la encontré en el desierto; por eso “yo siempre he amado el desierto. Uno puede sentarse sobre una duna de arena. No se ve nada. No se escucha nada. Y, sin embargo, siempre hay algo que brilla en el silencio”⁶¹. ¡Cuánta razón tuvo usted cuando escribió que “el silencio es una sonata de Dios”!

En la nada el filósofo ha muerto. La nada se ha quedado con el hervor de su mente y sus libros. La locura ahoga a los semidioses, en un perfumado consuelo, ¡Dios existe per se! No hay más nada, nunca.

A mí siempre me habían parecido muy acusatorias las palabras de Jesús en la cruz: “¡Eloí, Eloí lama sabactani!”⁶². Dios existe pero había abandonado a su Hijo y éste era su reclamo: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Pensé: si eso le hace Dios a su propio Hijo, ¿qué no le hará al hombre ajeno? El hombre abandonado nace y renace como un ser pulido; el hombre abandonado muere, pero resucita al tercer día y conoce el Paraíso. El hombre abandonado carga con todo el peso, la miseria y la inmundicia de la carne y, en su gran sacrificio, la devuelve limpia. Por ese motivo, en ese instante glorioso, Dios lo deja solo, ¿no es acaso el abandono de Dios al hombre el acto más hermoso de amor?

Usted, mi golondrinita mensajera, se convertirá nuevamente en alquimista, pero expresamente para cumplir mi última orden: ¡arranque todas las capas de oro de mi cuerpo, hágalas polvo y espárzalas por todo el Principado de Kenisia! “Lo que brilla produce felicidad a los hombres, aunque no siempre sea oro”.

No se quede allí parada, vaya a Egipto, en busca del sol; vuele siempre de la sombra a la luz y reencuéntrese con su piedra angular, la encontrará junto a la más hermosa casita de árbol, allí será por siempre feliz.

Acariciándola desde una estrella muy lejana.

Alejandro Brunelleschi, el Príncipe de la Bata Blanca.

⁵⁹ *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry.

⁶⁰ Salmo 117. La Biblia Latinoamérica.

⁶¹ Antoine de Saint-Exupéry.

⁶² “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. (Traducido del Arameo) Mateo 27:46.

AGRADECIMIENTOS

Al Dr. T. Palacio y a su perro, el verdadero Bucéfalo, porque ustedes, aun sin saberlo, también formaron parte de esta historia; gracias por aquella compra de noviembre, cuando llovía y nevaba y por su contribución a esta novela.

A mi prima, la doctora Myriam Navarro, por su valiosa aportación.

A Antoine de Saint-Exupéry, por prestarme su obra maestra *El principito*, hasta que concluí mis novelas.

A Oscar Wilde, por el bellissimo gesto de confiarme a la golondrina y al Príncipe Feliz, aun sin conocerme y a ciento veintisiete años de distancia.